

Ubú Salvado de Ahogarse:
Insurgencia Obrera y Contención Esta-
tista en Portugal y España, 1974-1977

Loren Goldner

Índice

Prefacio: 1975 y el fin de la era del funcionario estatal «progresista»	9
Parte 1: Lucha de clases y la modernización del capital en Portugal, 1974-1975	21
1. El comienzo de una nueva era de revolución mundial.....	23
2. Corporativismo arcaico y sus protagonistas modernos.....	26
3. Desarrollo histórico del salazarismo, 1945-1974.....	33
4. Disolución de la hegemonía salazarista y reagrupamiento de la izquierda, 1961-74.....	39
5. La revolución de las ilusiones.....	42
6. El callejon sin salida internacional del estalinismo.....	46
7. La naturaleza del MFA y su situación faccional.....	54
8. La caída de Spínola.....	61
9. Reestructuración neocorporativista o revolución socialista: autogestão contra soviets.....	64
10. Tres documentos contra la revolución.....	68
11. La caída de Vasco Gonçalves y del PCP.....	71
12. La izquierda, la extrema izquierda, y la crisis política del MFA.....	73
13. El desenlace de la crisis revolucionaria.	79
14. En las postrimerías del 25 de noviembre.....	85
15. Evaluación y límites de la crisis revolucionaria.....	87
16. Generalidad y especificidad en la constitución de la clase para sí.....	89

Parte 2: Subsunción formal y real del capital en la historia de la clase obrera española: del corporativismo clandestino a los Pactos de la Moncloa	97
I. Introducción	97
II. El pasado suprimido: cultura burguesa protorenacentista y la extensión de la dimensión milenaria de la historia de la clase obrera española	105
III. La relación subterránea entre la historia de las clases obreras española y rusa.....	110
IV. Subsunción formal y real del capital en el desarrollo económico español	121
V. Anarcosindicalismo y la transición a la subsunción real del capital en la historia obrera española.....	129
VI. La deriva al corporativismo clandestino y el camino a La Moncloa, 1939-1977.....	139
VII. Conclusión: ¿Hacia un realineamiento no estatista de la clase obrera?	152
Obras consultadas	161

Prefacio: 1975 y el fin de la era del funcionario estatal «progresista»

¿A quién le importan hoy las transiciones de mediados de los años 1970 en Portugal y España? ¿Y por qué publicar en el año 2000 dos textos, escritos cada uno poco después de los eventos que describen, es decir (en términos de las exigencias prácticas de la nueva coyuntura «globalizada»), en lo que parecen tiempos antediluvianos, y más aún con poca revisión o atención a los desarrollos posteriores? El texto sobre Portugal (1976) fue escrito como una contribución inmediata a la estrategia y táctica revolucionaria, con una evaluación demasiado optimista de las perspectivas inminentes de la clase trabajadora, por lo menos en Europa del Sur. El texto sobre España (1983) fue escrito justo después de que Felipe González y el PSOE tomaran el poder con una mayoría absoluta parlamentaria, en el apogeo del «Renacimiento Eurosocialista» (Mitterrand en Francia, Papandreou en Grecia); a lo largo de los 13 años posteriores, frecuentemente parecía que lo habían hecho con el propósito expreso de demostrar —de nuevo— la inanidad de la caracterización (principalmente trotskista) de las socialdemocracias contemporáneas como «partidos obreros».

El texto sobre Portugal, bastante absurdamente, llama a los eventos de 1974-75 (al inicio mismo del periodo más largo de retroceso en la historia de la clase obrera internacional), el «comienzo de una nueva era de revolución mundial». La formulación era, siendo justos, medio correcta. Era el comienzo de una nueva era. El fin de los regímenes de Salazar y de Franco en la península ibérica fue, de hecho, un momento clave en el comienzo de un periodo en el que literalmente docenas de dictaduras desaparecieron, un periodo en el que el policía bueno sustituyó al policía malo, y la democracia a escala mundial, vendió austeridad. Jeffrey Sachs y los «disidentes» del bloque del Este miraron a la España posfranquista, mucho antes de que les llegara la hora en 1989, como el modelo de su transición fuera de la dictadura y la autarquía, aunque tendrán que esperar un tiempo al tipo de inversión extranjera masiva (en los años 60 y comienzos de los 70) que hizo a España, temporalmente, la décima potencia industrial del mundo. En 1975, la mayoría de América Latina estaba sometida a algún tipo de dictadura militar, y al final de la «década perdida» de los 80, la mayoría de estos países también

habían tenido su transición democrática. Los equipos del FMI siempre parecían llegar en el mismo avión que los exiliados democráticos que regresaban (los primeros, por supuesto, no habían sido mal recibidos por los anteriores regímenes autoritarios), y los bancos occidentales siguen molestando a Rusia por las deudas de la era zarista. Después de Iberia y América Latina, era el turno de Europa del Este y la antigua Unión Soviética. En Asia, en los 80 y 90, Taiwan, Corea del Sur e incluso Indonesia vieron el fin de las dictaduras. Los Ubús individuales y colectivos de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial –Salazar, Franco, Trujillo, Duvalier, Somoza, la junta argentina, Pinochet, Stroessner, los generales brasileños, el apartheid sudafricano, Mobutu, Idi Amin, Haile Selassie, Stalin, Ceausescu, el Sah de Irán, Suharto, Mao, Pol Pot, Chiang Kai-Shek, Park Chung-Hee– han desaparecido en su mayoría, y equipos de técnicos neoliberales sin rostro, que parlotean sobre la «sociedad civil», los han reemplazado en su mayoría, incluyendo (hace mucho) en Portugal y España.

Es igual de importante recordar la coyuntura política internacional de los años 1973-75 para entender como Portugal, un país de 10 millones de personas, pudo, durante unos pocos meses, convertirse en el pararrayos de la rivalidad entre superpotencias mundiales. La expansión de posguerra –la era de crecimiento más rápido, a escala mundial, en la historia capitalista– estaba llegando a su fin con una inflación galopante, la crisis del petróleo, y la recesión mundial más profunda desde los años 30. La acumulación mundial estaba cambiando de marcha. La dictadura militar había puesto en jaque a la clase obrera de Brasil, Chile y Uruguay (y estaba a punto de hacerlo en Argentina), Israel ganó en la guerra de Yom Kippur, y la posterior cuadruplicación de los precios del petróleo había asestado un duro golpe a los países importadores de petróleo del tercer mundo, acelerando la crisis de la deuda que no ha hecho más que agravarse desde entonces.

Pero estas realidades se desvanecieron, al menos momentáneamente, en el telón de fondo de lo que parecía ser una serie de graves reveses a la hegemonía mundial estadounidense: la amenaza de revolución en Portugal y España, la humillante debacle militar en Indochina, el inminente triunfo de los frentes de liberación nacional «antiimperialistas» en las excolonias portuguesas (y el impacto de este hecho en la Sudáfrica del apartheid), el avance del

«eurocomunismo» en Europa Occidental, y un golpe de Estado prosoviético en Etiopía y la posterior crisis en el cuerno de África. En Líbano estalló la guerra civil. La junta griega apoyada por Estados Unidos fue derrocada, y Grecia y Turquía, ambos miembros de la OTAN, amenazaron con entrar en guerra por Chipre. De forma más difusa, pero también aumentando la atmósfera de desorden estadounidense en medio del Watergate, surgió el «Grupo de los 77» del tercer mundo en las Naciones Unidas, presionando por un alivio de la deuda, así como socorro petrolífero y alimentario. Indira Ghandi impuso la ley marcial en la India y se acercó al campo soviético, y el sah de Irán, beneficiario de décadas de ayuda militar estadounidense, sermoneó a Occidente sobre su decadente opulencia. Nixon capituló ante el Congreso, Heath cayó ante la huelga minera británica, Willy Brandt cayó ante el escándalo de espionaje Guillaume, y otros quince países importantes, en pocos meses, cambiaron de gobierno en lo que parecía para muchos un desorden fatal de la hegemonía mundial occidental. En todas partes, incluyendo Iberia, los burócratas estatales, principalmente de tinte estalinista y tercermundista, parecían estar en marcha.

A finales de la década de 1970, se había producido un cambio radical, que desviaba las corrientes que parecían ascendentes solo unos años antes, quizá mejor encarnadas por la práctica alianza militar entre Estados Unidos y China contra la Unión Soviética y sus aliados. No se trataba simplemente de una inversión de las tendencias estatistas del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial; era el fin de la era del Programa de Gotha de 1875 del SPD alemán, su «estado alemán» (*Volkstaat*), y su progenie del siglo XX, estatista del bienestar, estalinista, o tercermundista. Fue, en una palabra, el fin de la era de Ferdinand Lassalle,¹ la (poco recordada) sombra de todos los burócratas de Estado «progresistas» del siglo XX. No solo se apagaron todos los incendios de 1975, sino que la contraofensiva centrada en Estados Unidos no se paró hasta la liquidación del bloque soviético, y un elaborado «compromiso»

1. Consultar el peculiar y excéntricamente brillante libro de M. Agursky, *The Third Rome: National Bolshevism in the U.S.S.R.* (Boulder, 1987), sobre el impacto de Lassalle: «El auténtico fundador del socialismo político alemán no fue ni Marx ni Engels, sino Ferdinand Lassalle» (p. 31) «También hay pruebas interesantes del impacto de Lassalle en los estalinistas» (p. 32) «Lo que tanto Pokrovsky como Venturi pasaron por alto fue la deuda de Tkatchov con Lassalle» (p. 33). Consultar también, naturalmente, la *Crítica del Programa de Gotha* de K. Marx (1875).

sobre los términos de la entrada completa de China en el mercado mundial. Un movimiento obrero con una fuerte dosis de nacionalismo clerical arruinó el estalinismo en Polonia; el fundamentalismo islámico reemplazó al «socialismo con cara islámica» como la forma principal de «antiimperialismo» en todo el mundo musulmán; la revuelta populista de derechas en el mundo angloamericano produjo a Thatcher y Reagan, y, 20 años después, la clase obrera mundial sigue intentando reagruparse y volver a la ofensiva.

Las crisis de la transición en Portugal y España fueron, además, los últimos grandes levantamientos de la clase obrera en Occidente en la era de la gran fábrica. Pero su historia, 25 años después, también es útil como punto de referencia a partir del cual comprender mejor la ruptura que representa el periodo posterior. En Portugal, en particular, la «desconexión» entre todos los «partidos políticos de la clase obrera» y las autoproclamadas vanguardias, socialdemócratas, estalinistas, maoístas o trotskistas, y el movimiento social de la clase obrera (tanto industrial como agraria) y los campesinos era, a finales del verano de 1975, total.² Esto era en sí mismo un fenómeno nuevo de primer orden. No es el objetivo de estos textos anunciar las transiciones ibéricas como las primeras expresiones de la repugnante ideología «posmoderna» de los «nuevos movimientos sociales» que impulsieron en el Terremoto mundial posterior a 1975. Pero sí que muestran la crisis de lo «político» que abrió la puerta a tales ideologías. Uno nunca debe olvidar el romance de las clases medias de la Nueva Izquierda de Berkeley, París, Berlín y Milán (y Lisboa y Madrid) en 1968 con el Che, Mao, Ho e innumerables guerrillas «antiimperialistas» menores del tercer mundo y sus formaciones estatales burocrático-campesinas; solo entonces puede uno comprender completamente la profundidad de la desilusión que se instaló en 1978, cuando los

2. Esta brecha se muestra en gran detalle en Phil Mailer, *The Impossible Revolution* (Londres, 1977), el mejor tratamiento en forma de libro de la revolución portuguesa que he encontrado en cualquier idioma. Mailer participó en el arco de eventos completo y su libro tiene la sensación irremplazable de tal participación directa; mi propio tratamiento, escrito desde lejos y basado casi completamente en testimonios escritos, por necesidad se enfoca mucho más en el plano político. No soy tan optimista como Mailer sobre el significado completo del estado de ánimo «antipartido» (apartidario) que creció de la aversión legítima contra las manipulaciones de las vanguardias, grandes o pequeñas, pero no pude comenzar a replicar la autenticidad de sus testimonios sobre lo que estaba sucediendo en fábricas, oficinas, en comités barriales y en el campo.

«antiimperialistas» de primera línea —la Unión Soviética, China, Vietnam y Camboya— estaban a punto de entrar en guerra... unos contra otros.

Los levantamientos de mediados de los 70 en Portugal y España fueron también las últimas revueltas obreras de Occidente que podían entenderse, y que se entendían a sí mismas, en términos de lo que podría llamarse marxismo «eurocéntrico». Este término, usado con prudencia, no tiene nada que ver con la estúpida idea, muy extendida hoy (sobre todo en Estados Unidos), de que, como Karl Marx era un «hombre blanco europeo», su pensamiento era necesariamente «eurocéntrico». La propia evolución de Marx fue compleja, y, en particular, el reciente descubrimiento del verdadero «Marx tardío» de su última década (no el esclerótico fantasma «científico» conjurado por Althusser) que se fascinó con la comuna campesina rusa³ y quien estudió varios «pueblos sin Estado»⁴ pone fin a cualquier cuestión sobre su supuesto «eurocentrismo».

El término «eurocentrismo» se aplica más bien a la hegemonía mundial, de 1875 a 1975, del «estado popular» «lassalleano», el régimen desarrollista burocrático nacional-populista de funcionarios estatales progresistas que se consolidó primero en la Alemania bismarckiana y que se generalizó al mundo en diferentes regímenes estatistas del bienestar, estalinistas y nacionalistas tercermundistas a lo largo del siglo siguiente. Fue en el SPD alemán, que coevolucionó con el Estado alemán y acabó integrándose en él, donde la obra de Marx se transformó por primera vez en una ideología de regímenes desarrollistas atrasados,⁵ recapitulando la visión líneal progresista del mundo de la Ilustración burguesa del siglo XVIII, para promover la industrialización en sociedades mayoritariamente agrarias. Estos comienzos alemanes fueron retomados y perfeccionados por los «marxistas» rusos tempranos (a quienes el propio Marx atacó como apologistas del capitalismo), pasados a los comienzos del bolchevismo, y adquirieron una dimensión mundial a través del triunfo y la derrota de la Revolución Rusa a partir de 1917. De

3. Consultar la sección 3 del texto sobre España de debajo.

4. Consultar L. Krader, ed. *The Ethnological Notebooks of Karl Marx* (Assen, 1972) y sobre todo el ensayo de Franklin Rosemont *Karl Marx and the Iroquois*.

5. Fue, después de todo, esta gente la que inspiró a Marx a decir «no soy marxista».

Lassalle a Lenin, a Stalin, a Mao y a Pol Pot hay degeneración, pero también continuidad.⁶

Los dos textos siguientes, por tanto, están un poco en contradicción entre sí, porque solo empecé a comprender la idea central del párrafo anterior a comienzos de los 80. Hay, por así decirlo, una «ruptura epistemológica» entre los textos de Portugal y España, que no me he tomado la molestia de ocultar o corregir. Esta ruptura puede ser resumida concisamente como la reconceptualización de la historia capitalista, y, por tanto, del movimiento obrero, en términos de las fases «extensiva» e «intensiva» de la acumulación, basada en el famoso «sexto capítulo inédito» del volumen 1 del *Capital* de Marx. Cuando escribí el texto sobre Portugal, solo había roto parcialmente con ciertos elementos del trotskismo, heredados de mis comienzos shachtmanistas, aunque ya estaba influido por Luxemburg, Bordiga, el comunismo de consejos, los situacionistas y las corrientes ultraizquierdistas francesas «neobordiguistas» (y otras): Camatte, Barrot-Dauvé, el Castoriadis temprano, el grupo Négation y la Corriente Comunista Internacional (sin embargo, por desgracia en aquel momento yo ignoraba en gran medida al grupo portugués Contra a Corriente y su periódico *Combate*). Me parecía (y me parece) que el texto sobre Portugal sufría poco o nada por su deliberada puesta entre paréntesis de la cuestión de si la Unión Soviética era un estado obrero degenerado, capitalista de Estado, burocrático-colectivista, simplemente capitalista (en el sentido de Bordiga) o, (por último, pero no menos importante), el Objeto Innombrable de Ticktin, nada de lo anterior.

Evidentemente, no se trata de la evolución de la visión de un individuo. Por muy útil que pueda ser para los lectores de hoy (en particular para los de una generación posterior que no vivió aquel periodo) ver los términos en que se libraban estas cuestiones a mediados de los años 70, muchas personas que se encuentren con este texto pueden considerar extraño encontrar un argumento, en la culminación de la crisis portuguesa, a favor de la aplicación, más o menos desnuda, de una aproximación cercana a la estrategia del «frente único por la base» de Trotsky, dirigida a superar al ala izquierda del Partido Socialista, la base del Partido Comunista, y las agrupaciones de extrema izquierda en formaciones soviéticas independientes de, y en contra de,

6. Consultar L. Goldner, *Communism is the Material Human Commodity: Amadeo Bordiga Today*.

el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) y el Estado. Desde un punto de vista puramente empírico, si de hecho una guerra civil hubiera estallado, estas tres fuerzas se habrían encontrado en el mismo bando, aunque difícilmente desvinculadas del MFA de izquierdas. Veinticinco años después, con el beneficio de la retrospectiva y la conciencia de todo lo que ha sucedido, sigo sin pensar que era una mala perspectiva para la época. Nadie en Portugal, que yo sepa, la defendió, porque la práctica totalidad de la «extrema izquierda» (como muestra el siguiente texto), incluyendo a la LCI mandelista (el grupo más abiertamente «trotskista»⁷ activo allí), estaba de hecho alineada con el ala Carvalho-COPCON del MFA, y nunca se atrevió a cuestionar abiertamente la demagogia populista de la alianza «MFA-Pueblo».⁸ El único grupo de ultraizquierda coherente en la escena, Contra a Corriente, que no tenía tales ilusiones, sin duda habría considerado tal intervención demasiado centrada en la esfera política y demasiado «bolchevique» para su gusto.

No soy tan presuntuoso como para suponer que yo, escribiendo desde unas alturas olímpicas en los EEUU, tenía la «respuesta correcta», «si tan solo» se hubiera aplicado. Una «respuesta», es decir, una estrategia, por muy adecuada que sea, que no surge de las necesidades profundas de un movimiento real, es un formalismo sin sentido. El hecho de que tal perspectiva no surgiera en Portugal es un punto de referencia a partir del cual evaluar las fortalezas y debilidades del movimiento ahí, ni más ni menos. Pero el conjunto de cuestiones que aquí se plantean no son, reformuladas adecuadamente para hoy, «historia antigua». Desde mediados de los años 70, la realidad no ha puesto a prueba a ninguna corriente revolucionaria en un movimiento de masas real que se mueva rápidamente a la izquierda, hacia la confrontación con el Estado, pero eso no significa que dicha prueba, y las

7. Sin caer en la hagiografía, e incluso menos en la sórdida historia del trotskismo después de 1940, parece probable que el propio Trotsky, cualesquiera que fueran sus otros problemas, hubiera tenido arcadas a la hora de apoyar una alianza del «pueblo» con un ejército permanente burgués.

8. «La izquierda [es decir, en mi léxico, la extrema izquierda, *L. G.*] solo esperaba empujar más al PCP por el camino capitalista de Estado. Ningún grupo organizado criticó al capital per se, sus jerarquías, sus prioridades, sus relaciones sociales, su esencia, sobre una base masiva. Ningún grupo criticó sistemática y explícitamente a la izquierda como partera del capitalismo de Estado. Las diversas Inter-Impresas que se alinearon detrás de los diversos partidos que las dominaban. Esperaron, en general indiferentes a la lucha de poder de los partidos sobre el tipo de régimen a instaurar». (Mailer, *op. cit.*, p. 328).

cuestiones estratégicas de como se relaciona dicha corriente con el movimiento más amplio, estén permanente pasadas de moda.

¿Qué significa decir que el viejo esquema de socialdemócrata—comunista—trotskista—ultraizquierda,⁹ tal como se usa, de diferentes maneras, en los siguientes textos, tiene sus raíces en el marxismo «eurocéntrico», sobre todo teniendo en cuenta que, a mediados de la década de 1970, había comunistas, maoístas y trotskistas en todo el tercer mundo?

Lo que esto quiere decir exactamente es que todas estas corrientes, por mucho que estuvieran en desacuerdo entre sí, estaban atrapadas, casi sin excepción, en un «calendario» histórico fijado, sobre todo, por la Revolución Rusa, y por tanto en una «ontología» anclada en última instancia en el SPD alemán temprano y en el Estado bismarckiano, es decir, en una ideología de funcionarios estatales ilustrados que industrializaban sectores atrasados de la economía mundial.

Bordiga dijo en alguna parte que «solo porque una parte del mundo [con lo que se refería, por supuesto, a Occidente, *L. G.*] haya llegado a la penúltima etapa no significa que lo que ocurre en otras partes no sea de interés». Con esto no quería decir que hubiera algo «nuevo» en China, Corea del Norte o Vietnam del Norte, a los que consideraba igual de capitalistas que la Unión Soviética. Todas estas sociedades (o, por extensión, en el límite extremo, la Camboya de Pol Pot en 1975) estaban en el mismo «calendario» y en la misma «ontología» de completar la revolución burguesa, y, sobre todo, la revolución agraria, dentro del marco del Estado nación.

Las ramificaciones completas del «entramado epistemológico» compartido por el 99% de los aspirantes a revolucionarios de 1975, en Portugal o en cualquier otro lugar, no pueden tratarse seriamente aquí. Pero lo que todas estas personas (yo incluido) tenían en común era una creencia de que la «piedra filosofal» de la historia mundial se encontraba en los acontecimientos del corredor germano-polaco-ruso de la década posterior a la Primera Guerra Mundial, independientemente de como lo interpretaran socialdemócrata-

9. Si me olvido de incluir al maoísmo de los años 60/70 en este esquema, es porque considero que tal maoismo (a pesar de sus lamentables restos de hoy) es, en el mejor de los casos, una variante virulenta extrema del estalinismo.

tas, estalinistas, trotskistas y ultraizquierdistas. La revolución mundial parecía posible entonces y, en 1968-1977, la revolución mundial parecía posible de nuevo. Y quizás, en ambos casos, fue de hecho posible, dentro de esa parte del mundo entonces subsumido por el capitalismo. Pero casi nadie, en el ambiente revolucionario de 1975, pensó mucho en la posibilidad de que fracasara, como había fracasado en 1917-1927, al menos en parte porque el capitalismo aún tenía grandes franjas del mundo en las que expandirse, y porque (en este último caso) *le capitalisme sauvage* (como lo llaman los franceses), el capitalismo desenfrenado de la variedad «dickensiana», estaba a punto de expandirse en prácticamente todas las partes del mundo gobernadas en 1975 por la «burocracia», ya fuera socialdemócrata, estalinista, maoísta o tercermundista-bonapartista. Casi nadie en el ambiente revolucionario de 1975 se imaginaba, o consideraba posible, que China creciera en la década de 1990, con mecanismos de mercado, a un ritmo del 10-11% anual durante años,¹⁰ que Corea del Sur y Taiwan emergieran como capitalismo industrial maduros, o que otras secuelas del «milagro asiático», antes de la crisis de 1997-98,¹¹ transformaran seriamente Malasia, Tailandia e Indonesia, o, por último, la emergencia de 1990 de India y China como fuerzas serias en el mercado mundial de software. Una parte del mundo había llegado a la penúltima etapa, y lo que pasó después en otras partes no tenía (en ese sentido) especial interés. Prácticamente todo el mundo, encerrado en el calendario histórico de la Revolución Rusa y, por tanto, la «ontología» modernizadora del primer SPD, por muy explícitamente hostil que fuera a la «burocracia» socialdemócrata, estalinista o tercermundista-bonapartista, creía que esta «burocracia» era algo «más allá» del capitalismo privado, mientras que los acontecimientos posteriores a 1975 han demostrado que es algo principalmente «previo» al capitalismo privado. Una buena parte de la extrema izquierda o la ultraiz-

10. Esta fue una tasa de crecimiento mucho mayor que la que ningún país capitalista occidental jamás consiguió en su fase más dinámica. Como dice Eamonn Fingleton (*In Praise of Hard Industries*, Nueva York, 1999), la industrialización es cada vez más fácil: El Reino Unido tardó 58 años en duplicar su PIB por primera vez, EEUU lo hizo en 47, Japón lo hizo en 34, China lo hizo en 10.

11. Salga lo que salga de la crisis de 1997-1998 en Asia, nada erradicará el hecho de que, de 1960 a 1997, la región en su conjunto, sin incluir a Japón (que ya era un país capitalista avanzado mucho antes) tuvo con mucho las tasas de crecimiento más altas del mundo, en contra de las afirmaciones leninistas-trotskistas (al menos en sus formas más burdas) de que el mundo posterior a 1914 era la «época de degeneración imperialista».

quierda, por muy antiestalinista que fuera, y atrapada en fatuas variantes del análisis «capitalista de estado» del fenómeno soviético, creía que la Unión Soviética era el espejo, por primitivo y distorsionado que fuera, del futuro del capitalismo en su conjunto («la tendencia principal del capitalismo actual es hacia el capitalismo de Estado», como se creía tan ampliamente en aquella época), al igual que Gran Bretaña lo había sido en el siglo XIX.

Los países subdesarrollados representaban el 5% de la producción mundial en 1963, y casi el 20% en 1994. De forma bastante comprensible, casi todo el mundo en el entorno revolucionario, incluyéndome a mí mismo (particularmente en la atmósfera de crisis mundial) veía la acumulación mundial, en lo que afectaba al tercer mundo, mucho más en términos de lo que había sido 1963 que en nada parecido a lo que realmente sería en 1994, o más tarde. Era moneda común casi universal que el mercado mundial capitalista nunca podría desarrollar ninguna parte del tercer mundo, incluso si (como algunos creían) el «capitalismo de Estado» autárquico pudiera hacerlo.

Esa era, en suma, la dimensión «eurocéntrica» de casi todo el marxismo, en 1975. Hoy sabemos, en contraste con todos los estatismos «lassalleanos», que los burócratas estatales ilustrados que «sientan las bases del socialismo» (es decir, que desarrollan las fuerzas productivas y abolen la agricultura precapitalista) participan exactamente en las tareas del capitalismo y la revolución burguesa. Nadie volverá a escribir, como Trotsky escribió en 1936, «que el socialismo hoy se enfrenta al capitalismo en toneladas de acero y hormigón», o, más al día, de chips de silicio y alimentos modificados genéticamente. Ir más allá de las teorías «eurocéntricas» de la modernización estatista, o incluso de los soviets y consejos obreros «antiburocráticos» que aun así aceptaban el mismo «calendario» y «ontología», significa volver a conectar con la «comunidad humana material» (*Gemeinwesen*) que Marx buscaba en sus estudios sobre la comuna agraria rusa o sobre los iroqueses. En suma, hoy sabemos que el productivismo no es comunismo.

Obviamente, no puedo aquí zanjar la cuestión de si la expansión del capitalismo posterior a 1975, sobre todo en Asia, representa o no «simplemente» una larga recomposición de la vieja baraja capitalista, como querrían los restantes exponentes de «la época de la decadencia imperialista», o es de hecho una nueva fase de expansión real de las fuerzas productivas mundiales.

Simplemente me refiero a ese debate como el marco inevitable a través del cual miramos hacia atrás a los dos últimos levantamientos de la clase obrera que tuvieron lugar cuando casi nadie preveía tal desarrollo. Pase lo que pase de ahora en adelante, la clase obrera occidental, tal y como existía en 1975 o tal y como existe hoy, se está «conjugando» con nuevas clases obreras en diferentes partes del mundo que apenas existían, o no existían, hace 25 años. El bloque soviético ha colapsado, los antiguos partidos estalinistas de masas en Occidente se han reducido a poco más que grandes sectas, y los grandes partidos socialdemócratas que se beneficiaron de su desaparición en Francia, España e Italia, han ido y venido del poder sin provocar ni un bostezo de ningún capitalista, en ninguna parte. El Estado capitalista sigue existiendo, y sigue consumiendo el 40% o más del PIB, pero en general se dedica mucho más a privatizar que a nacionalizar.

La revolución obrera, obviamente, siempre se concibió en un marco internacionalista. Pero la socialdemocracia y el estalinismo, las dos deformaciones dominantes de la emancipación obrera en el siglo XX, estaban estrictamente ligadas al Estado nación. Ningún fermento del tipo de los que se produjeron en Portugal y España a mediados de la década de 1970 se repetirá jamás en una situación en la que los revolucionarios tengan que pensar en algo parecido al «frente único por la base», tal y como se presenta en el siguiente texto sobre Portugal. La socialdemocracia y el estalinismo están muertos como fuerzas capaces de movilizar a cualquier clase obrera, en cualquier lugar. Mirar hacia atrás al final de la era en la que, particularmente en el caso del estalinismo, seguían pareciendo capaces de hacerlo, nos permite tomar la medida de las continuidades y discontinuidades de donde estamos hoy.

Una última palabra sobre el texto sobre España. No había ninguna situación similar al «Palacio de Invierno» en España (en contraste con los debates al respecto en la crisis portuguesa más «clásica» y la situación de poder cuasi dual, al menos en Lisboa). La transición de Franco a Felipe González fue más prolongada y más difusa, aunque no menos explosiva que la transición portuguesa. No existe la misma «narrativa», desde la euforia moderada inicial a un enfrentamiento polarizado hasta la derrota y el reagrupamiento. Por esa razón, y para profundizar en la formulación conceptual del nuevo con-

Loren Goldner

texto mundial que se ha comentado anteriormente, el texto sobre España (a diferencia del texto sobre Portugal, que se centra casi exclusivamente en 1974-75) adopta una visión mucho más larga de la evolución del movimiento obrero español.

Cambridge, Massachussets.

Primavera de 2000

Parte 1: Lucha de clases y la modernización del capital en Portugal, 1974-1975

Listado de abreviaturas

PCP: Partido Comunista Portugues

MFA: Movimento das Forças Armadas (Movimiento de las Fuerzas Armadas)

CIA: Central Intelligence Agency (Agencia Central de Inteligencia)

MPLA: Movimento Popular de Libertação de Angola (Movimiento Popular de Liberación de Angola)

PAIGC: Partido Africano para a Independência da Guiné e Cabo Verde (Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde)

FRELIMO: Frente de Libertação de Moçambique (Frente de Liberación de Mozambique)

OCDE: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico

PSP: Partido Socialista Portugues

CDS: Partido do Centro Democrático Social (Partido del Centro Democrático Social)

TAP: Transportes Aéreos Portugueses

PRP-BR: Partido Revolucionário do Proletariado-Brigadas Revolucionárias (Partido Revolucionario del Proletariado-Brigadas Revolucionarias)

MES: Movimento da Esquerda Socialista (Movimiento de Izquierda Socialista)

ELP: Exército de Libertação de Portugal (Ejército de Liberación de Portugal)

Loren Goldner

PIDE-DGS: Polícia Internacional e de Defesa do Estado (Policía Internacional y de Defensa del Estado), renombrada en 1969: Direção-Geral de Segurança (Dirección General de Seguridad)

LUAR: Liga de Unidade e Acção Revolucionária (Liga de Unidad y Acción Revolucionaria)

OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte

CEE: Comunidad Económica Europea

FMI: Fondo Monetario Internacional

CGT: Confédération Générale du Travail (Confederación General del Trabajo)

PCI: Partito Comunista Italiano (Partido Comunista Italiano)

CGIL: Confederazione Generale Italiana del Lavoro (Confederación General Italiana del Trabajo)

FUR: Frente de Unidade Revolucionaria (Frente de Unidad Revolucionaria)

PSU: Parti Socialiste Unifie (Partido Socialista Unificado)

COPCON: Comando Operacional do Continente (Comando Operacional del Portugal Continental)

PCF: Parti Communiste Français (Partido Comunista Francés)

MDP/CDE: Movimento Democrático Português-Comissões Democráticas Eleitorais (

CRISM: Conselhos Revolucionários de Trabalhadores, Soldados e Marinheiros (Consejos Revolucionarios de Trabajadores, Soldados y Marineros)

MRPP: Movimento Reorganizativo do Partido do Proletariado (Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado)

CUF: Companhia União Fabril (Compañía Unión Fabril)

LCI: Liga Comunista Internacionalista

FSP: Frente Socialista Popular

SPD: Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania)

AOC: Aliança Operario-Camponesa (Alianza Obrero-Campesina)

UDP: União Democrática Popular (Unión Democrática Popular)

SUV: Soldados Unidos Vencerão (Soldados Unidos Vencerán)

PPD: Partido Popular Democrático

1. El comienzo de una nueva era de revolución mundial

Lo que ocurrió en Portugal entre abril de 1974 y noviembre de 1975 fue un ciclo de enfrentamiento revolucionario, abortado y reanudado intermitentemente en el periodo posterior, que es rico en lecciones para el movimiento revolucionario internacional. Cierta ala de la burguesía portuguesa jugó la carta del reformismo, y se encontró rápidamente ante el abismo de la revolución proletaria. Un grupo de oficiales militares, fuertemente influenciado por el ampliamente debatido «modelo peruano» de modernización capitalista, fue el principal vehículo de este esfuerzo reformista, y él mismo se dividió más tarde entre diferentes versiones de una modernización militar-tecnocrática del capital y un grupo importante que estaba comprometido con el modelo estalinista de consolidación burocrática integral. Pero todos los que hacían sus cálculos en la embriagadora atmósfera de abril de 1974 habían omitido un factor que, a su vez, destruyó los cuidadosos planes de la burguesía reformista, obligó al ejército a redefinirse decisivamente varias veces, y, finalmente, asestó al estalinismo su golpe más duro en Occidente desde mayo de 1968 en Francia. Este factor era el movimiento revolucionario de la clase obrera portuguesa. Cuando, en noviembre de 1975, una coalición militar de centro-derecha había dominado definitivamente la situación, aunque no sin pasar por algunos momentos angustiosos, no había ninguna fuerza

significativa en la política mundial que no hubiera recibido un importante anticipo de los desarrollos que se avecinaban en todo el sector capitalista avanzado durante toda la década.

Se ha convertido en una banalidad decirlo: lo que pasó en Portugal en este periodo de diecinueve meses fue un movimiento moderno, en el que todos los arcaísmos, desde el fascismo hasta el estalinismo del Tercer Periodo, levantaron su cabeza y luego fueron disipados contra el equilibrio de fuerzas de un nuevo periodo de lucha de clases. Esto no quiere decir que el fascismo y el estalinismo no aparecieran como fuerzas potentes en el curso de la crisis, sino simplemente que, como todas las fuerzas comprometidas con preservar algún aspecto de la realidad existente, se vieron constantemente obligadas a precipitarse tras esa realidad para dominar sus nuevos contornos.

Que un partido descaradamente estalinista –el último de Europa Occidental– haya podido pasar a través de las metamorfosis experimentadas por el PCP entre abril de 1974 y noviembre de 1975, ya indica que ha pasado una era. En ese tiempo, el PCP a) se estableció como un partido legal después de 48 años de existencia clandestina y se instaló en las oficinas del Ministerio de Trabajo, b) consolidó su hegemonía organizativa en la clase obrera en los primeros meses que siguieron al golpe, c) se reveló desde el primer momento como un partido de esquirolas que vigilaba a la clase obrera para el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) en nombre de la «reconstrucción nacional», d) revivió una demagogia de la época del Tercer Periodo que horrorizó a todos, excepto a los habitantes más estoicos del Kremlin y las sedes de los PC de Europa Occidental, e) se vio obligado a aceptar un frente único con una serie de formaciones de extrema izquierda que amenazaban con flanquearlo en la propia clase obrera (sin cuya amenaza habría sido impensable tal frente único, el primero jamás concluido con una formación de extrema izquierda en la historia estalinista), f) fue excluido de ese mismo frente único 72 horas después, g) se constituyó, tras la caída del último gobierno de Vasco Gonçalves, simultáneamente como partido menor del gobierno y como aspirante a líder de la oposición al gobierno, h) permitió que sus portavoces llamaran a la insurrección armada a las 17:00 del 25 de noviembre, e i) hizo un llamamiento instando a todos a volver a casa a las 22:00 del mismo día. Tomados por sí mismos, los elementos que entraron

en juego en el ciclo revolucionario de Portugal no constituyeron nada que no hubiera surgido en diferentes momentos del retorno del movimiento proletario revolucionario de la década anterior: Mayo del 68 en Francia, el «otoño caliente» de 1969 en Italia, las erupciones más dispersas pero más despiadadas de la guerra de clases en España. Lo que era nuevo, sin embargo, era la configuración de estos elementos en su movimiento histórico, y el hecho de que una corriente prorrevolucionaria de la clase obrera a la izquierda del PCP pudiera emerger por un breve momento ante los ojos del mundo entero como el verdadero sepulturero del capitalismo en Portugal, arrancando en un instante las pretensiones del PCP y de sus compañeros de viaje internacionales de dirigir este movimiento. Es cierto que el conjunto de la extrema izquierda organizada en Portugal sucumbió al juego del oportunismo, más notablemente en su abyecta capitulación ante el general Otelo Sareiva de Carvalho, bonapartista de izquierdas, y que, en su deseo de flanquear al PCP, se acercó a caer en ilusiones aún peores. Pero el flujo y el reflujó de las fortunas de estas organizaciones, mucho más sintonizadas con las realidades del movimiento social (aún cuando fracasaron miserablemente en criticar las insuficiencias de este movimiento) fueron mucho más ligeros en la balanza de la contrarrevolución que las maniobras del PCP mientras intentaba simultáneamente congraciarse con el ala proburocrática del MFA y propiciar a su propia base prorrevolucionaria en la clase obrera y del proletariado agrícola. Si, en las tensas horas del 25 y 26 de noviembre, la extrema izquierda y las corrientes de la clase obrera de las que extraía su apoyo pudieron ser dispersadas sin un disparo, revelando en cierto momento que su retórica previa no había sido más que fanfarronería y demagogia, el PCP cometió crímenes mucho peores, reuniéndose esa misma noche con elementos del MFA para negociar los detalles de la represión que seguiría, y para asegurarse de que cualquier baño de sangre recayera en la extrema izquierda y no en sus propios miembros. Lo que Portugal demostró al movimiento revolucionario internacional es que los aparatos burocráticos de los partidos «comunistas» oficiales nunca podrían volver a reconstituirse como la fuerza hegemónica del sentimiento prorrevolucionario de la clase obrera. Y ese ya era su logro histórico.

2. Corporativismo arcaico y sus protagonistas modernos

El capitalismo portugués en el que surgió este movimiento se distinguía, aparte de por tener los estándares de vida más bajos en Europa, únicamente por el Estado corporatista particularmente decrepito y la ideología que supervisaba su estancamiento. A diferencia del régimen franquista de España, el gobierno de Salazar nunca había llegado a aceptar seriamente las demandas de «modernización» impuestas por la realidad contemporánea, y había permitido que un grupo reaccionario de latifundista sin la menor idea de las necesidades de dirigir una economía capitalista moderna, por primitiva que fuera, ejerciera un poder económico y político desproporcionado dentro de la sociedad portuguesa. La burocracia gubernamental y los mecanismos económicos estatistas, combinados con el poder unificado de los intereses terratenientes y el oligopolio bancario, mantenían al país en un estado de decadencia persistente, cada vez más colonizado por el capital extranjero y exprimido por un presupuesto militar enorme necesario para las guerras coloniales de África. Durante el mismo periodo, España, utilizando las fuerzas tecnocráticas en gran medida estancadas en Portugal, emergió como la décima potencia industrial del mundo. Si la demagogia fascista y la fachada religiosa del régimen salazarista encontraron a veces eco en los fanáticos del franquismo al otro lado de la frontera, aquel régimen se diferenciaba, sin embargo, por un cierto literalismo de su idilio neomedieval o corporatista que encontró en España su salida más realista y contemporánea en la agrupación católica tecnocrática Opus Dei. Pero había, por supuesto, en la realidad fuerzas que le permitían al salazarismo un periodo de dominación extendido, fuerzas que, en última instancia, estaban trabajando para destruir ese estado de cosas insular. La economía portuguesa estaba subvencionada en no poca medida por invisibles: las remesas de los 1.000.000 portugueses en la emigración, tanto huyendo de la ley de conscripción particularmente virulenta (48 meses de servicio obligatorio) como en busca de empleo en las zonas industriales de Europa del Norte. Además, estaba el cultivo del pequeño pero altamente lucrativo comercio turístico, centrado en el sur, en la región de Algarve, y especializado, a diferencia de la Costa Brava y la Costa del Sol españolas, en una clientela más elitista. Se ha señalado en el pasado que, si la revolución española estalla de nuevo en el mes de julio, encontrará

de uno a dos millones de turistas presentes en el país, y, de manera similar, en la revolución portuguesa, el turismo jugó un papel en el drama. En el lado de la contrarrevolución, se expresó en la huida de miles de alemanes, británicos y suecos inquietos de la normalmente tranquila costa de Algarve; y en el lado de la oleada revolucionaria del verano de 1975, en la presencia de miles de izquierdistas de todo tipo a lo largo del país, que a veces constituyeron una fuerza por derecho propio dentro de varias manifestaciones masivas.

En la jerarquía mundial de la explotación, Portugal era en 1974 un país semidesarrollado en una posición intermedia entre el tercer mundo y el sector capitalista avanzado, una potencia colonial en sí misma una semicolonía. Precisamente por esta posición intermedia, la crisis portuguesa fue desde el principio internacional. El país era la mediación volátil de las diversas fuerzas contendientes de la política de poder mundial: sus vínculos con el sector avanzado se expresaban en el peso del capital europeo occidental y americano, la OTAN, la CIA y en la presencia de 1.000.000 obreros portugueses en Europa Occidental; la revuelta de los pueblos colonizados de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau estableció los vínculos con el tercer mundo en su conjunto. Una revolución de la clase obrera en Portugal, combinado con el triunfo del MPLA, el PAIGC y el FRELIMO en las antiguas colonias habría tenido efectos potencialmente explosivos en el equilibrio de poder mundial, e incluso en ausencia de tal revolución en Portugal, el sur de África se transformó en el espacio de unos pocos meses en un nexo de confrontación de superpotencias.¹²

La pobreza relativa del capitalismo portugués, su posición como país intermedio en la división internacional capitalista del trabajo, queda subrayada por algunas estadísticas. Era el único miembro de la OCDE cuya población disminuyó entre 1962-72, debido a la emigración masiva de mano de obra. Con aproximadamente un tercio de la población activa empleada en cada

12. Las formaciones constituidas por el MPLA, el FRELIMO y el PAIGC, los movimientos de liberación nacional de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau, respectivamente, no pueden ser analizadas en detalle aquí, y mucho menos las complejas maniobras internacionales de todas las potencias mundiales que acompañaron a su independencia. Estos movimientos constituyen protagonistas bonapartistas pequeñoburgueses del capitalismo de Estado, similar al movimiento post-1952 de Nasser en Egipto o a los actuales regímenes de Argelia e Irak.

uno de los sectores primario, secundario y terciario, el gasto de fuerza de trabajo de Portugal en agricultura solo era excedido por Grecia y Yugoslavia entre los países europeos. El consumo privado per cápita, de 580 dólares en 1971, estaba también entre los más bajos del continente.¹³

Esta división tripartita de la población activa de Portugal tuvo una influencia perceptible inmediata en los alineamientos políticos. Es indispensable señalar, para aclarar el desenlace de la crisis política, que dos tercios de la población portuguesa vivían en la parte septentrional del país, en la que un numeroso y empobrecido campesinado se ganaba la vida a duras penas en minúsculas parcelas de tierra de propiedad privada.¹⁴ La contrarrevolución, dirigida por la Iglesia y los partidos de derecha y de centro y en algunos momentos asistida por los patéticos maoístas, que veían en este reagrupamiento papista una «resistencia campesina al socialfascismo») reclutó a sus tropas de choque más estables en esta parte analfabeta y dominada por los curas de la población, a la que el movimiento revolucionario no hizo ninguna propuesta programática seria.

Por el contrario, fue en las zonas industriales muy concentradas —el cinturón suburbano de Lisboa, en Setúbal y, en menor medida, en la ciudad norteña de Oporto— donde el Partido Comunista y la extrema izquierda tuvieron su base de apoyo. A esto hay que añadir el proletariado agrícola de la región de Alentejo, en una zona donde la pequeña propiedad terrateniente del norte era casi inexistente, donde la mayor parte del cultivo se llevaba a cabo en grandes latifundios, y donde el aparato del PCP ejercía su hegemonía mucho antes de 1974. No fue casualidad que, mucho después del 25 de noviembre, el gobierno de centroderecha no hiciera ningún esfuerzo para atacar las incautaciones de los latifundios de Alentejo o para dismantlar las cooperativas agrícolas que los explotaban.

Si el proletariado portugués, concentrado esencialmente en dos o tres áreas industriales urbanas de importancia, estaba dominado en el primer año de la crisis por el hegemónico PCP y la extrema izquierda, el importante

13. Véase *Estudios económicos de la OCDE: Portugal*, julio de 1974.

14. De un total de 182.929 hogares agrícolas en cuatro provincias del norte, 158.633 tienen menos de cinco hectáreas y 49.103 tienen media hectárea o menos. (Consultar Tony Cliff, *Portugal at the Crossroads*, 1975, p. 39).

sector servicios urbano era un estrato mucho más complejo y dividido. Fue aquí, entre tenderos, funcionarios, trabajadores de cuello blanco y técnicos, donde el PSP de Mario Soares y los derechistas PPD y CDS encontraron su base de apoyo, en la medida en que no dependían exclusivamente de un sentimiento católico y campesino. Incluso dentro de esta base urbana pequeñoburguesa (de ninguna manera una corriente uniforme de la reacción, que contenía una serie de sindicalistas de collar blanco y empleados de industrias modernas especializadas e intensivas en capital que, de hecho, eran prosocialistas) las generalizaciones fáciles van por mal camino. Pero en última instancia, exceptuando ciertos sectores industriales modernos como la TAP (las líneas aéreas nacionalizadas en las que el PRP y el MES tenían una influencia efectiva entre los empleados, y que fueron escenario de importantes huelgas) las fuerzas reales de la revolución fueron la clase obrera industrial y los trabajadores agrícolas del Alentejo. Fueron ellos, sobre todo, los llevaron a cabo las tomas de tierras, las ocupaciones de fábricas y las tomas de viviendas sin las cuales no habría ocurrido nada más importante. Además, como resultado de este alineamiento de fuerzas, la izquierda revolucionaria, concentrada sobre todo en la región de Lisboa, estaba sistemáticamente alejada del campesinado del norte, quienes podrían haber sido arrebatados de manos de la jerarquía eclesiástica con un programa para la cancelación de un fuerte endeudamiento agrícola y la transmisión de fertilizantes baratos. Por ello, las corrientes revolucionarias solían confundir el equilibrio de fuerzas en Lisboa y en las regiones limítrofes con el equilibrio de fuerzas en el conjunto del país, lo que condujo a ciertos periodos de euforia equivocada y, en el momento decisivo, a un grave error de cálculo que llevó al movimiento a encontrarse a punto de un baño de sangre.

Por último, como una fuerza demográficamente significativa que no era en absoluto evidente en los primeros meses del proceso revolucionario, hay que citar a los infames retornados de Angola y Mozambique, que comenzaron a llegar en gran número en el otoño de 1975 con la inminente independencia de Angola en el 11 de noviembre. En la primavera de 1976 había aproximadamente 500.000 retornados en Portugal, la mayoría de ellos obligados a acogerse al fuertemente sobrecargado subsidio del gobierno, ocupando en condiciones de hacinamiento todas las habitaciones de hotel disponibles en Lisboa y produciendo una grave escasez de viviendas en un

país en el que ya escaseaban. Los retornados, casi todos los cuales manifestaban la perspectiva típica de una población de colonos desposeída, tenían un fuerte peso en la balanza de la reacción y constituían el grueso de los reclutas del ejército fascista clandestino, el ELP, que estaba siendo abastecido y dirigido en conexión con antiguos elementos de la PIDE y otros grupos reaccionarios que operaban al otro lado de la frontera con España. Los retornados pasaban el tiempo en la amplia plaza de Rossio en el corazón del centro de Lisboa, una fuerza social volátil y profundamente antipática a las «fuerzas de la revolución» (en las que muchos de ellos incluían al PSP de Mario Soares), que consideraban que habían traicionado a las excolonias. Había indicios de que ciertos elementos de los retornados se mantenían en el paro con fondos directamente proporcionados por el gobierno de los Estados Unidos, que sin duda sentía la necesidad de mantener un ejército de reserva de carne de cañón fascista.

Había, por supuesto, un lado cotidiano y sensual de las diversas fuerzas que habían moldeado la sociedad portuguesa de posguerra y la habían hecho lo que era, expresado en mil pequeñas realidades que, como en todo proceso social, hacen visible el movimiento de la historia en las vidas individuales y dan a cada movimiento su inconfundible e inimitable calidad popular. Había experiencias grabadas en miles de memorias obreras de frías y solitarias caminatas a través de los Pirineos con guías especiales contratados, a precios exorbitantes, con el propósito introducirlos ilegalmente en Francia, donde hacían el viaje a un trabajo contratado ilegalmente en una fábrica suburbana parisina o en una obra; estaba el dramático cruce de la propia frontera portuguesa, rigurosamente patrullada por la tristemente célebre PIDE-DGS, cruzada a lo largo de los años por revolucionarios, intelectuales, insumisos y simplemente aventureros que no se encontraban un hueco para sí mismos en el letargo de Portugal; finalmente, dentro del propio país, las actividades de la odiada PIDE-DGS, que se calcula que llegó a tener a 200.000 portugueses a su servicio en su momento de mayor actividad (esto en una población metropolitana de 10 millones de habitantes) creaban un ambiente permanente en las calles, las cafeterías y los barrios obreros donde cada Primero de Mayo el movimiento revolucionario intentaba alguna furtiva manifestación noc-

turna de su presencia y donde la PIDE se abalanzaba con la misma crueldad para arrancar carteles y borrar consignas de las paredes antes del amanecer.¹⁵

Si alguna vez la historia moderna ha presentado una sociedad en crisis en la que todas las luchas reprimidas de cincuenta años resurgían bajo el signo de la revolución, esta era Portugal. Por primera vez desde la campaña de 1925 del Partido Comunista Francés contra la Guerra del Rif, una clase obrera de Europa Occidental acudió a la cita con una población colonial en revuelta, no bajo la senil ideología «antiimperialista» legada por cuarenta años de frentepopulismo y confusionismo estalino-pacifista, sino con la lúcida intención de derribar al edificio capitalista entero. En su llamamiento simultáneo a la liquidación inmediata e incondicional del vacilante imperio portugués a través de la liquidación del capitalismo en la metrópoli, la

15. El destino de la PIDE-DGS tras el 25 de abril de 1974 fue complicado. En las primeras horas tras el golpe, miles de agentes, conocidos por todos tras años de merodear por distintos cafés y bares, fueron identificados por multitudes enfurecidas y habrían sido despachados en el acto sin la intervención inmediata del MFA y el apoyo de la PIDE a esta medida. La «fuga» de unos ochenta de los miembros más odiados de la prisión de Cascais a comienzos de verano de 1974 fue uno de los primeros momentos de desilusión masiva con la facción de Spínola del MFA, algo así como la fuga a Varennes de Luis XVI en 1771 como catalizador de una mayor radicalización de la situación. Durante semanas del verano de 1974, los periódicos portugueses se llenaron con fotos de sospechosos de la PIDE y declaraciones emitidas por un tribunal oficial del MFA, que aparentemente investigaba la multitud de acusaciones formuladas contra individuos en relación con su culpabilidad o inocencia. Sin embargo, las investigaciones sobre la colaboración con la PIDE se vieron comprometidas por el hecho de que prácticamente ninguna fuerza del país (incluido el PCP) quería que se conociera toda la verdad, debido a compromisos pasados y otras vergüenzas que crearían dificultades para el establecimiento de una nueva «harmonía social». La credibilidad de la comisión sufrió un duro golpe en marzo de 1975 cuando Fernando Oneto, un reconocido opositor al salazarismo y miembro de la LUAR, dimitió de la comisión, acusando a los miembros del PCP de la comisión de encubrir ciertas pruebas de los archivos de la PIDE. No hubo seguimiento de este incidente, pero en mayo de 1975, solo quedaban miembros del PCP en la comisión. De ahí que, como resultado de la compleja política implicada, incluso los torturadores más comprometidos de la PIDE, entre los que simplemente no escaparon, permanecieron durante la crisis en las cárceles que una vez habían gobernado y fueron liberados lentamente, sobre todo después de noviembre de 1975. Nadie, excepto el movimiento de masas en los primeros días de euforia, tenía ningún deseo de despachar a la PIDE de la forma que correspondía a su empleo anterior, y no eran pocos los que ya pensaban que tales individuos experimentados podrían ser útiles de nuevo en el futuro cercano.

clase obrera portuguesa demostró el vínculo sensual entre las revoluciones del sector avanzado y los movimientos del tercer mundo, derribando de un plumazo las ideologías masoquistas y culpabilizadoras de «apoyo» a las formaciones campesino-burocráticas del tercer mundo que habían calentado los corazones izquierdistas en Europa Occidental y los Estados Unidos durante las dos décadas anteriores. Pero no fue solo el resurgimiento de una solidaridad real y no únicamente espectacular entre sectores del movimiento mundial lo que reveló el avance de la revolución en la crisis portuguesa. Dentro del propio abanico de corrientes capitalistas, todo un conjunto de opciones se puso en juego y se mostró en bancarrota. Estaba, por supuesto, el arcaísmo del régimen salazarista, todavía rodeado por los «ultras» que, después de haber denunciado a Caetano durante seis años por traicionar el espíritu del Antiguo Régimen, le siguieron con la misma rapidez al olvido. Vinieron entonces varios modernizadores, a los que por fin había llegado la hora, que esperaban utilizar al ejército, y después al movimiento de masas, para impulsar en Portugal lo que grupos más perspicaces como el Opus Dei habían desarrollado en España durante quince años bajo patrocinio franquista: un dirigismo moderno y tecnocrático bajo control militar conjunto, que podría impulsar finalmente a Portugal a la CEE y ganarle la respetabilidad que el salazarismo nunca pudo alcanzar. A menudo de tendencia más bien izquierdista, estos individuos, sin base propia, surgieron en torno al «Grupo de los Nueve» de Melo Antunes y, al igual que sus homólogos europeos, no eran en absoluto hostiles a los sindicatos, las nacionalizaciones o los consejos obreros, pues los consideraban, con razón, la condición *sine qua non* de un capitalismo moderno capaz de contener la única amenaza real de la revolución proletaria. Esta gente, desde dentro de las agencias de planificación gubernamentales y los bancos nacionalizados, consultando sus bien empastados estudios sobre el movimiento de los coroneles peruano, comprendió quizás mejor que nadie en el campo burgués cuánto habría que desechar para salvar lo esencial, y esa lucidez les permitió jugar un papel totalmente desproporcionado a sus números y su base social en el desenlace final de la crisis. Mientras que este grupo no podía confundirse en ningún sentido con los espinolistas, constituían la extrema izquierda de un espectro de opinión del cual Spínola constituía la extrema derecha, pero que estaba de acuerdo en lo esencial: modernizar el capital, o desaparecer.

Las contrarrevoluciones atraviesan su propio desarrollo combinado y desigual; en el caso de Portugal, un momento indispensable del reequipamiento del capitalismo fue la creación de un estrato burocrático viable dentro de la clase obrera capaz de reemplazar los desacreditados sindicatos corporativistas legados por el antiguo régimen. Con este fin, socialistas y comunistas se apresuraron a regresar a casa del exilio para ocupar sus lugares. En la primavera de 1975, y bajo el patrocinio de los militares, los estalinistas tenían el control de un aparato sindical unificado, la Intersindical, cuya creación por decreto militar hizo llorar a la prensa occidental por la desaparición de los aficionados corporativistas, una desaparición que habían aclamado apenas unos meses antes. Toda la izquierda y la extrema izquierda apoyaron la creación de la Intersindical precisamente para liquidar la vieja burlesca salazarista; el completo monopolio de su aparato por los estalinistas dio más tarde que pensar a la extrema izquierda. Pero en junio de 1975 toda la cuestión había sido olvidada, como fue la Intersindical, pues a partir de entonces todo se decidía en la marea de consejos obreros que surgieron en los cinturones industriales del país.

3. Desarrollo histórico del salazarismo, 1945-1974

El escenario, por supuesto, había sido preparado para este elenco de personajes por toda una época anterior. En realidad, solo la ignorancia y el papel marginal de Portugal en los asuntos internacionales durante toda la posguerra permitieron al salazarismo parecer un monolito estable desde fuera; de hecho, se había tambaleado varias veces a lo largo de su existencia, y se había visto obligado, con la excepción de su breve periodo de bonanza de 1939-1945, entre el fin de la Guerra Civil Española y la derrota del Eje en Europa, a llevar a cabo una represión despiadada de una oposición que, por inepta que fuera y por atrapada en un remanso que estuviera, se reagrupaba continuamente para nuevos asaltos al régimen. 1934, 1945, 1958 y 1961-62 marcaron periodos de convulsión en los que el futuro del régimen no estaba en absoluto asegurado, y particularmente en los tres últimos casos, fue probablemente la situación internacional más que otra cosa lo que salvó al salazarismo.

¿Cuál era la naturaleza de este régimen que gobernó Portugal durante 48 años? Segundo régimen fascista que se estableció en Europa en el periodo de entreguerras (después del de Mussolini en 1922), el salazarismo fue sin embargo, durante los primeros treinta años de su existencia, realmente más una elaboración del corporativismo de entreguerras, desarrollando infraestructura (como la dictadura de Primo de Rivera en España) y preparando formas estatistas de gestión, al tiempo que ejercía la hegemonía política y estaba animado por una visión de un idilio medieval estático casi lírico en su absurdo. A diferencia de las cualidades más racionales, industriales y expansionistas que caracterizaron al fascismo italiano y al nazismo alemán, el régimen corporativista de Salazar pudo mantenerse en este modo hasta la década de 1960, cuando se vio obligado por circunstancias convergentes, aceleradas por el comienzo de las guerras coloniales de 1961, a intentar una cierta modernización y a abrirle la puerta al capital extranjero. Antes de 1960, Salazar gestionó la economía portuguesa con vistas a un desarrollo industrial semiautárquico, con consecuencias retrógradas para la clase obrera y el campesinado portugueses, por no hablar de las poblaciones colonizadas. Salazar evitó la demagogia fanfarrona de un Mussolini, reiterando a menudo que «Portugal es un país pobre y lo seguirá siendo», mientras mantenía cuidadosamente un presupuesto equilibrado y se negaba a incurrir en gastos deficitarios o a permitir graves desequilibrios comerciales. Podría haber perseguido una política diferente si hubiera sabido que el resultado más significativo de sus esfuerzos, tras su muerte, sería poner unos 3.200 millones de dólares en reservas a disposición del gobierno en rápido movimiento hacia la izquierda, lo que hizo posible una notable estabilidad del escudo hasta bien entrada la crisis revolucionaria y financió en gran medida el largo bloqueo político que, en conjunto con las presiones económicas mundiales, contrajo seriamente la producción durante más de un año.

El periodo de 1958-61 constituyó el punto de inflexión definitivo para el salazarismo. En la primera fase de la Guerra Fría, Salazar se había mantenido leal a una variante del viejo internacionalismo fascista, negándose a participar en el Plan Marshall (por lo que fue vilipendiado por la oposición democrática dentro y fuera del país). Mientras que la llegada de la guerra fría había sellado el destino de la oposición interna al convertir a Salazar en una

figura bienvenida en los círculos diplomáticos, económicos y militares,¹⁶ el periodo de 1958-61 presentó al salazarismo una serie de duras humillaciones y reveses. Primero, en 1958, la campaña presidencial del popular general Delgado¹⁷ generó una ola de entusiasmo y manifestaciones masivas de apoyo que sorprendieron incluso a la PIDE, que tenía motivos para creerse bien informada del desprecio que la población sentía por el régimen, a diferencia del aislado Salazar. En mayo de 1959 se produjeron las mayores manifestaciones ilegales del Primero de Mayo desde la guerra. Luego, en 1961, una serie de episodios revelaron la profunda debilidad del régimen: en enero, el mundo asistió al espectáculo del episodio Santa María, en el que un grupo de aventureros en torno a un tal capitán Henrique Galvao se apoderó de un transatlántico de lujo y lo desvió hacia Brasil, usando el incidente para llamar la atención internacional sobre la existencia del régimen salazarista en Portugal.¹⁸ Esta «Operación Dulcinea», por supuesto, no tuvo efectos internos inmediatos en el régimen, pero logró sus objetivos publicitarios y fue vivida por Salazar como otra humillación. Pero era solo el comienzo. En marzo, el inicio del conflicto armado de Angola elevó notablemente la temperatura. Le siguió casi inmediatamente un intento de golpe de Estado dirigido por el entonces ministro de Defensa, Botelho Moniz. En noviembre, la limitada oposición legal a las elecciones al impotente parlamento planteó tímidamente por primera vez la cuestión de la descolonización. Finalmente, India invadió la minúscula colonia de Goa sin resistencia seria, y el último día del año se produjo otro intento de golpe militar en la ciudad de Beja. El salazarismo se vio sacudido por las presiones del exterior y entró en una maraña de enredos, personificada por el inútil esfuerzo militar en Angola, Mozambique y Guinea-Bissau, del cual nunca pudo salir.

16. Los carniceros de la PIDE, que habían disfrutado de 12 años de estrecha colaboración y enriquecimiento mutuo con la Gestapo, se pusieron en estrecha relación con la recién fundada CIA con la integración de Portugal en la OTAN, un desarrollo que, por supuesto, no iba a desempeñar un papel menor en los disturbios de 1974-75.

17. El general Humberto Delgado se convirtió después en el centro de la oposición antisalazarista que operaba desde Argel en la primera fase de la revolución argelina bajo Ben Bella, y fue asesinado por la PIDE en España en 1965 en un incidente que se convirtió en un nuevo ojo negro para Salazar.

18. Fue también en 1961 cuando Hermínio da Palma Inácio, futuro líder de la LUAR anarcocomunista, secuestró un avión sobre Marruecos y lo obligó a sobrevolar Lisboa, arrojando sobre la capital miles de panfletos denunciando al régimen.

En el mismo periodo de 1958-61, la economía portuguesa entró en la fase de intento de adaptación a las nuevas circunstancias históricas, y comenzó a adquirir las apariencias contradictorias que la caracterizaban en el momento del golpe de abril de 1974. Sin duda, este proceso fue acelerado por la necesidad de financiar las guerras coloniales, pero ya estaba en marcha antes de que estallaran. Se había impulsado un primer plan quinquenal para 1953-58, centrado en inversiones públicas en cierta infraestructura industrial; un segundo plan quinquenal hacía hincapié en una expansión de la industria privada, sobre todo en el cinturón industrial situado al otro lado del Tajo, desde Lisboa a Setúbal. Probablemente, el logro más significativo de este patrocinio combinado estatal y privado fue la creación de los astilleros de Lisnave y Setúbal, de categoría mundial, que en 1973, debido a su excelente localización geográfica a la entrada del Mediterráneo y sus bajos costes de mano de obra, se convirtieron en una importante fuente de beneficios exteriores para el régimen. El otro logro notable de estos programas se resume en una sola estadística llamativa: de 1900 a 1950, la clase obrera, en porcentaje de la población, creció en un ½%; de 1950 a 1974, se expandió en un 18%. ¹⁹Por primera vez, el capital y las divisas extranjeras, rechazadas durante mucho tiempo por el mal recuerdo de la dominación inglesa de la economía portuguesa durante el siglo XIX, se buscaron activamente, y nombres como IBM, Phillips, GM, ITT, Unilever y Nestlé comenzaron a aparecer en los cinturones industriales suburbanos de Lisboa, Porto y Setúbal. El turismo, igualmente rechazado por el régimen como influencia moral corrosiva que podía alterara el equilibrio de represión en el que la sensualidad estaba confinada para la población, fue finalmente reconocido a través de la experiencia española como la lucrativa fuente de divisas que era, y entre 1961 y 1965 esta alienación también se introdujo entre los residentes del Algarve, aunque de forma restringida dirigida sobre todo a un estrato elitista de turistas. El régimen no dejó de acompañar a estos importantes cambios

19. Solo en el periodo 1963-1973, el porcentaje de la fuerza de trabajo empleada en el sector primario (agricultura, pesca y silvicultura) descendió del 39,8 al 28,6, mientras que los sectores secundario y terciario crecieron del 30,2 y el 30 al 34 y el 37,6, respectivamente. También es interesante señalar que, en ese mismo periodo, la fuerza de trabajo total de Portugal descendió de 3,1 a 2,9 millones, mostrando el impacto de la emigración extranjera e indicando también un movimiento hacia arriba de los salarios dentro del propio Portugal, tal como se expresa en las importantes huelgas del periodo 1969-74 que precedieron al golpe. (*Estudios Económicos de la OCDE: Portugal*, julio de 1974).

políticos con su brío habitual: en 1965, por ejemplo, las paredes del país se cubrieron con un cartel que le recordaba al pueblo que, a pesar del ignominioso colapso del colonialismo británico y francés, Portugal continuaba su misión civilizatoria en el extranjero. Esta cualidad de incongruencia y arcaísmo en el ámbito ideológico fue una seria debilidad del régimen de Salazar durante el periodo, y fue un signo muy claro de su carácter quebradizo; después de 1975, los cortos de propaganda de la época se proyectaban como alivio cómico entre los largometrajes principales en las salas de cine, para escarnio universal del público. Fue también en 1958 cuando la economía portuguesa empezó a exportar en serio una nueva mercancía: la fuerza de trabajo, lo que significaba que en 1974 no menos de 1.000.000 portugueses, la mayoría de ellos reclutados en el campo, trabajaban en Europa Occidental y Norteamérica, una fuente importantísima de remesas para el régimen que cubrían el déficit comercial portugués y ayudaban a financiar las guerras africanas. La crisis estructural del capitalismo portugués de los últimos años de Salazar y bajo Caetano expresaba la creciente importancia del sector industrial de la economía a expensas de la agricultura, y la total insuficiencia de los acuerdos institucionales dominantes para acomodar ese cambio. El punto muerto entre la burguesía industrial y la latifundista, que se había mantenido a favor de la segunda hasta aproximadamente 1960, comenzó a romperse a partir de entonces a favor del desarrollo industrial intensificado. La ruptura entre industria y agricultura en la economía metropolitana se reflejó en una ruptura similar, dentro de la estructura bancaria, en la financiación de los dos sectores. De ahí que la reforma agraria impulsada por el MFA en 1974-75, que destruyó a la clase latifundista y sembró el caos entre los bancos agrícolas que la financiaban, fuera recibida con ecuanimidad, por no decir promovida por la burguesía industrial y los bancos asociados a ella. En general se reconocía, particularmente después de 1973 y la reducción de las salidas a la exportación de los productos portugueses, que una reestructuración de la agricultura para crear un importante mercado doméstico de maquinaria significaría necesariamente la liquidación de los arcaísmos de ese sector. Esta reestructuración, al aumentar la producción, invertiría también la tendencia de la década anterior hacia la dependencia de las importaciones de productos alimenticios.

El declive del sector agrícola, debido a la persistencia de métodos y relaciones sociales anticuados en una época de emigración masiva y desarrollo industrial, significaba que, aunque seguía empleando a un tercio de la mano de obra, la agricultura representaba menos del 20% del producto interior bruto. Al mismo tiempo, debido al éxodo rural, los salarios en la agricultura habían aumentado en 1970 un 121,5% por encima de sus niveles de 1963, en comparación con un aumento del 75,6% en la industria.²⁰

Este lastre del sector primario sobre la economía complicaba también la viabilidad del país en el mercado mundial. A comienzos de los años 70, Portugal se convirtió por primera vez en un importador neto de productos alimenticios, lo que se sumó a su déficit crónico de bienes industriales y se convirtió en una verdadera carga bajo el impacto de la inflación mundial después de 1972. Mientras que los productos agrícolas, junto con la maderas y el corcho, habían constituido el 25 y el 22%, respectivamente, de las exportaciones portuguesas en 1960-61, en 1969-70 este porcentaje había descendido al 18 y el 10%. De ahí que la burguesía industrial y los sectores bancarios vinculados a ella, que querían adaptar la economía portuguesa a las realidades del mercado mundial, se dieran cuenta en 1973.

Esta conciencia solo pudo agudizarse por el aumento de los precios del petróleo en octubre de 1974. Se reconocía cada vez más que la liquidación de las guerras coloniales, el inminente regreso de los trabajadores emigrados de Europa Occidental tras el agravamiento de la recesión, el aumento de los costes de importación y la reducción de las posibilidades de exportación (muy favorecidos por la inminente pérdida de la zona del escudo formada por las diversas colonias) se combinarían para destruir los superávits de la balanza de pagos que habían sido posibles en una época anterior. La única solución era una expansión del mercado interno, por lo que la reforma agraria, combinada con un aumento de la propiedad estatal, parecía el único camino a seguir. Cuando, a finales de 1974, la CEE impuso barreras arancelarias a las importaciones textiles de la zona del Mercado Común, la economía portuguesa recibió otro golpe en un sector que constituía el 26,3% de todas las exportaciones en 1970.²¹ Al final de un año en el que la producción

20. *Estudios Económicos de la OCDE: Portugal*. 1971.

21. *Ibid.*

ya había caído un 20%, y en el que la inversión había disminuido un 17,5% con respecto a su nivel de 1973, el colapso de la producción mundial de noviembre de 1974 a marzo de 1975 puede considerarse con casi toda seguridad como el trasfondo de la reforma estructural, de carácter capitalista de Estado, que se impulsó a raíz de los acontecimientos del 11 de marzo.²²

4. Disolución de la hegemonía salazarista y reagrupamiento de la izquierda, 1961-74

La inserción seria de la economía portuguesa, que se produjo al mismo tiempo que el aumento de la carga de las guerras africanas,²³ en el capitalismo contemporáneo no dejó de tener sus repercusiones entre la oposición liberal e izquierdista al régimen. Fue en la confrontación directa con las realidades del África portuguesa cuando muchas personas, y no en último lugar ciertos estratos de oficiales subalternos, comenzaron a evaluar la situación en la historia mundial de Portugal bajo una nueva luz. La solución francesa a la crisis de la descolonización, la creación de una esfera neocolonial simplificada basada en proyectos de «cooperación» y una relación comercial privilegiada, y, en la medida de lo posible, en continuas inversiones directas, era demasiado para que el salazarismo pudiera concebirla o llevarla a cabo, y fueron necesarios 13 años de guerra para que una versión tibia de esta solución pudiera ser defendida públicamente en la metrópoli en el libro de Antonio Spínola, publicado poco antes del golpe, *Portugal y el Futuro*. Esta desafección de partes importantes del ejército profesional, por no hablar de la juventud obrera y campesina sometida a 48 meses de servicio militar obligatorio, abrió una importante brecha entre el ejército y el régimen por primera vez desde que

22. Para un excelente análisis general de los objetivos de la burguesía reformista y la tecnocracia, y la tapadera de izquierda que les fue proporcionada por los partidos obreros oficiales y la práctica totalidad de la extrema izquierda, ver el panfleto de João Bernardo, *Um ano um mês e um dia depois: para onde vai o 25 de abril?*, Ediciones Contra a Corrente, Lisboa, 1975.

23. El gasto del gobierno portugués en defensa en 1975 era de 6,5% del PNB total de aproximadamente 9.400 millones de dólares, y casi el 50% del gasto del Estado. De *Estudios Económicos de la OCDE: Portugal*, julio de 1974.

The Portuguese government expenditure for defense in 1972 was 6.5% of the total GNP of roughly \$9.4 billion, and nearly 50% of state expenditure. From OECD Economic Surveys: Portugal, July 1974.

el ejército le ofreció el poder a Salazar en 1926. De forma similar, en 1962, con el fermento resultante de los sucesos del año anterior, y favorecido por la importante huelga de los trabajadores agrícolas de la región del Alentejo organizada por el Partido Comunista junto con grandes manifestaciones estudiantiles en la Universidad de Lisboa, el proceso de escisión que se manifestaba internacionalmente en el movimiento «comunista» afloró en Portugal en la primera de una serie de escisiones del PCP. Aunque la ruptura sino-soviética fue el pretexto internacional de estas escisiones, los grupos que se separaron del PCP «revisiónista» estaban motivados sobre todo por un deseo de «acción directa» contra el régimen y una ruptura con la variedad clandestina de frentepopulismo que el PCP había estado practicando desde 1934. En las condiciones del salazarismo, esta apreciación, generalmente correcta, de la bancarrota del PCP (aunque, tal como se articula, a menudo desde posiciones igualmente eln bancarrota, como el maoísmo) condujo en lo esencial, para los grupos activos en el país, al terrorismo, la única «acción directa» imaginable bajo las condiciones de un Estado policial. Estas tácticas, por estériles que fueran para hacer avanzar al movimiento real y llevadas a cabo invariablemente en nombre del «pueblo» con una retórica que desde entonces ha llegado a caracterizar a la formación terrorista del sector avanzado (los Weathermen, el Ejército Rojo Japonés o la RAF en Alemania Occidental) produjeron algunos espectaculares atracos en bancos y otros ataques al régimen. Las Brigadas Revolucionarias, formadas en 1971, consiguieron en 1973 robar el plan estratégico del Alto Mando portugués para las operaciones en Guinea-Bissau y presentárselo al movimiento de liberación de ese país. Aunque estas acciones pudieran haber tenido un cierto efecto publicitario al demostrar la incapacidad de la PIDE para acabar con la actividad clandestina en el país (una capacidad subrayada de forma similar por la fuga de prisión de Álvaro Cunhal en 1961 o la fuga de un hospital de Lisboa del preso político Herminio da Palma Inacio en 1969), la ideología en cuyo nombre se llevaron a cabo, con su inevitable empuje de «servir al pueblo», era nociva y, en las formas que adquirió después de que la actividad legal fuera posible en 1974, se mostró reaccionaria. No obstante, en torno a la seudocuestión de la acción directa, importantes grupos de elementos prorevolucionarios se desprendieron del corpus del PCP y crearon la base para la extrema izquierda que iba a atormentar a la organización matriz durante la crisis revolucionaria.

A principios de 1974 se produjeron otros tres acontecimientos con presagios ominosos para el régimen. El primero fue la aparición de la obra de Spínola en la que abogaba por una liquidación neocolonialista de las guerras africanas, que inmediatamente se convirtió en el centro de un amplio debate. El segundo fue un intento de golpe de Estado llevado a cabo el 16 de marzo por oficiales no inmediatamente implicados en el MFA, que fracasó por diversas razones de coordinación y apoyo. El 9 de abril, las Brigadas Revolucionarias consiguieron volar un barco de transporte militar en el Tajo, y se preparó el escenario para la caída del gobierno de Caetano.

Otro acontecimiento de interés, con ciertas implicaciones para la cuestión de los orígenes del Movimiento de las Fuerzas Armadas, recibió poca atención fuera de Portugal. El 24 de abril, una gran flota de buques de la OTAN, de camino a unas maniobras, fondeó en el puerto de Lisboa. Los barcos zarparon en el amanecer del 25 de abril, y para los que disfrutaban con este tipo de especulaciones, su oportuna partida fue vista como un rechazo explícito de defender al gobierno de Caetano y una señal de «visto bueno» al menos para el grupo inmediato en torno a Spínola. Las especulaciones de que la OTAN, y, por tanto, el gobierno de EEUU y la CIA, estaban informados del golpe por adelantado, fueron expresadas con más fuerza por un periódico español de derechas, la *Gaceta Ilustrada*, que se quejaba de que la OTAN estaba perdiendo la confianza en la capacidad de los «ultras» ibéricos de gobernar exitosamente sus respectivos países, e incluso llegó a vincular el golpe de Portugal con el asesinato del Primer Ministro español Carrero Blanco de diciembre de 1973.²⁴ De hecho, no sería de extrañar que un golpe llevado a cabo por los niveles más altos del ejército portugués, que había

24. La *Gaceta Ilustrada* afirmaba además que Spínola había acudido, del 19 al 21 de abril a una reunión del «Club Bilderberg», identificado como un «grupo de discusión» de algunos de los hombres más influyentes de Europa Occidental y Norteamérica. Presentes en la reunión, según el periódico, estaban Joseph Luns, entonces Secretario General de la OTAN; Nelson Rockefeller, futuro vicepresidente de los EEUU; Frederick Dent, secretario de Comercio de EEUU; el general Goodpaster, comandante supremo de las fuerzas de la OTAN en Europa; Denis Healey, canciller de la Hacienda británico; Helmut Schmidt, entonces ministro de finanzas y futuro Canciller Federal de la República Federal Alemana; Franz J. Strauss, líder reaccionario del CSU alemán; Joseph Abs, presidente del Deutsche Bank; Guido Carlo, entonces gobernador del Banco d'Italia; Giovanni Agnelli, presidente de FIAT, y Eugenio Cefis, presidente de Montedison. (De Rodrigues, A. et al. *O Movimento dos Capitães e o 25 de Abril*, Lisboa, 1974, pp. 68-69).

tenido amplios contactos con la OTAN y la CIA a través de las guerras africanas, hubiera tenido la aprobación previa, o incluso la promoción, de esas organizaciones. Las actividades de Spínola tras verse obligado a exiliarse en marzo de 1975 confirmaron que era el centro de un reagrupamiento fascista. Pero estos vínculos no aclaran en absoluto las conexiones más oscuras ni los motivos de las figuras del MFA que surgieron posteriormente, en particular Melo Antunes, Vasco Gonçalves y Otelo Sareiva de Carvalho, que desempeñaron papeles decisivos en una fase mucho más extrema del movimiento.

5. La revolución de las ilusiones

El proceso revolucionario de Portugal atravesó cuatro fases principales: Del 25 de abril al 28 de septiembre de 1974, el periodo de la «revolución de los claveles»; del 28 de septiembre de 1974 a marzo de 1975, en la que las caretas de la camaradería se cayeron a raíz del abortado golpe de Spínola y en conjunción con los acontecimientos internacionales; del 11 de marzo al 27 de agosto de 1975, caracterizada simultáneamente por el impulso hacia el poder del PCP y la facción pro PC del MFA en torno a Gonçalves, y la ofensiva de la propia clase obrera; del 27 de agosto al 25 de noviembre de 1975, en la que el país se polarizó en una situación prácticamente de guerra civil hasta que el estancamiento fue roto por un golpe militar de centroderecha que rompió el espinazo del movimiento obrero revolucionario sin, sin embargo, recurrir al anticipado baño de sangre. En cada periodo, fue el movimiento hacia la izquierda del proletariado lo que determinó la actitud de todos. Después del 25 de noviembre de 1975, la situación en Portugal se caracterizó por el estancamiento continuado de la izquierda oficial y de la extrema izquierda, con la ofensiva pasando definitivamente al centro y aún más a la derecha, y por un pequeño pero concertado retroceso de las conquistas, tales como eran, del periodo anterior al 25 de noviembre. Las elecciones parlamentarias del 25 de abril y las presidenciales del 27 de junio no hicieron sino confirmar la correlación de fuerzas que ya se había establecido en la calle y en las fábricas en noviembre. Cada una de estos cuatro grandes periodos se caracterizó por un importante cambio en la correlación de fuerzas entre los principales contendientes por el poder: las cuatro facciones principales del MFA, el PCP, el PSP, los principales partidos de derechas PPD y CDS y los distintos grupos maoístas, por un lado; ciertas corrientes de extrema izquierda próximas a

las realidades del movimiento (más notablemente el PRP-BR, el MES y la LUAR), unas bases del PCP prorrevolucionarias y las organizaciones autónomas creadas por la clase obrera, por el otro.

La atmósfera que se creó inmediatamente después del golpe fue la familiar que inicia todo proceso revolucionario: la euforia de las ilusiones. Las energías liberadas por la caída de Caetano estallaron en la pasajera «revolución de los claveles», en la que multitudes celebraron en las calles, niños se pasearon a horcajadas en vehículos militares de patrulla, y en la que solo la intervención rápida del MFA y el PCP impidió que las farolas de Lisboa fueran decoradas con la odiada escoria de la PIDE. La primera semana de euforia culminó en las celebraciones del Primero de Mayo, las más grandes de Europa, a las que se unieron miles de revolucionarios retornados del exilio y del otro lado de la frontera, en España. Todos, salvo los «ultras» del salazarismo, salieron a proclamar su devoción por la democracia y a exponer su odio su largamente sentido (si bien no expresado) odio por la dictadura derrocada, pero pocos pudieron superar el cambio de disfraz del general Antonio Spínola, veterano de la contrarrevolución española y de las brigadas voluntarias portuguesas que lucharon en los ejércitos de Hitler en el frente oriental, y quien ahora aparecía ante el mundo como el decidido campeón de la democracia y quizás incluso de la «revolución socialista». Un poco en el mismo género fue la transformación del general Costa Gomes, comandante en jefe de las fuerzas portuguesas de África, quien tres semanas antes había elogiado públicamente al jefe de la PIDE en Angola y que durante toda la crisis adquirió el mote de «el Corcho» por su inexplicable supervivencia en el poder y su capacidad para sortear intactos los cambios más extremos de las mareas políticas. Pero en esta orgía de alabanzas a la democracia, la libertad, la revolución y el socialismo por parte de quienes entendían los usos de esta retórica, ya se estaban alineando las fuerzas de los verdaderos enfrentamientos del mañana. Los partidos comunista y socialista recién legalizados y la prensa establecieron un coro de aclamación para el Movimiento de las Fuerzas Armadas y para su alianza con el «pueblo» que no sería desengañado por los acontecimientos de un año. La clase obrera, que ya había protagonizado una impresionante ola de huelgas en los últimos cinco años del gobierno de Caetano, echó a los últimos burócratas de los sindicatos corporativistas y

lanzó una nueva oleada de huelgas en mayo y junio que pretendía, y en muchos casos consiguió, un aumento salarial inmediato del 100%.

Los grandes y pequeños capitalistas, ante esta ofensiva, respondieron con los aumentos de precios apropiados, y el Partido Comunista, a instancias del MFA, abandonó inmediatamente su antigua reivindicación de un salario mínimo mensual de 240 dólares al mes por un nivel de 132 dólares más acorde con las exigencias de la «reconstrucción nacional».

La oleada de huelgas de mayo y junio fue el estallido de una clase obrera a la que se le negaron formas legales de lucha durante cinco décadas (y que sufrió una inflación del 25% el año anterior al golpe), para recuperar unas conquistas salariales negadas durante mucho tiempo. La rapidez de las huelgas, más una cierta tendencia del MFA a verlas con cierto favor después de haber empezado a tomar medidas para crear un sistema más moderno de arbitraje laboral, posibilitó algunos aumentos salariales significativos a corto plazo. También puso en primer plano al personal de ciertas empresas –TAP, Lisnave, Siderurgia, Messa, Timex y CTT– que iban a ocupar un lugar destacado en los dieciocho meses siguientes.²⁵

Los partidos obreros oficiales, por su parte, regresaron triunfantes del exilio e inmediatamente ocuparon puestos clave en el gabinete, con el PCP ocupando, como se mencionó antes el Ministerio clave de Trabajo. Lo servirían bien. Soares y Cunhal, jefes del PSP y el PCP respectivamente, aparecieron juntos en público en numerosas ocasiones, advirtiendo contra «otro Chile» precisamente cuando empezaban a aplicar las políticas que habían conducido directamente a la masacre chilena. También es importante señalar que, en este periodo, el PSP se permitía una retórica de izquierdas salvaje para que le fuera bien con la base de clase obrera que tanto necesitaba ganarse.²⁶ En una atmósfera que le permitía a Antonio Spínola hablar de «so-

25. Los empleados del TAP, las aerolíneas nacionales, ya habían llevado a cabo a finales de 1973 una de las huelgas más importantes del periodo de Caetano.

26. También es importante, aunque tal vez difícil, recordar el ambiente internacional en este momento. La «izquierda» oficial en Francia acababa de perder las elecciones presidenciales, pero seguía abrazando el «programa común» con un fervor inquebrantable; Italia estaba entrando en la primera fase del procedimiento de quiebra ante la CEE y el FMI, y la producción mundial alcanzaba su punto máximo (en julio de 1974) antes de caer en recesión en otoño.

cialismo» y «revolución», un Mario Soares solo podía destacar en demagogia y fraseología revolucionaria.

Así, en las primeras semanas de gobierno del MFA, la clase obrera recibió una lección objetiva sobre el equilibrio de fuerzas entre ella misma, los partidos obreros oficiales que aparentemente la «representaba» en las instituciones de poder, y el ejército. El PCP, en particular, siguió el ejemplo de los discursos de Maurice Thorez y Jacques Duclos en el periodo de 1944-47, presentó al PCP como el «partido de la resistencia», no dudó en denunciar a los huelguistas como fascistas, y llamó a la clase obrera a unirse a otras «fuerzas progresistas», hasta e incluyendo a Spínola, para «reconstruir la nación». Esta demagogia, que volvía a tener el tono virulento de cierta retórica estridente del Frente Popular que todo el mundo presumía felizmente enterrada unos treinta años antes, fue un idioma prácticamente universal de la fase inicial del movimiento, del que fueron víctimas incluso los grupos de extrema izquierda. Donde Karl Marx había señalado lúcidamente unos 120 años antes que «cuando oigo la palabra “pueblo” me pregunto qué es lo que la burguesía está tratando de poner sobre el proletariado», la práctica totalidad de las fuerzas de izquierda y extrema izquierda de Portugal ahogó a la clase obrera en este pantano de sentimentalismo populista. Así pues, la primera fase del movimiento revolucionario, del 25 de abril al 28 de septiembre de 1974, se caracterizó por el primer choque frontal entre la marea emergente de huelgas y actividad obreras, y el gran edificio de mistificación que los militares, la izquierda oficial y la mayoría de la extrema izquierda (la sombra de la izquierda oficial) habían preparado para ella. Apenas se había apagado el griterío de la celebración del Primero de Mayo cuando el PCP empezó a denunciar a los huelguistas por «sabotear la alianza del pueblo [sic] con el MFA».

Fue en este periodo, por lo tanto, más allá de las cortinas de humo de la retórica y la afectación revolucionarias de los sectores más extraños, cuando todo el mundo empezó a disputarse la posición. Dentro de la clase obrera, el Partido Comunista tuvo un campo prácticamente abierto en los primeros meses. Un partido que el 25 de abril contaba con unos 3.000 militantes, se había ganado una merecida reputación a lo largo de los años como la única fuerza organizada que se había mantenido durante el periodo clandestino

frente a una represión despiadada. Su Comité Central había pasado gran parte de su vida adulta colectiva en las cárceles de la PIDE, y sus organizaciones clandestinas, en los suburbios obreros de Lisboa y en el proletariado industrial de la región del Alentejo, le daban una inmensa ventaja particularmente sobre el Partido Socialista, que en comparación era un partido de abogados fundado solo en 1973 y que acababa de regresar del exilio parisino y sueco.

6. El callejon sin salida internacional del estalinismo

Las condiciones de existencia únicas del PCP durante décadas habían producido un partido cuyo monolitismo, cuya feroz lealtad a la mejor cosecha del estalinismo, y cuya tenacidad habían sufrido los embates de la era de posguerra en relativo aislamiento de las fuerzas que habían producido a Marchais o a Berlinguer. Esta peculiaridad del desarrollo, combinada con el hecho de que la práctica totalidad de las tendencias y los intelectuales de extrema izquierda en Portugal en 1974 habían pasado por los ritos de la pubertad del PCP, creó una situación en la que pocos individuos o grupos eran capaces de ver claro su camino a una perspectiva autónoma y revolucionaria fuera de su sombra. Los maoístas, por supuesto, solo lo consiguieron mediante la virulenta inversión de la realidad que implicaba todo su no-análisis de la degeneración del monolito internacional burocrático, y la primacía de la lucha contra el «socialfascismo» y el «socialimperialismo» les llevó directamente a alianzas abiertas con formaciones de derecha. Pero estas, además de seguir al pie de la letra de las necesidades inmediatas de la política exterior de Pekín, solo denunciaban el estalinismo del PCP desde otro punto de vista estalinista. No hay precisamente nada en el arsenal de epítetos lanzados por el maoísmo contra la Unión Soviética y los partidos comunistas prosoviéticos que no fuera una descripción exacta del propio régimen chino y las atrocidades en la política exterior (Indonesia 65, Ceilán 71, Bangladesh 71, Angola 75, por citar solo las más flagrantes) que había cometido durante la década anterior. En cuanto a la ruptura histórica que los maoístas quieren alucinar en la muerte de Stalin, tras la cual el régimen soviético aparentemente rompió con sus políticas revolucionarias, hay pocas cosas que los actuales regímenes soviético o chino hayan hecho en el periodo posterior a 1953 que el propio Stalin no hiciera durante las tres décadas anteriores a 1953. En la medida en que la suerte del movimiento obrero mundial se

debatía en los términos del conflicto sinosoviético, la propia clase obrera fue enterrada bajo un aluvión de abusos en el que la indispensable cuestión de la burocracia, y sus orígenes en la contrarrevolución estalinista puesta en marcha en 1924, es cuidadosamente pasada por alto en silencio o atribuida simplemente a un seudoorigen u otro. Es todo el edificio de esta ideología, en su versión prosoviética o prochina, lo que tuvo que ser descartado antes de que el movimiento revolucionario pudiera recuperar su conciencia histórica, y, por tanto, su perspectiva de futuro. Una de las primeras señales de la debilidad del movimiento portugués fue precisamente que pudiera tolerar durante tanto tiempo el planteamiento del debate en estos términos.

El análisis, más comúnmente proliferado por el trotskismo contemporáneo, que insistía en ver a los partidos comunistas del sector capitalista avanzado como meros partidos «reformistas» al estilo de las viejas socialdemocracias no era más que una fantasía, y una que ya le había costado la vida a miles de revolucionarios que llevaban la venda del trotskismo en Vietnam, Grecia, Checoslovaquia y en otros lugares.²⁷ No había nada en estos partidos que los mantuviera ligados, como en el caso de los partidos socialdemócratas, a la existencia del capitalismo privado. Sus ideologías y su configuración se basaban en la existencia del estrato burocrático que gobierna los llamados países socialistas, y, dada la oportunidad, los estratos dirigentes de estos partidos habrían sido perfectamente capaces de moverse para crear tal poder para sí mismos.

El mantenimiento de la apariencia de «internacionalismo proletario» por parte de estos partidos no significó históricamente otra cosa que su subordinación a los intereses de la política exterior del estrato dirigente soviético, ya fuera como apoyo sumiso o como palanca militante en las negociaciones soviéticas con la burguesía occidental. Contraponer la fase posterior a 1934 del frente popular de los partidos estalinistas internacionales a la demagogia heroica, o vestigialmente heroica, de «clase contra clase» del llamado Tercer Periodo (1928-1934) y ver el cambio al frente popular como el paso definitivo de estas organizaciones al reformismo es ignorar la realidad de que tanto en la supermilitancia plena del Tercer Periodo como en el reformismo dócil estos partidos políticos representaban fracciones nacionales de burócratas

27. Sobre la estrategia del PCE, consultar Hermet, *op. cit.*, pp. 152 *et seq.*

maniobrando por una forma de poder político separada de y antagonista al dominio de la clase obrera. Sin entrar en los detalles y ambigüedades de los primeros años (1919-24) de la Comintern, podemos decir sin vacilar que después de 1924 a más tardar, ninguna maniobra de política exterior ni de la burocracia gobernante de la Unión Soviética ni de sus aspirantes a compañeros de viaje en las potenciales burocracias gobernantes de los partidos «comunistas» oficiales de Occidente, había coincidido con nada que no fueran los intereses de estos estratos, por mucho que la burocracia optara por revestirse con la retórica del movimiento obrero y la revolución socialista. La noción de una auténtica revolución obrera, ya fuera en el bloque seudoesocialista o en Europa Occidental, perseguía a la política internacional de los respectivos partidos «comunistas» nacionales como un espectro. En las volátiles atmósferas sociales de Italia, Francia, España y Portugal en el periodo 1968-76, particularmente, estos partidos han tenido amplia ocasión para demostrar su utilidad para desviar cualquiera actividad independiente de la clase obrera.

Está claro, como lo había estado durante cincuenta años, que estos partidos «comunistas» nunca podrían llegar al poder a la cabeza de una auténtica revolución obrera. Sus propios fundamentos, y la concepción del socialismo como un gobierno burocrático sobre la clase obrera, eran una negación del contenido necesario de tal revolución. La auténtica comunización de las relaciones sociales y del poder, como se realizó brevemente en los soviets rusos (1905, 1917-21) y en ciertos momentos de la fallida revolución alemana del periodo 1918-21), es simultáneamente una negación de la visión burocrática que animaba a los PC de Europa Occidental, los estratos gobernantes de Europa Oriental y el resto del llamado bloque socialista. Y lo que es más importante, en la medida en que el capitalismo moderno creó las condiciones para la proliferación despiadada del burocratismo en todos los aspectos de la vida social, las luchas de la clase obrera para afirmarse como el poder social chocan necesariamente con el burocratismo dentro del propio movimiento obrero, como uno de los primeros enemigos a eliminar. La revuelta de mayo de 1968 en Francia, el «otoño caliente» de 1969 en Italia, las a menudo ejemplares huelgas salvajes que sucedieron en España en 1974-76, y finalmente el amplio movimiento de la clase obrera portuguesa en 1974-75 demostraron una y otra vez que, cualquiera que sea la representación oficial que la clase

obrera tolere en periodos de reflujo e inactividad, la creación de instituciones de poder no burocráticas y de toda la clase es la primera orden del día que surge cuando estalla una lucha real. Y, además, los representantes oficiales de la clase obrera (partidos políticos, sindicatos o, en el caso de España, las Comisiones Obreras clandestinas dominadas por el PCE) se revelan como la primera defensa del orden contra la que la lucha tiene que defenderse. En mayo de 1968, en Francia, fue el Partido Comunista y su ala sindical, la CGT, los únicos que, mediante el esquirolaje más sistemático de la historia, fueron capaces de imponer los lamentables Acuerdos de Grenelle a la clase obrera y forzar, después de una huelga general de casi seis semanas, la reanudación de la producción. En Italia, fueron el PCI y la CGIL quienes tuvieron que romper la espalda de los comités de huelga de la FIAT. En España, huelga tras huelga después de 1968, pero más notablemente después de 1974, las acciones de clase más ejemplares, en las condiciones más difíciles de represión generalizada, se produjeron con la creación de comités de huelga elegidos democráticamente y una excelente organización, sin y a menudo contra las organizaciones clandestinas del PCE y de los socialistas. En el mejor de los casos, estas organizaciones solo eran capaces de reunir sus fuerzas después de la lucha, para atribuirse el mérito de la victoria o para lamentar su derrota (a la que, a menudo, contribuyeron su abstención o sus maquinaciones), para renovar una vez más su imagen de verdaderos representantes del poder obrero en cualquier ámbito de influencia gubernamental o industrial en el que trataran de congraciarse.

El significado histórico de Portugal fue múltiple en la medida en que puso de manifiesto nuevas variaciones en estas relaciones. Estas aparecieron, en primer lugar, en el innegable intento del PCP, a través de su monopolio del movimiento sindical, su relación especial con el MFA (en el que podía reivindicar una cierta influencia real) y su toma sistemática de los canales del poder social (función pública, medios de masas, policía) de tomar el poder entre aproximadamente marzo y agosto de 1975. En segundo lugar, de forma paralela pero no simultánea a esta acción sin precedentes de un PC de Europa Occidental, se constituyeron en las principales zonas industriales, y en ciertas zonas agrícolas como el Alentejo, órganos incipientes de un potente poder obrero en los que el PCP fue frecuentemente apartado o que se vio obligado a tolerar como una «nueva forma de poder popular», espe-

rando pacientemente al momento en que estas formaciones pudieran ser definitivamente contenidas o reducidas a un adecuado papel «consultivo». Finalmente, el PCP se vio obligado a reconocer públicamente este nuevo equilibrio de fuerzas en la clase obrera al concluir un frente único, el primero de la historia por parte de un partido estalinista, con una serie de grupos de extrema izquierda para defender al caído quinto gobierno el 25 de agosto de 1975. La experiencia portuguesa mostró simultáneamente tanto el potencial de un PC de Europa Occidental para moverse seriamente hacia el poder, y las dificultades que se encontró al hacerlo mientras la propia clase obrera también se movía seriamente hacia el poder.²⁸ Durante un breve pero iluminador periodo, la crisis portuguesa apareció como una lucha entre el Partido Comunista, en ocasiones aparentemente congruente pero en realidad radicalmente opuesto, para abolir el capitalismo privado en ese país. Cuando, el 25 de noviembre de 1975, la lucha entre la izquierda y la extrema izquierda por dos tipos distintos de poder social se reveló como tan solo un momento de confrontación con las fuerzas crecientes de la contrarrevolución tradicional, el PCP y las corrientes prorrevolucionarias revelaron de nuevo, en sus respectivas respuestas a la amenaza de un golpe de la derecha, sus objetivos y métodos divergentes. Mientras que la experiencia histórica de Portugal había permitido al PCP mantener, como si estuviera en una cápsula del tiempo olvidada, muchas de las marcas de su formación decisiva en la propia era estalinista, el movimiento de la historia moderna había llevado a los PC de Europa Occidental a un punto prácticamente muerto. Además, estas otras corrientes más «modernas» no han dejado de aflorar en el seno del propio PCP, sobre todo desde noviembre de 1975. En Italia, y después en Francia y España, los partidos comunistas se vieron obligados a afrontar el hecho de que la desintegración mundial del antiguo monolito burocrático, combinada

28. El *Financial Times* londinense del 17/7/75 publicaba en portada un artículo de Jane Bergerol, una de las periodistas burguesas más lúcidas en la escena, informando tristemente a sus lectores de que «una revolución total y una consiguiente dictadura del proletariado» podrían de hecho ser inminentes en Portugal, tras un artículo del 20/6/75 en el que informaba de forma similar a sus lectores de que «en las fábricas, los sindicatos dominados por los comunistas han sido barridos hace tiempo por los consejos de trabajadores militantes, muchos de los cuales controlan ahora la dirección de la planta y dirigen el negocio». Bergerol fue una de las primeras reporteras burguesas en Lisboa en distinguir cuidadosamente entre el PC y la extrema izquierda, por poco consuelo que tales distinciones pudieran haber proporcionado a sus lectores en la City.

con una nueva era de lucha de clases, significaban que el modelo soviético de socialismo simplemente no podía venderse en el sector capitalista avanzado. Si bien estas corrientes de opinión que han fracturado el viejo molde burocrático tienen ciertos elementos que los sitúan a la «derecha» del viejo estalinismo, a saber, una práctica recapitulación del reformismo socialdemócrata, reflejaban de hecho un movimiento doble dentro de la sociedad y del propio movimiento obrero internacional: por un lado, la creación de una gran corriente «socialdemócrata de izquierda», ya sea en el seno de los partidos socialistas y comunistas, en la que momentos de crítica antiburocrática se mezclan indisolublemente con ilusiones abyectamente reformistas y parlamentarias, adhiriéndose a las formaciones socialdemócratas por un cierto espacio que estas permiten a la democracia interna y que, como es bien sabido, era más difícil de encontrar dentro de los partidos estalinistas; por otro lado, la creación, en cada país de Europa Occidental, de una vaga «extrema izquierda», tanto de «grupúsculos» como de una corriente mucho más amplia de sentimiento desorganizado que, sin embargo, podría cristalizarse en una crisis, como ocurrió en Portugal, a la izquierda del partido comunista. Este doble movimiento a la «derecha» y a la «izquierda» de los PC tradicionales reflejaba un proceso histórico irreversible: la disolución de la antigua hegemonía ideológica del estalinismo dentro del movimiento mundial, y, lo que es más importante, la asimilación de las lecciones reales de los ocho años anteriores (1968-76) de lucha de clases en Europa Occidental. Así, cuando un George Marchais se vio obligado a denunciar a la Unión Soviética por la existencia de campos de trabajo forzado, era una era entera la que había terminado, y una nueva la que se ha abierto, sobre todo una era en la que las propias bases de los PC de Europa Occidental ya no podían tragarse las grotesquerías del bloque burocrático seudosocialista.

Si varias corrientes trotskistas y otras de extrema izquierda en Portugal y en otros lugares no lograron comprender la dinámica del PCP, la CIA, la OTAN y los aterrados jefes de Estado de Europa Occidental y Estados Unidos no dejaron de hacerlo. Especialmente después de marzo de 1975, con la nacionalización del sector bancario y de seguros portugués y el comienzo del éxodo masivo de elementos de las burguesías financiera, industrial y latifundista, las declaraciones de Kissinger y Schlesinger (los secretarios de Estado y de Defensa estadounidenses, respectivamente) sobre el tema de

Portugal no dejaron lugar a dudas de que los Estados Unidos responderían a un intento de toma del poder por el PCP con todos los medios a su alcance, incluyendo un posible ataque nuclear contra la propia Unión Soviética. Este ruido de sables imperialista, que servía para confundir la revolución proletaria en varios países con la «toma de poder por el PC», no era algo que se permitiera a la ligera, pero sirvió para recanalizar los límites de la lucha de clases en las seudocategorías de la era de la Guerra Fría y preservar la ecuación reaccionaria de socialismo y estalinismo.

Los PC de Europa Occidental, por su parte, vivieron esta pérdida de hegemonía en el movimiento obrero como un dilema irresoluble, uno cuyos parámetros se hicieron patentes con la experiencia portuguesa. Los PC, por el atractivo de los «éxitos» parlamentarios ligados a la participación en los gobiernos de austeridad capitalista como el que entonces parecía estar gestándose en la crisis italiana, se vieron arrastrados a una cierta «desestalinización» de su retórica y su adaptación ideológica abierta a lo que ya era, durante cuarenta años con pocas excepciones, el patrón establecido en la práctica de constituirse como el ala «progresista» de un capitalismo reformista. Por otro lado, su base obrera, a cambio de someterse a tal política, exigía resultados a corto o medio plazo, y periódicamente (mayo de 1968, otoño de 1969) ha pasado a la acción por derecho propio para obtenerlos, topándose con las aspiraciones de los PC y de sus sindicatos de convertirlos en candidatos aceptables al poder. De ahí que los PC de Europa Occidental trabajaran bajo el temor de un gran *«débordements»* (más o menos, desbordamiento) por parte de la clase obrera en movimiento, un temor confirmado una y otra vez por las luchas reales a lo largo de ese periodo. Capaces de reestablecerse como la tendencia «hegemónica» en la clase una vez que la lucha se haya calmado (y normalmente haya terminado en derrota) los PC veían necesariamente como su credibilidad en la clase obrera se deshinchaba con cada «contención» exitosa de una explosión. El PCP se dio cuenta durante el verano y el otoño de 1975 que estaba perdiendo el control de la clase obrera portuguesa, y si esa pérdida se hiciera manifiesta, su credibilidad ante el ala del MFA de cuyo patrocinio disfrutaba caería en picado hasta cero. Así pues, durante todo el periodo del «giro Noske» de Soares en el PSP en la ofensiva ante el quinto gobierno (Vasco Gonçalves), el PCP tuvo que mantener una vigilancia constante a su izquierda, donde ya había perdido el control

efectivo del vasto movimiento en las fábricas y en la base de las fuerzas armadas, y continuar simultáneamente su papel como partido del gobierno. Esta política zigzagueante se acentuó con la expulsión del PCP de puestos importantes del gobierno en agosto de 1975, cuando comenzó una nueva fase como un partido menor del gobierno y líder aparente de la oposición. Fue en la coyuntura entre el quinto y el sexto gobierno, entre el 25 y el 28 de agosto, cuando el PCP aceptó momentáneamente la humillación de recurrir a seis grupos de extrema izquierda para constituir el FUR, o Frente de Unidad Revolucionaria, cuyo único consistía en un retorno al caído quinto gobierno, a pesar de las pretensiones ocasionales de objetivos más ambiciosos por parte de los grupos. No obstante, cuando se reveló que el PCP estaba en negociaciones secretas con el sexto gobierno en una nueva maniobra de pasillo para conseguir influencia ministerial, la extrema izquierda expulsó al PCP del FUR.

Los PC de Europa Occidental, y sobre todo los de Francia, Italia y España, no pudieron escapar de este dilema. En la medida en que solo participaban en la variante italiana de «compromiso histórico», estaban condenados a desenmascararse ante la clase obrera como socios de la austeridad capitalista. En la medida en que evitaron ese papel e intentaron tomar el poder al estilo de Cunhal y el PCP en el periodo de marzo a agosto de 1975, se vieron obligados a conjurar fuerzas en la propia clase obrera que se revelaron sistemáticamente contrarias a su visión burocrática del poder.

Los revolucionarios podían extraer importantes lecciones estratégicas de esta situación. En contra de la ortodoxia trotskista y de otras, era una locura que los revolucionarios se relacionaran con los PC de Europa Occidental como si fueran meras socialdemocracias «reformistas» que pudieran ser «desenmascaradas» ante la clase obrera por su negativa a «tomar el poder». Esto no implica en absoluto que los revolucionarios no deban ofrecer tales frentes únicos a los PC, ni denunciarlos ante su base cuando dichos frentes sean rechazados. Del mismo modo, inevitablemente surgirán situaciones en las que, en vísperas de una situación de guerra civil, las corrientes revolucionarias y los partidos comunistas deban formar alianzas militares. (Esto no debe confundirse con el intento de parcheo de la extrema izquierda portuguesa del FUR de aliarse con el PC si este accedía a renunciar a sus

carteras ministeriales). La extrema importancia de la crisis portuguesa fue que presentó una situación prerrevolucionaria en la que la hegemonía del PC en la clase obrera empezó a resquebrajarse, y en la que el PC se vio obligado a tener en cuenta este hecho mediante un reconocimiento de los grupos de extrema izquierda que en los meses anteriores había estado denunciando como fascistas y demoleedores. Pero en todo esto, fue un gravísimo error que los revolucionarios se comprometieran con una política de «desenmascarar» al PC como meramente reformista llamándole a hacer precisamente lo que, en ciertas circunstancias, era perfectamente capaz de hacer, es decir, tomar el aparato del Estado. No comprender la naturaleza dual de los PC, propensos tanto al reformismo frentepopulista como a los juegos de poder burocráticos cuando las condiciones lo permiten, como rivales directos de la izquierda revolucionaria y de la clase obrera organizada en formaciones soviéticas, solo podía tener resultados catastróficos para los revolucionarios. Si el PCP hubiera tenido éxito en hacerse con tal poder burocrático, su primer objetivo, como en muchas ocasiones en el pasado, habría sido precisamente la izquierda revolucionaria que encarna la conciencia que debe desarraigar a toda costa, la conciencia de la distinción entre el poder político separado para un estrato de burócratas y el poder directo de la clase obrera organizada en sus propias instituciones de poder y democracia de toda la clase, los soviets.

Por tanto, la corriente revolucionaria debe negociar este peligroso camino entre su constitución como la tapadera izquierdista del burocratismo estalinista y un abstencionismo estéril en el que el choque real entre los PC y el capital privado se considere como un mero antagonismo espectacular entre «dos alas de la burguesía», con el PC como el embrión de una «burguesía capitalista de Estado» con el que toda alianza o llamamiento a las bases sitúan a uno en el terreno de la contrarrevolución.

7. La naturaleza del MFA y su situación faccional

Contrariamente a las creencias de los partidos comunistas internacionales y de la inmensa mayoría de los extremoizquierdistas portugueses y extranjeros, quienes veían una «fuerza progresista» al menos en ciertas facciones del MFA, el movimiento no era en absoluto cualitativamente distinto de toda

una serie de formaciones militares similares engendradas en el siglo XX. El peronismo en Argentina, el movimiento de los Jóvenes Turcos, el «socialismo islámico» de los partidos Baaz o la Argelia de Boumédiène, el movimiento de los coroneles peruano, o, por último, la junta militar que tomó el poder en Etiopía en 1974, eran sin excepción, cualesquiera que fueran sus distinciones secundarias y la fraseología que usaran para presentarse, movimientos cuyo objetivo era la modernización del capitalismo, apoyándose generalmente en modos de gestión estatistas y presentando de hecho la formación social más cercana a un capitalismo de estado real. Estos regímenes, que nunca han dudado a llevar a cabo la represión contra su clase obrera y su campesinado autóctonos, se sustituyen a sí mismos por burguesías nacionales débiles o inexistentes e incluso pueden, de forma limitada (como Nasser durante su fase «antiimperialista» más militante) escapar del control directo del bloque occidental. Pero no pueden escapar del control del mercado mundial, y es toda la fuerza del mercado mundial la que imponen a la fuerza de trabajo a su disposición. Que los revolucionarios se hagan ilusiones sobre tales formaciones es no ofrecerle a la clase obrera nada más que la perspectiva de apoyar a «su» estado capitalista local en la lucha «antiimperialista» por la «reconstrucción nacional» o formulaciones similares.²⁹

Las élites militares modernizantes en el sector subdesarrollado o semi-desarrollado son la respuesta del capitalismo contemporáneo a la crisis de la perspectiva burguesa esbozada en las teorías de Trotsky sobre la revolución permanente y sobre el desarrollo desigual y combinado. En la fase decadente del capitalismo, e incluso antes de que el sistema hubiera entrado a la fase de decadencia global, era y es imposible para cualquiera capital nacional que no se encuentre ya en una cierta fase de desarrollo avanzar sin ponerse a remolque del sector capitalista avanzado, o arriesgarse a una revolución proletaria en el proceso. Pero es posible modificar este problema a través de la creación de un aparato de Estado bonapartista que, en el nombre de una ideología nacionalista liberalmente aderezada con «socialismo» (es decir, nacionalización) pueda maniobrar en el mercado mundial y, a través de un desarrollo desvergonzadamente intensivo en mano de obra de la economía, financiar

29. Era notorio que Nasser, por ejemplo, nunca dudó en llenar las cárceles egipcias con miembros del Partido Comunista Egipcio y otros izquierdistas durante el apogeo de su luna de miel con la URSS, y a la inversa, que la URSS nunca se preocupó excesivamente por tal represión.

un cierto avance tecnológico. En términos mundiales, dado el potencial de tal desarrollo a través de la revolución socialista que tales regímenes combaten inevitablemente en casa y en el extranjero, estas formaciones son completamente reaccionarias, imponiendo a sus respectivas poblaciones obreras la carga del atraso económico definido dentro del contexto nacional aislado.

Aunque perfectamente comprensible tras cuarenta y ocho años del más retrógrado de los fascismos, el entusiasmo de la izquierda portuguesa y de una parte importante de la izquierda internacional por el MFA en los primeros meses tras el golpe del 25 de abril fue casi ilimitado. Es cierto que el MFA se distinguió, al menos en ciertas facciones, por un cierto compromiso con la vía «moderada» de la reconstrucción nacional, y en el caso al menos de figuras como Melo Antunes, Vasco Gonçalves y Carvalho comprendió la necesidad de alistar a la clase obrera en este proceso, pero la ecuación de tal paternalismo con el «socialismo» fue una inversión ideológica de primera clase. No hay nada socialista sobre un ejército permanente burgués, cuya disolución y reemplazo por milicias armadas obreras fue la primera tarea por cada revolución genuinamente socialista del siglo XX. Mientras que el PCP probablemente esperaba utilizar sus lazos con la importante facción de Gonçalves del MFA para negociar su camino al poder al estilo en que el Partido Comunista de Cuba se introdujo en el gobierno de Castro, el seguidismo al ejército por parte de la práctica totalidad de la extrema izquierda durante la crisis fue una debilidad primaria de las organizaciones políticas existentes en la escena, y, en última instancia, del movimiento en su conjunto. Solo en los últimos meses de confrontación, que condujeron al fiasco del 25 de noviembre, comenzó a producirse un proceso serio de disolución del ejército, y ciertas capas avanzadas de obreros empezaron a denunciar en bloque al MFA como una formación capitalista. Pero incluso después del 25 de noviembre, grupos como el PRP-BR, que en otros dominios habían denunciado lúcidamente las maquinaciones de varios grupos políticos en las organizaciones obreras de masas, siguieron de cerca al general Carvalho y a la policía militar, el COPCON.

El MFA, que nunca fue una organización homogénea, atravesó una transformación seria en el periodo de abril de 1974 y noviembre de 1975. Estaba compuesto por 130 oficiales de un ejército de 300.000 hombres y

10.000 oficiales. Un factor decisivo de la situación portuguesa que siempre se debe tener en cuenta cuando se intenta generalizar sus lecciones es que, en el periodo de 1961 a 1974, prácticamente toda la población masculina del país con edades comprendidas entre los 20 y los 40 años durante la crisis revolucionaria recibió entrenamiento militar y combatió en las guerras africanas. Así, cuando el país se acercó a una situación de guerra civil en otoño de 1975, una consideración muy seria en las mentes del centro y de la derecha era la capacidad militar inusualmente alta de la clase obrera y del proletariado agrícola del Alentejo, que constituirían el grueso de las fuerzas armadas de la izquierda y la extrema izquierda. Este factor distinguía completamente a Portugal de un país como España, tanto en 1936-39 como en mediados de los 70.

El MFA, que inicialmente afirmaba estar por encima de todos los partidos políticos, comenzó y siguió siendo, como se ha indicado antes, un grupo de oficiales que iban desde los espinolistas hasta la facción pro PCP de Vasco Gonçalves, que estaban convencidos de la necesidad de liquidar el salazarismo, acabar con la sangría masiva que suponían para la economía portuguesa las guerras Bush en África y modernizar la economía metropolitana para entrar en la esfera del Mercado Común. Muchos de ellos sentían que esto requería algún tipo de «socialismo», en cualquier caso una variante de capitalismo de Estado. Eran unánimes en ver al ejército como el principal vehículo para esta transformación, y todos ellos conocían la experiencia peruana³⁰ y estaban impresionados por ella. Si las masas nunca habían emergido en nombre propio en la arena histórica, el ejército portugués inevitablemente habría guiado al país en esa dirección. Pero no habían contado realmente con dos factores decisivos: la crisis económica mundial, que no estuvo presente en la fase temprana del desarrollo peruano, y la rapidez con la que la clase obrera y el proletariado agrícola intervinieron, a menudo inconscientemente, pero siempre de forma que obligaron al MFA a ir más lejos de lo que había planeado.

En el momento de la culminación del proceso revolucionario en noviembre de 1975, el MFA estaba compuesto de cuatro facciones básicas: La

30. Se refiere a la dictadura de Juan Velasco Alvarado, dictadura militar iniciada en 1968 con un golpe de Estado y que sirvió como el prototipo de dictadura militar social. (N. del T.).

derecha, o «derecha clásica» de Azevedo-Fabiao: más o menos democristiana, dispuesta a jugar con la democracia parlamentaria si podía servir para guiar el proceso de «modernización», deseando una ruptura definitiva pero cuidadosa con el salazarismo. Este grupo, que se distinguía también por la ausencia de un líder serio, era la menos eficaz de las cuatro facciones en la arena pública. Su importancia radicada principalmente, a medida que los eventos llegaban a su punto álgido, cuando las tres facciones de centroizquierda y de izquierda estaban a punto de perder el control de la situación en una oscilación del péndulo hacia la derecha, una que podría barrer fácilmente al MFA en su conjunto y reabrir el camino para la masa de militares políticamente menos adeptos pero definitivamente profascistas y fascistas que deseaban un baño de sangre al estilo de Pinochet. Fue la facción de Azevedo la que emergió triunfante el 25 de noviembre.

La segunda facción del MFA fue la facción de Melo Antunes, asociada con el llamado «Grupo de los Nueve», cuyo manifiesto de mediados del verano de 1975 se convirtió en el punto de encuentro de la contrarrevolución que intentaba revertir el inexorable movimiento hacia la izquierda en el ejército y en la sociedad en su conjunto. El propio Melo Antunes no era en ningún sentido una figura de la derecha, pero su corriente, y la solución que proponía (un «socialismo» tecnocrático desvergonzado con participación de las masas al modo peruano, es decir, participación de las masas en la austeridad) se convirtieron en fundamentales porque el centro y la derecha se aferraron a ella como la única fuerza real, a excepción de un nuevo fascismo, que podría detener a la izquierda y a la extrema izquierda. Si Melo Antunes, a lo largo del verano de 1975, parecía un candidato probable para un papel de Noske-Scheidemann, este fue un contenido que su facción adquirió debido al papel provisional que le asignaron otros. Melo Antunes era un socialdemócrata de izquierda, de lejos el más formado teóricamente y políticamente astuto de los miembros del MFA, y cuyas dos influencias políticas más decisivas eran la facción de Rocard (capitalismo de Estado tecnocrático) y los coroneles peruanos (neocorporativismo). En la coyuntura histórica de mediados de 1970, tales corrientes parecían perfectamente capaces de fusionarse en un tipo de fascismo racionalizado, pero Melo Antunes se distinguió

notablemente de tal perspectiva, y fue decisivo para evitar un baño de sangre contra el PCP y la extrema izquierda en noviembre de 1975.³¹

La tercera facción del MFA era la facción de Vasco Gonçalves, en el poder entre marzo y agosto de 1975, y esencialmente asociada con el PCP. Fue esta facción a la que la facción hegemónica de Melo Antunes se tomó en serio durante la crisis del verano y el otoño de 1975. Vasco Gonçalves era por formación un ingeniero, generalmente considerado intelectual y estratégicamente competente, pero no al mismo nivel que Melo Antunes.

La cuarta y última facción, que se consideraba dentro del MFA como una facción fantasma, surgida muy tarde sin un liderazgo secundario real, fue la del general Otelo Sareivo de Carvalho, COPCON, y sus aliados en las formaciones de extrema izquierda como el PRP y el MES. La facción de Carvalho, en la que no había ningún otro oficial de importancia en el movimiento, fue vista por las fuerzas del orden a lo largo de la crisis del verano y el otoño de 1975 como un problema que se resolvería en unas pocas horas de confrontación militar, en contraste con la facción de Vasco Gonçalves. Este análisis demostró ser ampliamente correcto en los eventos del 25 de noviembre y posteriores, cuando la facción de Carvalho y la extrema izquierda asociada a él fueron inmovilizadas en unas pocas horas.

La situación faccional dentro del MFA se aceleró con cada intervención de las masas en el proceso social que se desarrollaba en Portugal. Cuando se declaró el fin de la «tregua política» del MFA en marzo de 1975, la situación de facto no hizo más que institucionalizarse: el grupo de Melo Antunes, aunque sin vínculos formales con ningún partido, se convirtió en la principal esperanza del PSP, y el grupo de Vasco Gonçalves se alineó con el

31. Toda la carrera de Melo Antunes estuvo marcada por un coraje e integridad personales que incluso el PCP, después de noviembre, se vio obligado a reconocer. Era bien conocido en el cuerpo de oficiales portugués mucho antes de 1974 como un miembro de la oposición al salazarismo, teniendo fama de leer a Marx hasta altas horas de la noche ya a finales de los años 50 y afirmando ya entonces que sería el ejército el que acabaría con el salazarismo. En 1969, anunció su deseo de presentarse a las elecciones legislativas como candidato socialista-comunista, y fue directo en su crítica a las guerras portuguesas en África como una aventura imperialista sin esperanza. Melo Antunes se situó en el centro de la facción prosocialdemócrata y tecnocrática del MFA, incluso cuando fue de utilidad para elementos situados muy a su derecha.

Loren Goldner

PCP. Solo en ese momento empezó a surgir el general Carvalho (una figura personalmente honesta que, sin embargo, solo tenía una formación política superficial y cuyo primer alíneamiento político, después de abril de 1974, parecía ser el PPD), en tándem con ciertas corrientes de extrema izquierda.

8. La caída de Spínola

La oleada huelguística de mayo a junio de 1974, a pesar de que amainó ligeramente durante el verano, confirmó los peores temores de la facción espinolista del MFA y de las facciones más tímidas de la burguesía financiera e industrial sobre la habilidad del MFA y de los partidos de izquierda oficiales para contener adecuadamente a la clase obrera. Un cierto fermento de masas ya había obligado al régimen a reconocer la independencia inmediata e incondicional de Guinea-Bissau y amenazaba con hacer lo mismo con las mucho más ricas Angola y Mozambique. El sistema neocolonial previsto en el Portugal de Spínola y el futuro ya había quedado relegado al pasado tras menos de tres meses de gobierno del MFA.³²

Este deterioro de la situación, sin duda espoleado por la militancia de las huelgas de los empleados de la TAP (el PCP había permanecido en silencio a finales de agosto cuando el gobierno había aprobado una ley de huelga que ilegalizaba las ocupaciones de fábricas y establecía un periodo de reflexión de 30 días) y de Lisnave, llevó a las facciones capitalistas en torno a Spínola a lanzar el primero de dos intentos de golpe de Estado el 28 de septiembre. La respuesta inmediata de la clase obrera y del proletariado agrícola, que ya eran plenamente consciente de los límites del gobierno militar existente, fue una movilización que cerró puentes, carreteras y líneas ferroviarias en todo el país y paralizó cualquier posible movimiento concertado de tropas. A raíz de esto, Spínola se vio obligado a dimitir como presidente, y se retiró a la vida «privada», donde se dedicó a tramar, junto con una serie de oficiales de derechas igualmente purgados del ejército, el intento de golpe más dramático que llevó al movimiento a la crisis revolucionaria posterior al 11 de marzo.

Mientras el ambiente se iba caldeando en Portugal a finales de otoño de 1974, con los primeros rumores de disensión entre el PSP y el PCP, el

32. En el último año completo de dominio colonial, 1973, el superávit total del comercio de Portugal con las tres colonias africanas fue de 540 millones de dólares. Portugal compraba los principales productos de las colonias, incluida la totalidad de los cultivos de algodón y de azúcar de Mozambique, a precios muy inferiores a los del mercado mundial, y a menudo los vendía directamente por cuenta propia sin el menor trabajo adicional. A partir de este sencillo acuerdo, se puede comprender la importancia del imperio colonial para el mantenimiento de la balanza comercial de la metrópoli. Los trabajadores emigrados, los turistas y las colonias eran sus puntales indispensables.

siguiente aumento real de la temperatura sucedió a principios de enero de 1975 cuando el MFA, junto con el PCP y apoyado por la extrema izquierda, anunció la creación del sindicato único Intersindical como sucesor de los viejos sindicatos corporativistas. Este movimiento fue apoyado por una manifestación masiva de 100.000 trabajadores en Lisboa, y, por primera vez, la burguesía internacional y su prensa comenzaron a agitar el fantasma de un «golpe de Praga» en Portugal. La aprobación de la ley sindical que creó la Intersindical significó cosas diferentes para diferentes personas. Para la MFA y el PCP, significó la instalación precisamente del tipo de aparato sindical moderno que sería el *sine qua non* del «periodo de sacrificio» necesario para la economía portuguesa. Para la extrema izquierda, todavía muy a la sombra del PCP y que habitualmente lo denunciaba solo por sus vacilaciones a la hora de impulsar sus propios planes, significó la derrota definitiva de los odiados sindicatos salazaristas. Al apoyar un concepto de pluralismo sindical que mantendría algunas de estas viejas estructuras corporativistas como un bastión contra la hegemonía del PCP, el PSP comenzó a mostrarse, como había hecho cada vez más desde octubre, en su verdadera cara de partido de la II Internacional del capitalismo americano y de la CEE. No obstante, el PCP tenía otras razones para impulsar esta ley, y no la menor de ellas era una oleada de elecciones a delegados sindicales en la que militantes del Partido Socialista y de varios grupos de extrema izquierda, incluyendo a varios maoístas, estaban ganando sobre la base de su negativa a someterse a la política general rompehuelgas del PCP.³³ Fueran las que fueran las conexiones políticas y la falta de perspectivas revolucionaras de estos militantes, estaban respondiendo a, y aprovechándose de, la resistencia de la clase obrera a la disciplina laboral del MFA, el PCP y su Ministerio de Trabajo, y el uso del MFA por parte del PCP para acabar con ellos (y, en ciertos casos, para anular o ignorar los resultados de varias elecciones de fábrica) no tenían, por decirlo suavemente, nada de revolucionario. La extrema izquierda, por su parte, ante este desarrollo, se retractó más tarde de su apoyo crítico a la Intersindical, aunque para entonces toda la cuestión había sido superada por la creación de consejos obreros y otras formaciones por todo el país.

El segundo golpe de Spínola, ocurrido el 11 de marzo, fue aún más patético y peor organizado que el primero, y la respuesta de la clase obrera

33. *The Economist*, 25/1/75.

fue aún más abrumadora. Una vez más, nada circuló por el país sin el paso de barricadas de trabajadores industriales y agrícolas.³⁴ El 12 de marzo, los empleados de todos los bancos portugueses ocuparon esas instituciones y exigieron su nacionalización inmediata, que el MFA llevó a cabo.³⁵ La estrategia reformista de las facciones privadas del capital industrial y financiero parecía estar en un callejón sin salida, y la iniciativa estrictamente en manos de las fuerzas estatistas, militares y tecnócratas. Disueltas las últimas reuniones de sus juntas directivas por unidades de las fuerzas armadas, los Espírito Santos y los Champalimauds emprendieron la marcha hacia el aeropuerto de Lisboa, donde tomaron los vuelos a Río, en la salida apresurada de partes importantes de la clase capitalista portuguesa.

La radicalización de la situación entre septiembre de 1974 y marzo de 1975, que preparó el escenario para la crisis revolucionaria de los ocho meses siguientes, tuvo repercusiones e influencias internacionales inmediatas. En Francia, en octubre de 1974, el PCF y el Partido Socialista prácticamente rompieron su alianza electoral, y la dirección del PCF se embarcó en el comienzo de un nuevo periodo de «línea dura» en el que el programa común, que había sido la fuente de tanta euforia a principios de año, fue renunciado a todos los efectos. El comienzo de la crisis económica capitalista, señalada por la grave inflación del año anterior y por la cuadruplicación de los precios del petróleo en octubre de 1973, empezaba por fin a hacerse sentir en los alineamientos políticos de los partidos obreros oficiales de Europa Occidental, y la reticencia del PCF a «administrar la crisis», y una lucha adicional de facciones con los PC de Europa Occidental sobre esta cuestión, forzaron un endurecimiento de las líneas en todos los bandos que se vio acelerado por la descomposición del canto del cisne del PCP-PSP en Portugal. Esta situación, en la que la internacionalización de la crisis portuguesa, y tras ella la crisis de sucesión en el sur de África, implicaría en última instancia una polarización de todas las grandes facciones políticas mundiales y nacionales durante el periodo siguiente hasta noviembre de 1975.

34. Las primeras ocupaciones de tierras importantes se habían llevado a cabo en febrero.

35. Significativamente, estas nacionalizaciones no afectaron a ningún banco extranjero ni a las importantes instituciones de crédito agrícola que poseían grandes cantidades de deuda campesina. Se calcula que las nacionalizaciones pusieron aproximadamente el 60% del capital de la industria portuguesa bajo el control del Estado. (*Economist*, 22/3/1975).

La primera reacción de la burguesía internacional y de su prensa ante los acontecimientos en Portugal tras el abortado golpe de Spínola del 11 de marzo fue doble. Por un lado, lanzó un llanto universal por el fracaso de la «democracia» entre el «políticamente inmaduro» pueblo portugués. Por otro lado, y de forma más sutil, ocultó cuidadosamente las importantes divergencias que empezaban a manifestarse entre el movimiento de base y sus distintos «representantes» en el país. Lo que en la prensa internacional se presentaba como un «golpe de Praga» inminente al estilo de 1948 era en realidad el comienzo de un movimiento doble hacia el poder del PCP y la facción de Gonçalves del MFA por una parte, y la fase abierta de un movimiento potencialmente proletario por otra.

Sin embargo, no fue hasta los meses de verano cuando se admitió esta divergencia a nivel internacional.³⁶ Fue también después del 11 de marzo cuando comenzaron en serio las ocupaciones de fábrica, a menudo meras respuestas defensivas a la quiebra de pequeñas empresas forzadas al paredón o a la salida apresurada al extranjero de un empresario histérico, junto con la ocupación de tierras y de viviendas vacías por varios comités locales. Este fenómeno, provocado por nadie y menos por el MFA y el PCP, empezó a su vez a forzar la mano de las distintas facciones del ejército y a acelerar el alineamiento que duraría hasta el enfrentamiento de noviembre.

9. Reestructuración neocorporativista o revolución socialista: autogestão contra soviets

El verdadero alcance y la verdadera historia detallada del movimiento social de las masas portuguesas, a pesar de ser una fuerza determinante a lo largo del periodo de marzo a noviembre de 1975, es el aspecto más difícil de

36. En este contexto, es útil señalar, aunque sea de pasada, las elecciones del 25 de abril de 1975, que tuvieron los siguientes resultados: PSP 38%, PPD 26%, PCP 12,5%, CDS 7,5%, MDP/CDE 4%, extrema izquierda (varios) 9%. (*Financial Times*, 28/4/75). Estas elecciones solo son notables en el sentido de que no zanjaron precisamente nada, al tiempo que demostraron la hostilidad de un segmento importante de la sociedad portuguesa a cualquier transformación social importante, revolucionaria o no. En los acontecimientos que siguieron, solo se demostró una vez más a los crédulos que las elecciones, el parlamentarismo y la legalidad no representan más que una codificación de las relaciones de fuerza asentadas al nivel de la sociedad en su conjunto.

escribir y el más nebuloso de este proceso social. Desde 1968 y en toda Europa Occidental, toda gran confrontación social ha puesto en primer plano formas de lucha obrera contradictorias y a menudo puramente recuperadas, (aunque en el periodo de 1968-76 la dirección general había sido claramente la de alejarse de formas innovadoras de acción de la clase obrera y dirigirse hacia la canalización de esa acción hacia «formas democráticas» perfectamente aceptables para la clase capitalista). Esta no es más que otra forma de decir que lo que se puso en escena de forma salvaje en los años 60 se había convertido en sabiduría empresarial en la década de 1970. No cabe duda de que el concepto de consejo de fábrica, comercializado bajo los nombres de *Mitbestimmung*, participación, autogestión (*autogestão* en portugués) y demás, era todo menos una autogestión de la austeridad, la manifestación obrera de un nuevo corporativismo. Pero estas formas de contención obrera se pusieron en marcha para confrontar una concepción inicial de control obrero de la producción que estuvo en el centro de las convulsiones revolucionarias del siglo XX y que resurgieron, sobre todo desde 1960, con vehemencia en los conflictos de clase de todo el mundo. El estalinismo y la socialdemocracia, cada uno a su manera, acabaron para siempre con el viejo mito del socialismo como la mera nacionalización de la industria combinada con la planificación burocrática, y desde las fábricas de la British Leyland a los astilleros de Gdansk y Gdynia, la idea de la clase obrera dirigiendo la totalidad de la producción, no en unidades aisladas, sino como una clase para sí organizada a nivel de la sociedad en su conjunto, volvió a perseguir a burócratas y gerentes en todas partes. Los soviets desarrollados en Rusia en 1905 y en 1917-21 no eran más que tales instituciones de clase para sí, como fueron las formaciones de consejos más avanzadas desarrolladas durante las sucesivas crisis revolucionarias de Alemania en 1917-21 o en España en 1936-37. La burguesía no ha permanecido ciega ante estos desarrollos, y ha descubierto que una forma modificada de este «control», limitada a la unidad capitalista reaccionaria de una sola empresa, puede en realidad incrementar la productividad y la rentabilidad al tiempo que suaviza las relaciones laborales. De ahí que, tras las primeras señales de tormenta revolucionaria de 1968-69, y tras una década de amarga lucha de clases en los talleres de Gran Bretaña, la burguesía europea se adelantara incluso a los sindicatos en la descentralización de todo poder concebible hacia los empleados de tal o cual empresa. El movimiento de los coroneles peruano, que tenía orígenes ideológicos explícitos

en el corporativismo de Mussolini, tuvo un éxito similar en la creación de esta reaccionaria «comunidad del trabajo» en América Latina. No hay nada que, a falta de cuestionar la hegemonía de la producción del valor sobre la reproducción social, no pueda integrarse en el capitalismo.

De ahí que no sorprendiera ver, después de que se abrieran las compuertas del movimiento de masas de ocupaciones de fábricas, tierras y viviendas y de la constitución de una multitud de consejos obreros, soldados, marineros y barriales por la movilización masiva del 11 de marzo, un diluvio similar de llamamientos a precisamente esta clase de *antogestão* siendo difundidos por todos desde Melo Antunes y el Grupo de los Nueve, por un lado, hasta el jefe de las fuerzas de seguridad (COPCON), el general Otelio Saraiva de Carvalho, por el otro. Fue más sorprendente, aunque solo ligeramente, ver al grueso de los grupos de extrema izquierda arrastrados a esta mistificación. Solo el PCP, que no tenía lugar en su plan para este método de recuperación y que difícilmente iba a contraponer la constitución de auténticos soviets a este popurrí populista, se mantuvo al margen. Como protagonistas de un viejo modelo de contención burocrática, el tufo modernista de la *antogestão* era demasiado para ellos. Esto no quiere decir que no hubiera conciencia de este problema entre las tendencias de extrema izquierda de Portugal. Los CRTSM (Consejos Revolucionarios de Trabajadores, Soldados y Marineros) celebraron un congreso inicial el 19 de abril de 1975, y fueron capaces de movilizar a 40.000 obreros para una manifestación en Lisboa el 17 de junio, en la que se planteó como estrategia la coordinación nacional de estos consejos. Pero nunca estuvo claro que los CRTSM jamás representaran algo más que las creaciones y la periferia del PRP-BR que, aunque no se oponía a una concepción soviética de poder obrero, era demasiado vulnerable, tanto en su seguidismo al general Carvalho como en su celebración de varias otras formas locales de poder popular, a una difuminación de la distinción.³⁷ Tampoco hay duda de que la perspectiva de tal formación de poder dual en

37. Se hicieron al menos dos intentos de constituir estos órganos de «poder popular» a una escala nacional más apropiada para una formación revolucionaria, aunque incluso estas formaciones nacionales nunca rompieron en serio con el MFA «progresista». El 2-3 de agosto, se celebró un congreso de los CRTSM, pero en general se consideró que no eran más que un frente del PRP-BR; el 27-28 de septiembre, un frente similar del MRPP, con una asistencia menos camuflada aún, fue boicoteado por todos los demás grupos.

Portugal rondaba las mentes de todas las facciones que luchaban por el poder dentro del Estado burgués, y si Carvalho y COPCON fueron capaces de presentarse de forma creíble a finales del verano y durante el otoño como los protagonistas de un control «democrático directo» de la producción (junto con el MFA, por supuesto), fue porque el movimiento les obligó a hacerlo.

Un ejemplo interesante de como los medios internacionales intentaron retorcer el significado de lo que estaba ocurriendo en Portugal fue todo el espectáculo del asunto Republica. A partir de mayo de 1975, el intento de un consejo obrero, muy a la izquierda del PCP, de ejercer control editorial sobre los contenidos del periódico fue contestado por el editor, el miembro del PSP Raul Rego, y tachado en Portugal y en los medios internacionales de maquinación del Partido Comunista. Este golpe de relaciones públicas se mantuvo hasta bien entrado el verano, y constituyó el método habitual de falsificación por el cual las acciones de grupos de trabajadores no afiliados se hacían pasar por intervenciones del PCP. La cuestión de si el personal de un periódico debe o no tener el poder último de los contenidos es algo que está sujeto a discusión, pero es una discusión claramente planteada en términos diferentes de la situación presentada a los lectores de la prensa internacional.

Del mismo modo, en mayo-junio de 1975, ante la inminente pérdida de control de la situación en Portugal y el crecimiento irrefrenable de la intervención de las masas en cada aspecto de la vida social, Kissinger, Schlesinger y el gobierno de Estados Unidos comenzaron a blandir el espectro del «comunismo» en amenazas belicosas contra el bloque del Este. Sin embargo, lo que más les aterraba no era el comunismo oficial sino la revolución obrera. Simultáneamente, el PSP entró en acción, usando el pretexto del asunto Republica y la ocupación en julio de la papista Radio Renascensa para dimitir del gobierno el 10 de julio y lanzar una movilización general contra el PCP, Gonçalves y el proletariado en su conjunto. La retórica del año anterior, que en ocasiones había hecho a Cunhal sonrojarse ante los excesos histriónicos del charlatán de Soares, había dado paso por completo a un llamamiento casi abierto a los reagrupamientos fascistas que constituían la base del PPD y del CDS. El PPD siguió el ejemplo de Soares y dimitió del gobierno el 17 de julio.

10. Tres documentos contra la revolución

Con una ola de ocupaciones que se manifestaba en toda la industria y en todas las esferas de la vida social, y que empezaba a socavar la disciplina en el ejército, empezó a surgir en la sociedad portuguesa una situación de facto de poder dual. Era una situación de facto porque, aparte de los intentos embrionarios y en su mayoría fallidos de formaciones marginales de crear este poder como una fuerza autoconsciente capaz de enfrentar y reemplazar al Estado burgués y a sus fuerzas armadas, la gran mayoría de estas instituciones populares seguían siendo solo vagamente conscientes de esta necesidad. Fue así, en la lucha de poder de julio-agosto, cuando la situación se acercaba a ese punto de no retorno en el que las instituciones alternativas de poder social deben destruir el Estado existente o desaparecer, cuando las distintas facciones del MFA, con los distintos partidos que las apoyaban aglutinándose detrás de ellas, comenzaron a introducir varias propuestas para una solución a largo plazo a la crisis. Los más significativos de estos intentos de reagrupamiento capitalista fueron el llamado documento Melo Antunes, publicado por el Grupo de los Nueve, y el documento COPCON, publicado bajo el patrocinio del general Otelio Saraiva de Carvalho y redactado en el contexto de su peculiar relación con el PRP-BR. Frente a la posibilidad de triunfo de la alianza Gonçalves-PCP y una solución burocrática definitiva al problema de la integración de la clase obrera, que se situaría internacionalmente en una orientación, en la medida de lo posible, hacia el bloque soviético, las facciones de Melo Antunes y de Carvalho del ejército, apoyadas por el PSP y la extrema izquierda respectivamente, intentaron introducir alternativas «independientes». Lo que realmente introdujeron fueron las versiones de «izquierda» y de «derecha» de la misma solución bonapartista. Fue sobre todo el documento Melo Antunes el que se convirtió en el punto de encuentro de la contrarrevolución, y el PSP reconoció en el astuto Melo Antunes a su mayor esperanza, aunque Melo Antunes no correspondiera plenamente a este entusiasmo.³⁸

38. Como ministro sin cartera, Melo Antunes ya había elaborado el programa económico inicial en febrero, llamando a «la disciplina, la responsabilidad y la conciencia política» para llevar a cabo la austeridad. El programa establecía un «Consejo Nacional del Costo de Vida» (!) y preveía un programa moderado de nacionalizaciones, advirtiendo contra los «grupos anarquistas» que estaban causando una «pérdida de confianza de la empresa privada» en el proyecto de «construir una nueva sociedad» (*Financial*

Así, a mediados de agosto, las tres principales facciones del MFA se habían alineado con las tres principales perspectivas enfrentadas en la sociedad portuguesa en su conjunto, ninguna de ellas en modo alguno congruente con la revolución. El «Grupo de los Nueve» de Melo Antunes, una mezcla de tecnócratas militares y civiles, proponía en su documento un desarrollo estatista-tecnocrático de la economía portuguesa, una especie de camino intermedio entre el desarrollo neocorporativista peruano y una socialdemocracia dirigista; la facción de Vasco Gonçalves, cualesquiera que fueran sus declaraciones, se entendía que representaba la solución burocrática (o estalinista) integral, en tándem con el PCP; finalmente, las fuerzas volátiles si no desdeñables en torno a la figura del general Otelio Saraiva de Carvalho, la fuerza de seguridad COPCON, y ciertas tendencias de extrema izquierda, de las cuales el PRP-BR era la más importante, favorecían la implementación de un gobierno «democrático directo» de la clase obrera, desgraciadamente aún en tándem con el «ala progresista del MFA» y organizado mucho más siguiendo líneas corporativistas y locales de *autogestão* que nada que cualquier cosa que pudiera llamarse gobierno soviético. La tendencia de Carvalho, que se dio cuenta que si Portugal quería evitar una inmersión relativa en uno de los dos grandes bloques de poder mundiales propuestos por Melo Antunes y Vasco Gonçalves respectivamente, sería necesario un cierto trabajo de pies de plomo, y por tanto conjuró el espectro de Portugal maniobrando en el mercado mundial en alianza con varias «fuerzas progresistas del tercer mundo» sin nombre.³⁹

Fue también en la tendencia de extrema izquierda de Carvalho donde se fomentó otra sórdida corriente neocorporativista. Esta fue la llamada actitud «apartidista» que el MFA en su conjunto había fomentado en su primer año de gobierno y que había abandonado en marzo de 1975, cuando su absurdo se hizo patente. En el nivel de base de la organización de «poder popular», la actitud antipartido expresaba dos momentos inseparables. Por un lado, expresaba la repulsa ante los intentos del PCP y del PSP de usar estas for-

Times, 2/2/75). El documento Melo Antunes de julio 1975 era esencialmente una actualización de este programa anterior, teniendo en cuenta el giro provisional a la izquierda.

39. La derecha del MFA, representada por figuras como Azevedo y Fabião, se mantuvo al margen de esta «guerra de los documentos» y tendió en su mayor parte a ser asimilada por la coalición asociada con el nombre de Melo Antunes.

maciones para sus propios fines partidistas en el gobierno. Por otro lado, expresaba una ilusión anarcosindicalista generalizada de que la cuestión del control político del Estado como tal era irrelevante o secundaria. La capitulación de los grupos de extrema izquierda, en particular el PRP-BR y el LUAR, a tal pensamiento fue una abdicación completa, y particularmente en el caso del PRP anarcoguevarista, un enmascaramiento fundamental de sus propias inclinaciones partidistas. Estos grupos, al seguir la solución de la «izquierda» peruana de Carvalho, fallaron dos veces al movimiento: en el terreno de la política, en plantear la cuestión de la liquidación del Estado burgués y sus fuerzas armadas, y en el terreno de las organizaciones de base de masas, en plantear la cuestión de su condición de base de masas de una reestructuración bonapartista o neocorporativista del capital.

En realidad, por encima de los acuerdos políticos que supervisarían el proceso, las tres facciones del MFA estaban proponiendo planes nacionales para un desarrollo capitalista de Estado intensificado de la economía portuguesa, al menos a corto o medio plazo. Por supuesto, dada la imposibilidad de la abolición del mercado capitalista en un solo país, un movimiento obrero revolucionario en el poder también se vería obligado, durante un cierto periodo, a supervisar una suerte de «capitalismo de Estado». La cuestión fundamental, y la suprimida por las tres facciones contendientes, era la del control político del Estado por la clase obrera. Con demasiada frecuencia se pasa por alto que, incluso antes del 25 de abril, todos los principales sectores de la industria portuguesa ya estaban controlados por el Estado a través de participaciones mayoritarias,⁴⁰ con la excepción de la metalurgia y las industrias de transporte marítimo. La estatificación acelerada de la economía, provocada por la crisis revolucionaria y por la depresión internacional, realizó de hecho reformas estructurales largamente buscadas por ciertos elementos burgueses ilustrados pero sobre todo por la sofocada tecnocracia. Además de esta orgía neocorporativista de racionalización, la intensificación del trabajo no remunerado para la «reconstrucción nacional» empezó a surgir como una opción importante. Nadie menos que el general Otelio Sareiva do Carvalho, en una entrevista a finales de 1974, abogó por un

40. Pasando en gran medida desapercibido en la inestabilidad política que lo acompañó, el quinto gobierno nacionalizó la Companhia União Fabril (CUF), un conglomerado masivo de más de 180 empresas, que poseía el 31% de las acciones de los astilleros de Lisnave (*Financial Times*, 14/8/75).

uso expandido de las fuerzas armadas, así como un cuerpo de trabajo civil, precisamente con esos fines.

11. La caída de Vasco Gonçalves y del PCP

A mediados de agosto, el gobierno estaba totalmente paralizado. La campaña del PSP, iniciada en junio, se había cruzado con –y apelado a– una oleada de fermento profascista y abiertamente fascista de los dos grandes partidos de derecha, el PPD y el CDS. La destrucción de sedes del PCP y de extrema izquierda en varias ciudades pequeñas del norte, los ataques físicos a miembros del PCP en las mismas zonas, y una oleada de incendios forestales que estalló en todo el norte indicaban una ofensiva contrarrevolucionaria de proporciones considerables. En el momento de la caída del quinto gobierno, a finales de agosto, Soares actuaba en alianza abierta con este ataque derechista al PCP y a la extrema izquierda.

A lo largo del mismo periodo, la comunidad capitalista internacional, alertada por el rápido movimiento hacia la izquierda de marzo de 1975 en adelante, movilizó todos los medios a su alcance, salvo la intervención militar directa (y tal intervención, por supuesto, nunca se descartó), para aplastar al proletariado portugués. La CEE dejó claro que la pertenencia de Portugal dependía del establecimiento de la «democracia»; la inversión extranjera que en 1971-74 había representado entre el 30 y el 40% de toda la inversión en Portugal, cayó a cero. Hubo maquinaciones con las remesas que los emigrantes portugueses enviaban a casa, y los bancos de toda Europa Occidental se confabularon para ayudar a los refugiados de derechas a sacar su dinero del país y, en general, para sabotear al escudo. Por último, la rápida extensión del desempleo en Francia y Alemania provocó los despidos de decenas de miles de trabajadores portugueses, que regresaron a casa durante los meses de verano sin otra cosa que hacer que la revolución; de ahí que los invisibles que habían mantenido bajo control al déficit comercial de Portugal durante los últimos años de Caetano se vieran seriamente socavados.

Bajo estas presiones y bajo el impacto de los evolución cotidiana del conjunto del país, la economía portuguesa se sumía en el caos. El desempleo superó el 10%, las nuevas inversiones descendieron un 71% con respecto a

1974; la movilización política constante de la población obrera, la huída al extranjero de directivos y técnicos, la escasez de materiales esenciales y las quiebras de cientos de pequeñas y medianas empresas acuciadas por la crisis tuvieron el efecto acumulativo de reducir la producción casi un 10%.⁴¹

El 27 de agosto, la coalición de centroderecha de Soares y el PSP con el PPD y el CDS, alineada dentro del MFA con la «derecha clásica» de Azevedo y el Grupo de los Nueve, forzó la dimisión del gobierno de Gonçalves y abrió el periodo en el que la guerra civil parecía casi inevitable. Al desalojar al gobierno de Vasco Gonçalves, las fuerzas del centro y de la derecha habían conseguido una victoria táctica dentro de la esfera política, pero no habían conseguido en absoluto lo esencial, que era la desmovilización del movimiento de masas en las calles, las barricadas y las fábricas, a lo que se había añadido el factor del PCP, a todos los efectos fuera del gobierno por primera vez desde abril de 1974. El PCP recibió una cartera ministerial sin importancia en el sexto gobierno, e inició su papel de grupo de presión con el objetivo de restaurar el caído quinto gobierno. De forma similar, el 25 de agosto, el PCP concluyó el «Frente de Unidad Revolucionaria» (FUR) con seis grupos de extrema izquierda (el PRP-BR, el MES, la LUAR, la LCI, el FSP y el MDP/CDE) cuyo programa esencial era también la vuelta del quinto gobierno. El PCP, sin embargo, fue expulsado sin contemplaciones del FUR el 28 de agosto, tras una manifestación conjunta, cuando se reveló que había entablado negociaciones a puerta cerrada para obtener una mejor posición en el nuevo gobierno. A lo largo del mes de agosto, Cunhal había llegado a apoyar un gobierno de Azevedo como la mejor solución para evitar que la situación se deslizara hacia la derecha.⁴² El FUR, que nunca se permitió esta indiscreción, siguió existiendo hasta el desenlace de la crisis en noviembre, pero en realidad no constituía más que las circunscripciones colectivas de los seis grupos que lo componían.

41. El superávit comercial de 345 millones de dólares del país se había convertido, en 1975, en un déficit de 600 millones de dólares (*Financial Times*, 16/1/76).

42. Consultar, por ejemplo, el discurso de Cunhal del 10 de agosto de 1975, en Cunhal, A., *A Crise político-militar. Discursos políticos*, Lisboa, Ed. Avantel, 1976.

12. La izquierda, la extrema izquierda, y la crisis política del MFA

La estrategia revolucionaria adecuada a una situación como la que se vivió en Portugal entre marzo y noviembre de 1975 era una política de frente único encaminada a la constitución de la clase para sí en formaciones soviéticas, unificando a las bases izquierdistas de la socialdemocracia, la base del PC estalinista, y las fuerzas viables de la extrema izquierda.

Después de 1928 aproximadamente, pero sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, los partidos socialdemócratas que los revolucionarios abandonaron en masa en 1917-21 se convirtieron periódicamente en polos de atracción para ciertas capas de obreros antiestalinistas e intelectuales que buscaban, y en ciertos periodos encontraron, un margen de manobra dentro de estos partidos que no era posible dentro de las formaciones estalinistas. Tras la derrota de la Oposición de Izquierda en Rusia y en la Comintern en su conjunto, pero sobre todo tras la debacle de la política estalinista en Alemania en 1933, los trotskistas y otras corrientes de extrema izquierda vieron en una orientación hacia estos socialdemócratas de izquierda un puente indispensable para la escisión de la socialdemocracia en aquellos países donde fuera una fuerza preponderante.

El PSP representaba un ejemplo interesante de este problema. No hay duda de que el 38% de los votos obtenidos por el PSP en las elecciones de abril de 1975 incluían una importante fuerza de centroderecha que veía al PSP como un importante bastión contra la revolución, estalinista o de otro tipo. Debido a su completa falta de estructura organizativa en abril de 1974 (en contraste con la eficaz máquina construida por el PCP durante décadas) el PSP no tenía prácticamente ningún apoyo en la clase obrera industrial, que siguió siendo durante toda la crisis el dominio del PCP y la extrema izquierda. No obstante, algunos sindicalistas de cuello blanco y otros elementos obreros del sector terciario coexistieron en las filas del PSP con toda la chusma pequeño burguesa que constituía la auténtica base social de la dirección de Soares. Y lo que es más importante, entre octubre de 1974 y agosto de 1975, el comportamiento del PCP, en su rápida y hábil inserción en el aparato del Estado, bajo el único patrocinio del ejército (y, cuando se trazaron las líneas, totalmente desproporcionado en relación con su fuerza

de masas), llevó a un gran número de personas a los brazos de Soares, que se presentaba en términos cada vez más estridentes como el guardián de la «democracia». Este comportamiento del PCP, completado con una resurrección del viejo tema del «socialfascismo» aplicado de forma generalizada a los miembros del PSP, le dio a Soares una base y una credibilidad que de otro modo le habría sido difícil ganar por su cuenta.⁴³

El análisis «socialfascista» de la socialdemocracia es un clásico de la hipótesis de la mente reificada por la ideología estalinista. Toma la verdad dinámica de un proceso confirmado una y otra vez por la experiencia histórica y la convierte en una falsificación estática. Es una banalidad que en un periodo de crisis prerrevolucionaria, la socialdemocracia sea la doncella del fascismo a través de la desmovilización política de la clase obrera en el nombre del «antifascismo» (como si el PCP no hubiera hecho un uso abundante de la mistificada retórica «antifascista») hasta el punto en que el fascismo real puede, con la poca gratitud y el desprecio apropiados, barrer a la socialdemocracia e instituir su solución generalizada a la crisis social. Sin embargo, concluir de este papel de cuidador histórico de los Noskes, los Blums y los Allendes engendrados como la peste por la contrarrevolución del siglo XX, que los propios socialdemócratas son fascistas, no es más que un enorme error estratégico y táctico que, cuando se implementa en serio como en Alemania (1928-1933) o en menor medida en Portugal, no ha tenido más que consecuencias catastróficas. Y sus consecuencias más devastadoras en situaciones como la de Portugal en este periodo fueron precisamente la entrega de los socialdemócratas de izquierda a los organizadores conscientes de la estabilización capitalista, los Soareses y los Noskes.⁴⁴ En una situación

43. La táctica del PCP que suscitó con diferencia más resentimiento, y no solo por parte de la derecha, fue este nombramiento de miembros del PCP o del MDP/CDE (un frente del PCP) por el MFA para diversos puestos de poder. Las elecciones de la Intersindical anuladas por decreto del MFA fueron un ejemplo de ello. La impopularidad general de estas medidas socavó la base social desde la que el PCP y el gobierno de Gonçalves podían defender sus posiciones cuando comenzó la contraofensiva del PSP.

44. Uno de los análisis más lúcidos sobre la naturaleza del PSP resumió su situación de la siguiente manera: «... [la dirección del PSP] ignora a su propio partido, pues los votos que reivindica como su base de poder... son el resultado de una heterogeneidad circunstancial: por un lado, votos derechistas para el más viable de los partidos moderados, y por el otro, votantes de izquierdas que prefieren apoyar a un partido menos monolítico que el PCP... Entre ambos, el núcleo de adherentes reales es relativamente

como la que se dio en Portugal desde aproximadamente diciembre de 1974, pero sobre todo desde marzo hasta noviembre de 1974, en la que un partido estalinista está desempeñando un papel similar al del PCP y donde una gran socialdemocracia, bajo un liderazgo muy a la derecha de una parte importante de la base, está emergiendo como el principal punto de encuentro de la contrarrevolución, es absolutamente indispensable para los revolucionarios dirigirse a esa base para forzar una ruptura que pueda separarse de la dirección procapitalista de esos partidos. Tal corriente debe decir claramente que solo puede defender el derecho de organizarse de esos socialdemócratas contra los ataques estalinistas en la medida en que se rompa con los que mañana serán los sepultureros del proceso revolucionario.

Desde agosto hasta noviembre de 1975, parecía probable que una guerra civil habría enfrentado tanto al Partido Comunista como a la extrema izquierda con el resto del cuerpo político. Tal desarrollo, dada la inevitable ayuda militar que la OTAN, la CIA y el gobierno español habrían puesto a disposición de la coalición PSP-PPD-CDS, habría significado inevitablemente una masacre del proletariado industrial y agrícola en un plazo relativamente corto. Por tanto, la orientación «socialdemócrata de izquierda» de una corriente revolucionaria era un momento indispensable de una estrategia de reagrupación.

Además, no faltaba base para tal táctica. En octubre de 1975, la importante base izquierdista ya no podía ser movilizada para la ofensiva cada vez más abiertamente protofascista de Soares,⁴⁵ porque una gran parte de ella ya estaba en la calle en las manifestaciones masivas del PCP y la extrema izquierda.

El descontento de las bases con el liderazgo de Soares a finales de verano y en el otoño no fue menos vehemente que la oposición similar, prácticamente mayoritaria de izquierda que se desarrolló dentro del Parti-

débil... El partido obtiene el 40% de los votos, pero pocos lo defienden cuando es atacado». (J. Bernardo, *op. cit.*, p. 24).

45. En septiembre de 1975, se reveló que Soares y el PSP recibían 10 dólares al mes de la CIA, blanqueados a través del aparato de la Segunda Internacional del SPD alemán. Sorprendentemente, esta revelación tuvo poca repercusión en Portugal, y ni siquiera se le dio mucha publicidad, ya que existía un acuerdo tácito entre todas las partes de no insistir en la financiación de los adversarios políticos.

do Socialista de Chile a finales del verano de 1973. La estrategia de frente único socialdemócrata-comunista no tiene como objetivo la ocupación de los ministerios del Estado burgués por estas corrientes. Es una estrategia basada en la constitución de la clase obrera como clase para sí, organizada programáticamente en torno a una perspectiva de reproducción ampliada de la sociedad, una perspectiva cuya realización es posible únicamente a través de la liquidación de la producción mercantil y la constitución de un gobierno de soviets. Es puramente una estrategia de reagrupamiento en las calles y en las fábricas, para su uso en una situación de giro a la izquierda en la que la clase obrera todavía está nominalmente alistada en los partidos socialdemócratas y estalinistas. Es además una perspectiva que solo es posible con el armamento de la clase obrera y la disolución del Estado burgués.

Un programa para la reproducción ampliada de la sociedad es, desde un punto de vista revolucionario, la única razón de ser de tal formación. La propia constitución de un gobierno de soviets es la disolución de facto de la socialdemocracia y el estalinismo como corrientes políticas dirigidas al control de cualquier Estado separado, y los revolucionarios no pueden hacerse ilusiones de que tal formación pueda realizarse con los liderazgos actuales de los partidos comunistas o socialdemócratas de Europa Occidental todavía en una posición de poder. Si este fuera el caso, entonces estos frentes únicos solo podrían ser farsas parlamentarias en esencia no diferentes de una coalición frentepopulista con el ala «progresista» de la burguesía, un efímero gobierno supervisor que pronto sería barrido por un gobierno derechista o fascista, como fue el resultado de la aplicación de la estrategia de frente único en Alemania (en los gobiernos estatales de Sajonia y Turingia) en otoño de 1923. Fue la extrema pobreza del grueso de las corrientes a la izquierda del PCP en Portugal en 1974-75 lo que hizo que tal política, ligada a un llamamiento a la formación de soviets para superar la multitud de órganos de control locales, nunca fuera elaborada, y mucho menos implementada. Por supuesto, esta ausencia solo expresaba los profundos límites del movimiento en Portugal, y sus opciones prácticas en la crisis. Lo que unificaba a la práctica totalidad de la extrema izquierda en Portugal era un falso análisis del fenómeno estalinista (así como de la relacionada alianza «MFA-Pueblo»), y, por tanto, una total impotencia a la hora de enfrentarse a él en la práctica. No hace falta mencionar de pasada a la mayoría de los

maoístas (tipificados en su peor momento en el MRPP y la AOC profascistas, pero también en formas menos virulentas del maoísmo edulcorado de la UDP o ciertas facciones «marxistas-leninistas») que veían al PCP como un agente «socialfascista» del «imperialismo soviético» y en muchos casos como el «enemigo principal» a combatir en el contexto de la supuestamente creciente hegemonía mundial soviética. Este cuento de hadas de una ideología, que no era nada más que la cubierta transparente de las necesidades de la política exterior de la burocracia china en su acercamiento a mediados de los años 70 con el imperialismo de EEUU (¡¡¡expresado, en su forma más extrema, por el apoyo a la OTAN y la CEE contra el «socialimperialismo» y los llamamientos al fortalecimiento de los ejércitos de Europa Occidental «la legítima autodefensa de la patria por el pueblo»!!!) tampoco fue más que una tapadera para una alianza con el fascismo, que se materializó en Portugal en la colaboración abierta del MRPP y la AOC con el PPD y el CDS. El maoísmo blando o desengañado de la UDP, que atrajo cierto apoyo real de la clase obrera en el cinturón industrial suburbano de Lisboa debido al descontento militante con el papel del PCP bajo los primeros cinco gobiernos, era una versión diluida de la misma fantasía, en el fondo nada más que un refrito de la ideología frentepopulista «antifascista». ⁴⁶

Una extrema izquierda más seria en Portugal estaba constituida por los grupos que formaron el FUR a finales de agosto de 1975. Estos grupos incluían a la LCI «trotskista» pro-Mandel de la IV Internacional, el MES, a grandes rasgos, socialdemócrata de izquierda; el PRP-BR espontaneoguevarista y la LUAR anarcomarxista. Estos grupos, que por lo menos tenían el mérito de reconocer al maoísmo como una variante más del estalinismo, estaban por tanto en mejor posición para evaluar de forma realista el objetivo del PCP de establecer, no el «socialfascismo», sino del modo burocrático de gobierno que ha caracterizado a los regímenes estalinistas, prorrusos o prochinos, desde la consolidación de la hegemonía estalinista en el periodo de 1924-28. Aunque la mayoría de estos grupos se equivocaron al ver solo la actividad «reformista» del PCP, el supuesto «Frente Popular» que mantuvo durante la caída del quinto gobierno, y no su búsqueda perfectamente seria

46. La inmersión de la UDP en la órbita estalino-maoista se evidenció en agosto de 1975 con su negativa de unirse al FUR, sin otra razón declarada que la presencia de un grupo «trotskista» (la LCI) en la coalición.

de poder burocrático estatal, su capacidad para ver al PCP de forma más realista en su relación con las otras fuerzas en la escena planteó al menos la cuestión de una estrategia de frente único, aunque solo fuera para dar lugar a otras ilusiones.

Por desgracia, el efímero «frente único», cuando se produjo, no tuvo nada que ver con la estrategia esbozada anteriormente. El FUR (Frente de Unidad Revolucionaria) no fue más que una medida desesperada del PCP como *lobby* adicional para una distribución más adecuada de las carteras ministeriales en el sexto gobierno, cuyo programa, cualquiera que fuera su retórica, constituía ni más ni menos que un llamamiento a la reconstitución del (quinto) gobierno de Gonçaves. El documento COPCON, que el PCP tuvo que tolerar como el manifiesto del FUR, llamaba explícitamente al gobierno conjunto del ejército con varias instituciones de «poder popular», una suerte de poder dual, de nuevo, haciéndose fuerte eco de su inspiración peruana. Por supuesto, la realidad de la situación, superaba las frases del documento COPCON, ya que la primera tarea del MFA, una vez derrocado Vasco Gonçaves, era la destrucción de la situación embrionaria de poder dual en las calles, las fábricas y el campo. No obstante, el espectro de un nuevo gobierno de Vasco Gonçaves acecharía justo debajo de las movilizaciones de la extrema izquierda hasta el 25 de noviembre, convirtiéndolo en nada más que un grupo de presión militante en las calles para un *statu quo ante* insostenible y sembrando una vez más ilusiones sobre el MFA «de izquierda» en la clase obrera.

Portugal fue, por tanto, una lección objetiva más para el movimiento revolucionario internacional de que la extrema izquierda, o los intentos de organizaciones revolucionarias a la izquierda de los partidos comunistas oficiales, no pueden constituirse como meras sombras de esos partidos y definir sus políticas en relación con la presencia o ausencia de tal partido en el gabinete del momento.

El peso de la extrema izquierda en la balanza de la contrarrevolución a lo largo de 1974 y 1975 en Portugal fue precisamente esta valorización del PCP, incitándolo a hacer precisamente lo que era capaz de hacer, con el fin de «desenmascarlo», y, lo que es más importante y más criminal, la valorización del MFA como una «fuerza progresista» a la que se podía presionar

para que hiciera una revolución socialista y no se limitara a modernizar la estructura de explotación, que es precisamente lo que consiguió. El desengaño de la conciencia obrera sobre el MFA en su conjunto solo surgió en las últimas semanas de la crisis, cuando ya era demasiado tarde, e incluso después del 25 de noviembre uno todavía podía leer en las publicaciones del PRP de «extrema izquierda» referencias a los militares «progresistas» y la humillación desvergonzada ante el demagogo populista Oteló Sareiva de Carvalho, ex jefe de Guerra Psicológica en África.

13. El desenlace de la crisis revolucionaria.

El callejón sin salida político que se institucionalizó con la salida del PSP y el PPD del quinto gobierno el 10 y el 17 de julio, respectivamente, se prolongó durante seis interminables semanas de reuniones del Consejo de la Revolución, en las que la facción «moderada» de Melo Antunes se había impuesto con el apoyo del grupo derechista en torno a Fabiao y Azevedo. A finales de agosto, estaba claro que Gonçalves estaba acabado como Primer Ministro, y en el transcurso de una reunión que duró una semana desde el 29 de agosto al 5 de septiembre, su salida se hizo definitiva. El almirante Pilheiro de Azevedo le reemplazó como Primer Ministro, y Gonçalves fue transferido al puesto de Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, cargo que también fue obligado a abandonar. Las facciones de centroderecha del MFA habían conseguido el control temporal del Estado. No obstante, se enfrentaban a una tarea mucho más formidable: someter al movimiento de masas en las calles, las fábricas, y dentro de las fuerzas armadas. El gobierno Gonçalves-PCP había intentado gobernar en solitario al país frente a una gran contraofensiva profascista liderada por Soares y amigos; el sexto gobierno ahora tenía que ver ahora si podía evitar el mismo aislamiento en las alturas del poder.

La estrategia del PCP, al ver sus esperanzas de llegar al poder bajo patrocinio militar destruidas, consistía ahora en forzar una repetición del mismo gobierno de Gonçalves que se había derrumbado bajo sus pies durante el verano. El uso del movimiento de masas en las calles para este fin, caminando una cuidadosa línea entre un intento de hacerse respetable ante el gabinete dominado por el PSP y simultáneamente correr con el movimiento

de las masas en las calles, que empezaba a ir seriamente más allá de tales maniobras insignificantes, caracterizó las acciones del PCP desde finales de agosto hasta el 25 de noviembre.

Si el «anarquismo y populismo que conducen inevitablemente a la catastrófica disolución del Estado», que era el espectro que se cernía detrás del documento Melo Antunes, había sido un problema para el quinto gobierno en sus últimas semanas, lo fue aún más a lo largo de los primeros meses del sexto. El PCP, de vuelta al papel de oposición por primera vez desde abril de 1974, la extrema izquierda, y la multitud de consejos de fábrica, militares y barriales expandieron sus actividades a niveles sin precedentes que hicieron al país prácticamente ingobernable. El 16 de septiembre, el PCP condujo a 20.000 personas por el centro de Lisboa en una manifestación que pedía la vuelta del gobierno de Gonçalves. Fue también en esta época cuando el SUV, o Soldados Unidos Vencerán, hizo su aparición en el norte, y comenzó a extenderse hasta la región de Lisboa. Esta formación nunca estuvo claramente vinculada ni al PCP ni a la extrema izquierda, y todo el mundo alabó en ocasiones a sus acciones. Pero marcó el comienzo de una disolución real del ejército permanente burgués y el primer indicio de la formación de milicias obreras armadas que habrían sido un umbral indispensable para cualquier movimiento revolucionario digno de ese nombre. En sus mejores momentos, es poco probable que el PCP o la extrema izquierda «controlaran» en ningún caso al SUV; el 26 de septiembre, el general Carvalho se vio obligado a declarar que «por muy bienintencionados que sean... [los comités de soldados] aparecen como una actividad contrarrevolucionaria. Observo con cierta preocupación la aparición de tales organizaciones que... desintegran cada vez más a las fuerzas armadas».⁴⁷ Esta reserva sobre las formaciones para las que seguía siendo un héroe mistificado parecía, sin embargo, pasar desapercibida para los seguidores de Carvalho en el PRP-BR y en otros lugares. El 29, Carvalho ordenó a COPCON que se hiciera cargo de Radio Renascença en Lisboa, donde había sido puesta bajo control obrero por el personal en junio; quizás por primera vez, fue abucheado en una manifestación en frente del Ministerio de Información. En respuesta a esta orden, los obreros de Setnave, los astilleros de Setúbal, convocaron una huelga general y, a pesar de una directiva del PCP de quedarse en casa, mi-

47. De *Republica*, 26/9/75, citado en *Workers Vanguard*, 3/10/75.

les de trabajadores entraron en Lisboa para participar en una manifestación masiva por la emisora de radio.

La situación que se desarrolló en Portugal durante los tres meses anteriores al 25 de noviembre fue una en la que la extrema izquierda empezó a socavar seriamente la base del PCP en todas las instituciones sociales importantes. El rumbo zigzagueante del partido, dividido entre sus aspiraciones ministeriales y las aspiraciones revolucionarias de sus bases, repugnó a un número creciente de trabajadores. En numerosos casos, los miembros del PCP iniciaron acciones en contra de las órdenes explícitas del partido, y, en ciertos casos, incluso se acercaron a los grupos de extrema izquierda para pedirles que emprendieran tales acciones. Este proceso osmótico de interacción entre el PCP y la extrema izquierda se libró sobre todo en el cinturón industrial de Lisboa, donde unos 50.000 trabajadores iban y venían entre los dos polos al ritmo de los acontecimientos. El PCP tenía tanto miedo de perder a su base en favor de las fuerzas a la izquierda que llegó a organizar una manifestación el 18 de septiembre haciéndose pasar por el FUR. A pesar de las apariencias, el predominio obvio de las consignas del PCP llamando únicamente a la expulsión del PPD del gobierno (la recaída en un subfrentepopulismo, en el que el PSP dejara de ser una formación «socialfascista» y volviera a unirse a la panoplia de «fuerzas progresistas» ya completada) era un indicativo para las 50.000 personas que acudieron. En esta atmósfera, la revelación de la conexión de Soares con la CIA pasó casi desapercibida.

Durante octubre y hasta comienzos de noviembre, la disolución del poder en todas partes, en las regiones industriales y urbanas, continuó a buen ritmo. Esta disolución se concentró en tres grandes arenas de confrontación. Primero, las actividades del SUV condujeron varias veces a manifestaciones masivas en Oporto, a la destitución de oficiales políticamente sospechosos y a la ocupación de una base justo a las afueras de Oporto exigiendo la restitución del comandante regional izquierdista destituido. Segundo, el asunto de Radio Renascença provocó una marcha de 100.000 personas hasta la torre de emisión, donde las tropas defensoras cedieron ante la multitud y permitieron que la estación reanudara sus emisiones. La primera semana de noviembre, una segunda toma gubernamental fue llevada a cabo por un comando que zanjó la cuestión definitivamente con la voladura de la emi-

sora. El 9 de noviembre, el sindicato de trabajadores de la construcción, dominado por el PCP, se declaró en huelga en Lisboa, exigiendo un aumento salarial del 40%; el día 14, junto a 100.000 manifestantes, habían secuestrado la Asamblea Constituyente y al Primer Ministro Azevedo en los edificios gubernamentales. El aumento del 40% fue concedido. Sin embargo, una vez más el general Carvalho se vio abucheado por una multitud de trabajadores, y se vio obligado a «elegir bando» encabezando una marcha contra un ministerio del gobierno. La siguiente confrontación con el gobierno Azevedo se produjo precisamente en respuesta a su intento de despojar a Carvalho del mando del COPCON y de disolver la unidad, que llevaba meses funcionando más o menos por su cuenta. Veinticinco unidades de la región de Lisboa denunciaron inmediatamente esta maniobra y declararon su solidaridad con Carvalho. Una respuesta similar recibió el llamamiento del régimen de Azevedo para la devolución de unas 30.000 armas de fuego presuntamente en manos de personal no militar; la fecha límite llegó y pasó, y solo se entregaron algunos tirachinas en algunas de las aldeas más remotas.⁴⁸

El 18 de noviembre, una manifestación monstruosa de 200.000 personas, convocada por el PCP con la participación del FUR, marchó por el centro de Lisboa. Recordaba inquietantemente a la movilización similar de 150.000 en Santiago una semana antes del derrocamiento de Allende en 1973. Sin embargo, ni siquiera aquí se pudo ocultar el creciente cisma entre las bases y la dirección del PCP, lo que llevó al espectáculo de los militantes del PCP en la plataforma intentando dirigir el canto del himno nacional portugués mientras la multitud les ahogaba cantando *La Internacional*.

El punto de presión se alcanzó en la mañana del 25 de noviembre. Varias divisiones de paracaidistas, al mando de comandantes del PCP, tomaron cuatro bases aéreas en la región de Lisboa. Comenzaron así dos o tres días de tensión en los que se esperaban los primeros disparos de una guerra civil, y después simplemente de una represión militar directa. De hecho, toda la sublevación había terminado en la noche del 25; todo lo que quedaba era el estado de emergencia, incluyendo el apagón total de los medios de comuni-

48. Muchas de estas armas habían sido distribuidas por un capitán del COPCON que pasó inmediatamente a la clandestinidad. Carvalho nunca desmintió esta acción, afirmando que las armas estaban en «buenas manos».

cación, que estuvo en vigor varios días después, mientras los aviones de la Fuerza Aérea sobrevolaban Lisboa y Oporto y mientras destructores navales tomaban posiciones en el puerto de Lisboa. Los paracaidistas se rindieron ante una unidad de comandos al mando del coronel Jaime Neves, particularmente reaccionario, después de que quedara claro que otras unidades clave de la región de Lisboa no iban a apoyar su acción. La acción en sí mostró un nivel muy bajo de organización, ya que docenas de pilotos de la Fuerza Aérea fueron capaces de correr a sus aviones y llevarlos a bases no rebeldes del norte. No hay duda de que el PCP participó en la primera fase de la toma de las bases. Su estrategia era, aparentemente, forzar un retorno de Gonçalves o un gobierno similar; los objetivos de los extremistas de izquierda que participaron en la primera fase de la acción eran de mayor alcance. A las 5 de la tarde del día 25, un oficial del sindicato metalúrgico dominado por el PCP fue a la radio de Lisboa y llamó a la insurrección armada; a las 10 de la noche, los dirigentes del PCP estaban de nuevo en antena pidiendo a todo el mundo que volviera a casa.

Lo que ocurrió en el periodo entre la toma de las bases en la mañana del 25 de noviembre y la orden de desmovilización de la misma noche no es, por supuesto, indiscutible. Lo que parece claro es que la dirección del PCP había hecho sus cálculos y se había dado cuenta de que, a nivel nacional, militarmente no estaban en condiciones de ganar, incluso con sus objetivos limitados. Las fuerzas de izquierda y extrema izquierda tenían una hegemonía militar en la región de Lisboa en el 25, y podrían, con coordinación, haber ganado un enfrentamiento inmediato ahí, pero durante el 25 una serie de regimientos conocidos por ser leales fueron llevados a la periferia exterior de Lisboa a la espera de nuevas órdenes. Nunca fueron necesarios: es probable que, durante las horas cruciales de la decisión, un gran número de personas en las calles no supieran que estaban ahí. El PCP, con su aparato de inteligencia nacional, casi seguro que sí. Simultáneamente, hay pruebas ciertas de que el PCP, en el transcurso del día, había entablado negociaciones secretas con el Consejo de la Revolución y había asegurado las condiciones de una rendición elegante, con cualquier represión posterior recayendo en los grupos de extrema izquierda y su base de apoyo en el cinturón industrial de Lisboa. En cualquier caso, la rendición de los paracaidistas y la decisión del PCP de desmovilizar su considerable red nacional (que había sido puesta en

alerta y preparada para volar puentes y carreteras en todo el país para prevenir el movimiento de tropas a la región de Lisboa), probablemente reflejaba una lectura precisa del equilibrio de fuerzas militar inmediato, por no hablar del nivel internacional. No obstante, el cinismo con el que el PCP había usado al movimiento de masas al que seguía teniendo acceso para semejante maniobra ministerial no pasó desapercibido para miles de militantes, y en los días siguientes Cunhal y amigos tuvieron que enfrentarse a los gritos de «traición» en muchos medios obreros. Si además el PCP se reunió en secreto con el Consejo de la Revolución para negociar la represión, su papel criminal ya estaba establecido por sus acciones abiertas al lanzar la revuelta y dejar a la extrema izquierda y a la clase obrera expuestas al baño de sangre que podría haberse producido.

Al día siguiente, las fuerzas de todos los bandos recibieron algunas lecciones sobre la realidad de la situación. Melo Antunes, la figura que hasta entonces había desempeñado el papel de Noske-Scheidemann en Portugal, apareció en televisión y anunció que el PCP tenía un papel indispensable que desempeñar en la reconstrucción de Portugal. Después de todo, había actuado de forma meritoria bajo cinco gobiernos como la fuerza policial de primera línea del MFA; ahora, bajo el sexto, se había mostrado dispuesto a limitarse a las aspiraciones de una vuelta al gabinete, incluso si se había permitido algunos coqueteos con el aventurismo al intentar ser ese tipo de grupo de presión. Sin embargo, aún más revelador fue el discurso televisado de Costa Gomes, todavía en la posición de influencia que asumió con la caída de Spínola en septiembre de 1974. Costa Gomes, como todo el mundo esperaba, denunció el intento de golpe en términos inequívocos; lo que sorprendió a algunos, y no en menor medida al PRP, fue la aparición a su lado del general Otelo Sareiva de Carvalho durante todo el discurso. Este notable acontecimiento no impidió que Carvalho fuera degradado a mayor y puesto bajo arresto domiciliario en poco tiempo. Tampoco empañó la adulación que siguió recibiendo de ciertos «sectores» de extrema izquierda.

14. En las postrimerías del 25 de noviembre

A comienzos de septiembre, la facción militar de centroderecha había capturado al Estado; el 25 de noviembre, extendió su hegemonía, aún frágil, a la sociedad portuguesa en su conjunto. El PCP y las fuerzas de extrema izquierda en la clase obrera habían sido aislados y derrotados estratégicamente, lo que quedaba por ser implementado era un proceso de desgaste mediante el cual las «conquistas» aún intactas de los últimos diecinueve meses pudieran retroceder en previsión de las tareas de «reconstrucción nacional», tanto tiempo retrasadas. Cientos de oficiales del PCP y de extrema izquierda fueron purgados del ejército; y se aceleró el proceso, ya en marcha desde antes del 25 de noviembre, de desmovilización masiva de los regimientos poco fiables y la cuidadosa selección política de los nuevos reclutas. Muchos de estos oficiales desmovilizados fueron arrestados y encarcelados, donde muchos permanecieron hasta febrero o marzo de 1976. Algunas de las últimas acciones callejeras del movimiento fueron emotivas marchas a las cárceles de Cascaes y Custóias en Lisboa y Oporto, respectivamente, y fue en esta última, el 31 de diciembre, donde la Guardia Nacional Republicana disparó contra la multitud, matando a tres personas e hiriendo a docenas. Los comités de fábrica, atrapados definitivamente en la autogestión del capitalismo, empezaron a desaparecer de forma desigual, a medida que amainaba el fermento de masas que los había animada. La clase obrera, sin un atisbo de una corriente política que no se hubiera desacreditado de una forma u otra antes del 25 de noviembre, era muy vulnerable al renovado ataque contra sus estándares de vida, que se convirtió en la primera prioridad del régimen.⁴⁹ Muchos empresarios y directivos que habían huido de sus fábricas el año anterior, sintiendo el cambio en el viento, volvieron a por su libra de carne.⁵⁰

49. En enero de 1976, se introdujo un paquete de austeridad compuesto, que incluía una congelación salarial de tres meses en la negociación colectiva y medidas para reducir el consumo energético. (*Financial Times*, 16/1/76).

50. El capital internacional, que también se frotaba la frente, no dejó de acudir a Portugal con una oleada de préstamos y promesas de inversión. A mediados de febrero, el banco central de Alemania Occidental prestó a Portugal 250 millones de dólares contra sus reservas de oro, y Suiza le siguió con 50 millones. El Banco Europeo de Inversiones de la CEE empezó a desembolsar un préstamo de 187 millones de dólares, y el Banco de Pagos Internacionales estuvo a punto de conceder 250 millones. (*Business Week*, 23/2/76).

Solo en el Alentejo, donde la toma de tierras de grandes latifundios permaneció intacta, el gobierno adoptó una actitud circunspecta. Los gritos cada vez más estridentes de los terratenientes e industriales expropiados pidiendo una «indemnización» empezaron a oírse, y a tolerarse, por primera vez, y el giro derechista del gobierno pudo medirse en su creciente disposición a negociar con esta gente. Mientras tanto, las nacionalizaciones permanecieron en su mayoría intactas. Como ya se ha dicho, no eran en absoluto contrarias a las perspectivas ilustradas de un ala del capital portugués. En cierto sentido, los objetivos iniciales del MFA, habiendo abierto la caja de Pandora de la revolución proletaria, estaban siendo implementados. La gran parálisis de la economía portuguesa a lo largo de la crisis de 1975 tenía que pagarse, y una oleada de aumentos de precios y nuevos impuestos sobre el consumo anunciaron la primera fase del desplome del nivel de vida de la clase trabajadora.

En medio de la operación de limpieza política llevada a cabo por el gobierno, a principios de abril de 1976 se promulgó la nueva Constitución. Aunque seguía teniendo un tono «progresista», nadie se hacía ilusiones de que representara otra cosa que una cristalización de fuerzas en la que la clase obrera, la izquierda y la extrema izquierda habían salido claramente perdiendo. La insistencia del Consejo de la Revolución de los militares, en los últimos días antes de la promulgación de la Constitución, en el derecho del ejército a disolverlo en cualquier momento fue una muestra adecuada de esta realidad. Las elecciones⁵¹ no hicieron más que consolidar el equilibrio de fuerzas que se había decidido en las calles en noviembre, y la demagogia populista de Carvalho en su campaña presidencial (que obtuvo el 17% de los votos, frente al 7.5% del candidato del PCP Octavio Pato) difícilmente podía encubrirlo. Que una figura así pudiera seguir siendo prominente en los medios de «extrema izquierda» después de su dudoso papel en los sucesos de noviembre fue una medida más de los límites del movimiento portugués, y de su capacidad para sacar lecciones de una derrota provisional.

51. En las elecciones, el PSP recibió el 35% de los votos, el PPD el 24%, el CDS el 15,9%, el PCP el 14,6%, y el UDP, de tendencia maoista blanda, el 1,7%.

15. Evaluación y límites de la crisis revolucionaria

Se puede decir con cierta certeza que nunca hubo una situación revolucionaria como tal en Portugal. Tal situación habría requerido no solo la disolución virtual de las instituciones burguesas, lo que ocurrió hasta cierto punto, sino también la relativa dispersión de la base de masas de las fuerzas contrarrevolucionarias. Sin embargo, cuando la situación alcanzó su clímax, ocurrió prácticamente lo contrario. Durante la semana crucial del 29 de agosto al 5 de septiembre, durante las deliberaciones finales para la formación del sexto gobierno, o en las dos semanas anteriores al 25 de noviembre, que vieron el apoyo de masas a la huelga de los obreros de la construcción, la movilización por Radio Renascença y, finalmente, el fallido golpe de los paracaidistas, no cabe duda de que las fuerzas de la izquierda y la extrema izquierda poseían una ventaja táctica inmediata en Lisboa, en Setúbal y en el Alentejo, con una importante base de apoyo en Oporto. Pero más allá de eso, la fuerza de las fuerzas combinadas de los regimientos progubernamentales fuera de Lisboa, el ejército clandestino de retornados y los fascistas no reconstruidos del ELP, e importantes segmentos de base del PSP, el PPD y el CDS, por no hablar del importante apoyo armado que estas fuerzas habrían recibido de EEUU, la OTAN y quizás más inmediatamente de España, era formidable. Si, en el enfrentamiento final, el país estaba polarizado entre las fuerzas del PCP, la extrema izquierda y las bases disidentes por un lado, y el ala derecha del PSP, el PPD, el CDS y el EP en el otro, un levantamiento coordinado podría haber triunfado en Lisboa, Setúbal y en el Alentejo. La base campesina protofascista del norte, y las importantes capas pequeñoburguesas de Oporto y las ciudades pequeñas, habrían entregado casi con toda seguridad el país a la contrarrevolución.

Pero la situación había evolucionado, en agosto de 1975, a un punto en el que incluso esa alineación de fuerzas para una toma revolucionaria del poder había quedado descartada. Había quedado descartada en primer lugar por los actos de la alineación PCP-MFA, que había impulsado a ciertas capas, de ninguna manera protofascista o antisocialista, a los brazos del PSP; había quedado descartada por la orientación de la extrema izquierda en su seguidismo a las maquinaciones del PCP-MFA del periodo de marzo a agosto, por un lado negándose a distinguirse de estas maniobras buro-

crático-militares contraponiendo un gobierno de soviets al Estado, y por otro lado cayendo en la trampa de la facción Carvalho-COPCON y su plan de una «democracia directa» que asegurara el gobierno militar. Al no captar y denunciar tanto las maquinaciones estatista-burocráticas de la facción PCP-Gonçalves y, en otros momentos, al seguir sumisamente los intentos de las facciones de Gonçalves y Carvalho de llegar a un acuerdo con el PSP, el PPD, y los militares de centroderecha, la extrema izquierda no ofreció nada a las corrientes obreras que tendían, en ciertos momentos, a salir de ese doble atolladero.

Tal estrategia presupone, por supuesto, dos cosas que faltaron por completo en la crisis portuguesa: un programa revolucionario y una organización revolucionaria. Estaba claro, a lo largo de la crisis y particularmente durante el 25 de noviembre y sus postrimerías, que el PCP era la única fuerza del país, aparte del ejército y la Iglesia católica, que poseía un aparato para la movilización nacional inmediata y efectiva. El PCP había leído correctamente la situación a escala nacional, y se dio cuenta de que no podía ganar (dejando de lado por el momento, la cuestión de lo que pretendía ganar); la extrema izquierda, por el contrario, confundiendo generalmente la superioridad táctica inmediata de la izquierda y la extrema izquierda en Lisboa con la situación en todo Portugal, era más propensa a dejarse arrastrar a la aventura golpista. Según una historia que circuló en Lisboa después del 25 de noviembre, el PRP, cuyos miembros habían estado custodiando la mayor armería de Lisboa en los días anteriores al 25 de noviembre, que habían sido los defensores más vociferantes de la lucha e insurrección armadas inmediatas, y que habían prometido armas a todos y a cada uno de los que lucharan, consiguieron enviar un total de siete rifles al Alentejo y un rifle al Algarve en medio de la crisis del 25 de noviembre. Aquellos que tenían el aparato para coordinar una toma revolucionaria del poder al nivel nacional no eran revolucionarios, y aquellos que eran vagamente prorrevolucionarios, aunque perdidos en un pantano de ilusiones sobre el MFA de «izquierda» y el general Carvalho, no tenían un nivel significativo de coordinación nacional. Si la clase obrera no se dejó arrastrar a una masacre el 25 de noviembre, fue sin duda porque sintió este vacío organizativo de las fuerzas de extrema izquierda. Pero la cuestión de la organización es puro formalismo sin la cuestión del programa. Y de esto carecía aún más la extrema izquierda. El estado de

sitio económico y militar inmediato con el que las potencias occidentales habrían respondido a una revolución de este tipo significaba que su primera exigencia habría sido su extensión, y en primer lugar a España, para tener alguna esperanza de supervivencia. Pero más allá de esta banalidad, que todo el mundo reconocía, estaba toda la cuestión de la estrategia económica de la revolución en el poder. Una orientación comercial hacia el bloque de Europa del Este o a varios países del tercer mundo (empezando por el gobierno del FRELIMO en Mozambique y el gobierno dominado por el MPLA en Angola que tomaría el poder a comienzos de 1976) habría proporcionado un alivio a corto plazo, pero solo habría servido para reforzar a las corrientes que se movían por una integración burocrática de la economía. (El ejemplo del destino de las formas protosoviéticas de la revolución española de 1936-1937 bajo el impacto de la «ayuda» soviética es instructivo aquí).

El callejón sin salida de la clase obrera portuguesa en el otoño de 1975, aparte de esta falta de una fuerza organizada en la escena simultáneamente capaz de galvanizar las fuerzas dispares disolviendo las instituciones capitalistas en un modo alternativo de poder, liquidando los restos del Estado y del ejército permanente, tomando las medidas económicas necesarias para reanudar la producción y expandir el comercio, fue su aprisionamiento en el propio marco nacional de Portugal. Esto, una vez más, por inconsciente que fuera el nivel en que la gente sopesaba las posibilidades de la revolución, era un poderoso factor de desaliento.

16. Generalidad y especificidad en la constitución de la clase para sí

Tres hilos inseparables destacaban en toda su indispensable importancia en la experiencia portuguesa. Fueron los tres momentos del movimiento social, el maremoto anónimo de la intervención de masas en la historia, el producto de largas décadas de erosión subterránea y desarrollo social, la condición necesaria pero no suficiente para cualquier movimiento realmente revolucionario; el momento de la organización política revolucionaria, o la necesidad de una organización comunista que pueda expresar el movimiento social en su confrontación contra el Estado burgués, y que pueda conducir ese movimiento a la destrucción del Estado y la creación de un nuevo Estado obrero

transitorio; y, finalmente, en el nivel cotidiano más detallado de la estrategia y la táctica, la cuestión militar de la toma del poder por la clase obrera armada y sus aliados. Portugal, aunque nunca alcanzó las cotas de las experiencias revolucionarias rusa, alemana o española, proporcionó una nueva lección objetiva sobre el tremendo poder del «movimiento social anónimo» creado por la historia y, simultáneamente, la especificidad, la naturaleza condensada y la indispensabilidad de un liderazgo político que pueda dar a ese movimiento su coherencia, su autoconciencia y su fuerza de ataque militar.⁵² Cada proceso revolucionario del siglo XX, desde 1905 hasta hoy, ha visto la riqueza y el increíble poder del maremoto de las masas en movimiento; cada uno de estos procesos se ha caracterizado en sus orígenes por la aparente trivialidad del incidente que lo desencadenó, y por las tremendas cargas históricas que en cuestión de días, o de horas, han sido barridos por el «viejo topo»; cada uno de estos procesos ha sido, finalmente, decidido por la presencia o ausencia de una fuerza organizada, que en la situación decisiva ha sido capaz de proporcionar la cohesión política y militar a ese maremoto. Portugal no dejó de ser una demostración de esta ley social, aunque a un nivel inferior.

¿Cuál es esta «ley»? Es precisamente que la historia, y la revolución comunista producida por la lucha histórica de hombres y mujeres concretos, es simultáneamente un proceso profundo y anónimo, que trabaja una sociedad desde dentro, y un proceso de especificidad, de individuos históricos con nombres y caras, que son arrojados por la historia y que, por breve que sea un momento, moldean procesos históricos de forma decisiva. Estos individuos, que proceden de la *intelligentsia* revolucionaria y de las capas más avanzadas de trabajadores, son una ínfima minoría de la sociedad capitalista en condiciones prerrevolucionarias, y es muy posible que sigan siendo una ínfima minoría en la confrontación político-militar inmediata con el Estado capitalista. El maremoto del movimiento social puede barrer décadas de peso histórico muerto (entre otros, las pretensiones de las organizaciones obreras oficiales de «representar» a la clase), pero nunca podrá, sin esta intervención consciente, en preparación mucho antes de la confrontación real, destruir la sociedad capitalista.

52. En el bando de la contrarrevolución, el «Grupo de los Nueve» fue un ejemplo de una fuerza que, debido a una perspectiva y un programa unificados, jugó un papel completamente desproporcionado a su tamaño.

Esta ley ha sido banalizada y trivializada por el reduccionismo del trotskismo contemporáneo, por ejemplo, que mantiene la mitología de que el mayor obstáculo para la conciencia de la clase obrera a través de toda una serie de derrotas obreras ha sido el «falso liderazgo» de varios elementos reformistas y estalinistas. La falsedad de tal teoría voluntarista e idealista de la historia es la mitología de que la conciencia obrera «pura» ha sido «extraviada» a soluciones falsas, como si, durante largos periodos de reflujo y contrarrevolución, la gran mayoría de los obreros no hubieran estado de «acuerdo» con la ideología burguesa de sus «dirigentes». ¿Y cómo puede ser de otra manera, ya que la clase obrera, de manera especial pero como todos los demás en la sociedad capitalista, está inmersa en las relaciones sociales cotidianas en las que la falsa conciencia es un producto integrado de su actividad alienada?

En tales periodos, la clase para sí se reduce a la apariencia de un mero «principio», una mera «idea» de la unidad de la clase obrera contra el Estado capitalista, y así permanece hasta que la clase obrera, por la dinámica del sistema, se ve obligada a actuar de forma diferente a como lo ha hecho hasta ahora. Es solo en periodos de auge de las huelgas de masas en que tal conciencia se convierte en una fuerza tangible, inmediatamente accesible a grandes masas de trabajadores en movimiento. Y es entonces cuando se revela en su forma dialéctica la verdad de la citada sentencia trotskista sobre la dirección.

Una y otra vez, desde mayo de 1974 hasta noviembre de 1975, la masa de trabajadores portugueses intervino en su propio nombre, por necesidad. Fueron estos trabajadores los que ocuparon y dirigieron fábricas individuales; fueron estos trabajadores los que ocuparon viviendas primero del Estado y luego privadas, distribuyeron el espacio a familias necesitadas y establecieron los consejos barriales; fueron ellos, finalmente, quienes distribuyeron armas entre importante capas de la clase (los trabajadores de los astilleros de Lisnave, los trabajadores agrícolas del Alentejo) y quienes, durante unas pocas semanas en septiembre y octubre de 1975, parecieron a punto de conseguir la disolución virtual de la disciplina en el ejército permanente. Muchos de estos obreros y sus aliados eran miembros, o simpatizantes de partidos políticos, y en su mayoría del PCP. (Más tarde, esto llegó a incluir a

miembros y simpatizantes de los grupos de extrema izquierda). La mayoría de los veces lo hicieron sin, y en contra de, las directrices de la dirección del partido. Lo hicieron en su mayor parte de forma fragmentada y localizada, dejando así la «coordinación» a las maquinaciones de los partidos políticos que intentaban usar estos consejos para sus propios fines. Había una fuerte dosis de ideología capitalista de «control local» en estas formaciones, y los intentos de coordinación nacional fueron un fracaso (véase más arriba). Hubo, como se señaló previamente, una importante influencia «peruana» en el movimiento, que se expresaba en una mentalidad «antipartidista» o «apartidista» (*apartidario*) que era simultáneamente una crítica legítima de las maquinaciones de, en particular, el Partido Comunista dentro de varios consejos, pero también una actitud antipolítica letal capitalizada por toda la ideología del «ejército progresista», la alineación «no partidista» del MFA y la facción Carvalho-COPCON y sus aliados de extrema izquierda. La clase obrera, actuando en mayo-junio de 1974 bajo la presión de los salarios atrasados y, finalmente, después de marzo de 1975, bajo la presión de los desarrollos políticos, hizo todas estas cosas, pero no hizo nada más, y el 25 de noviembre de 1975, fue derrotada prácticamente sin lucha. Aquí, como en Chile y en todas partes, la lucha política dentro de y por el Estado, y su resolución, fue decisiva. Esta primacía de la política a corto plazo, y su relación dialéctica con los momentos socioeconómicos más profundos de la lucha de clases, es la verdad de la afirmación de la necesidad de una vanguardia política. Y es la política, no una idea más vaga de un movimiento social o, peor aún, la mitología de la lucha «autónoma» (y casi siempre local), el término adecuado. Tiene un momento estratégico y otro táctico que son decisivos a corto plazo.

Esta interrelación de la expresión política específica y organizada del movimiento revolucionario con el indispensable movimiento social no es difícil de ilustrar. Los últimos seis meses del régimen de Allende en Chile marcaron una profunda radicalización de la lucha de clases en ese país. Las tomas de tierras, la huelga de los mineros del cobre de mayo de 1973, y, sobre todo, la formación de instituciones soviéticas, los Cordones Comunales, fueron aspectos de esta radicalización. Una semana antes de que Allende fuera derrocado, una manifestación monstruosa, como ya se ha mencionado, de 150.000 personas con banderas rojas cantando consignas antifascistas tuvo

lugar en Santiago, expresando su determinación de que cualquier intento de golpe fascista sería derrotado. Y, días después, ese golpe se produjo con solo la más mínima resistencia, más o menos espontánea y localizada. Todo este fermento, todo este movimiento, toda la «autonomía» de los obreros gestionando tal o cual fábrica, o incluso regiones enteras, o movilizándolo en manifestaciones masivas bienintencionadas bajo los eslóganes frentepopulistas del «antifascismo» y otros inciensos, no significaron exactamente nada cuando se perdió el terreno en la arena política y militar; el fracaso de la izquierda revolucionaria, tal como era, para desacreditar a las direcciones del PS y del PC y posteriormente, inevitablemente, su incapacidad de resistir seriamente un golpe de derechas.

En Portugal, la derrota fue menos dramática, las fuerzas que la infligieron estaban menos empeñadas en un gran baño de sangre contra la clase obrera, y la base social del centro estaba aún más intacta que en septiembre de 1973 en Chile. Pero las mismas lecciones fundamentales se repitieron una vez más.

La Escila y Caribdis de la organización revolucionaria moderna son las pretensiones formales de las autoproclamadas «formaciones de vanguardia» y una capitulación importante ante la espontaneidad de los movimientos de masas y las formas de lucha desarrolladas por tales movimientos. La pobreza de tales organizaciones reside en la infravaloración de la importancia del movimiento social, y la interminable tendencia de sustituirse a sí mismas por tal movimiento, de fingir que un partido político es o puede constituir el movimiento social en su totalidad. El fracaso de tal organización es que no se reconoce a sí misma como un producto del movimiento al que simultáneamente da forma. Su papel criminal, a través de tales ilusiones sustitucionistas, es su tendencia a distorsionar la autoarticulación del movimiento y a forzar a ese movimiento a un terreno antipolítico y antiorganizativo. Este era claramente el papel del PCP en Portugal, con lo que no queremos decir de ninguna manera que el PCP fuera en ningún sentido una organización revolucionaria. La ideología «apartidista» que fue tan catastrófica, y que indujo a organizaciones que podrían haberlo sabido mejor —si no estuvieran tan empeñadas en atraer a las masas a cualquier precio— a capitular ante ella, no

era más que el lado anarcosindicalista inverso de las maquinaciones del PCP dentro del Estado y dentro de las varias formas de organización de masas.

La tarea de la organización revolucionaria es articular la necesidad que enfrenta un movimiento social, pero hacerlo para demostrar la inmanencia de la necesidad dentro del autodespliegue del movimiento. Este era el sentido que Marx pretendía cuando le escribió a Ruge en 1843: «En ese caso, no nos enfrentamos al mundo en actitud doctrinaria con un nuevo principio: ¡Esta es la verdad, arrodíllense ante ella! Desarrollamos nuevos principios para el mundo sobre la base de los propios principios del mundo. No le decimos al mundo: “Termina con tus luchas, pues son estúpidas; te daremos la verdadera consigna de lucha”. Nos limitamos a mostrarle al mundo por qué está luchando en verdad, y la conciencia es algo que tiene que adquirir, aunque no quiera». Articular en lo que un movimiento debe convertirse, «lo que debe poseer en conciencia para poseer realmente», en ocasiones puede tener la apariencia de «llevar la conciencia a las masas», en la empobrecida formulación de 1902 de Lenin.⁵³ Los revolucionarios no rehuyen la tarea de atacar las ilusiones «apolíticas» o reaccionarias de los movimientos en los que intervienen; ojalá un puñado de revolucionarios hubieran tenido el valor de denunciar a Carvalho y al MFA en los últimos meses de la crisis portuguesa. Lo que distingue una organización revolucionaria de una miniburocracia que o está saboteando el desarrollo de un movimiento o preparándose para el futuro poder burocrático es precisamente la ausencia de la pretensión de «llevar» al movimiento lo que no está ya ahí, aunque solo está ahí en la comprensión inmanente del movimiento de la necesidad. La organización revolucionaria no es una institución pedagógica para la ilustración de las masas en la verdad histórica; no es un Estado Mayor orientado al control de un aparato del Estado separado y que ve al movimiento de masas como una legión de tropas de choque a las que «él» les inyecta conciencia. La organización revolucionaria es la que articula la verdad histórica como las necesidades a las que se enfrenta el movimiento, y combate despiadadamente los fracasos del movimiento en implementar estas necesidades, ni más ni menos. El movimiento revolucionario se ve por encima de todo como la futura tendencia. Pues la verdad histórica, tal como la hemos referido arriba, no es un mero conjunto de «principios» o «ideas»; no es una glosa retrospectiva de

53. Una formulación que el propio Lenin, bajo la influencia de los soviets de 1905, iba a modificar.

los sucesos actuales o pasados presentada para la edificación adecuada de las masas; no está, ni mucho menos, «encarnada» en una organización política separada. La verdad histórica no es ni más ni menos que la conciencia fluida, autorreflexiva y estratégica de la totalidad de la clase obrera revolucionaria y sus aliados en el enfrentamiento con el Estado; la actividad autoconsciente de una clase social que actúa de una manera completamente nueva en una lucha por nuevas relaciones sociales,⁵⁴ cuyos objetivos, formas de organización y actividades son en sí mismos nuevas relaciones sociales, y cuyas acciones no se derivan de una elección o una vocación moral, sino porque la totalidad de sus circunstancias históricas la obligan a actuar.

Si, en el transcurso de nuestra exposición, hemos mostrado a la práctica totalidad del movimiento organizado que se estilaba revolucionario, en Portugal y en todas partes, como inadecuado para estas realidades, lo hemos hecho solo porque la propia crisis portuguesa ya ha expuesto a ese movimiento de forma mucho más despiadada de lo que nosotros jamás podríamos hacerlo. Si es cierto que las «revoluciones proletarias se interrumpen constantemente en su propio curso, vuelven sobre lo que parece haberse conseguido... [y]... desprecian las medias tintas, las debilidades y mezquindades de sus primeros intentos», entonces podemos estar seguros que el desarrollo ulterior de la clase obrera revolucionaria solo avanzará sobre el grueso del movimiento organizado que ahora pretende hablar en su nombre. Si la clase obrera portuguesa no hubiera hecho otra cosa, su contribución a esa clarificación ya está asegurada. Y ese no habrá sido el menor de sus logros.

54. «[un clase]... que es, en una palabra, la pérdida total del hombre y que, por tanto, sólo puede ganarse a sí misma mediante la recuperación total del hombre. Esta disolución de la sociedad como una clase especial es el proletariado». K. Marx, *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*.

Parte 2: Subsunción formal y real del capital en la historia de la clase obrera española: del corporativismo clandestino a los Pactos de la Moncloa

I. Introducción

Este ensayo es, en primer lugar, un análisis de la clase obrera española en dos fases de su desarrollo, las de los periodos 1898-1939 y 1939-1977, terminando con la «normalización» de las relaciones laborales en España en octubre de 1977.

Los «Pactos de la Moncloa», la variante española de los contratos sociales de austeridad económica de finales de la década de 1970. Aunque, por motivos de enfoque, investigaremos el segundo periodo con mayor detalle, precederemos este análisis con un repaso de la historia de la clase obrera española del siglo XX, dentro del contexto más amplio de la historia española, con el fin de poner de relieve la importancia general del segundo periodo. Concluiremos con un breve posfacio sobre el periodo 1977-1982, que condujo al triunfo electoral del PSOE en octubre de 1982.

Cuando me dispuse (en 1983) a escribir esto, me di cuenta de lo distinto que lo habría escrito diez años antes. Es cierto que el proceso que describe –la integración de la clase obrera española en un nuevo conjunto de relaciones laborales dentro del marco del capitalismo español y de una frágil democracia burguesa– apenas estaba completo o era predecible en 1973. Pero eso es, de hecho, una cuestión secundaria. Lo que sucedió en España en la década posterior es parte de un proceso internacional, en el que la cuestión local de la desaparición de la dictadura aparece retrospectivamente subordinada a un conjunto de fenómenos generales: el declive y la crisis de los partidos comunistas de Europa Occidental y el ascenso de las nuevas socialdemocracias de España, Francia y Grecia; la práctica desaparición de la oleada de militancia obrera que dio al periodo 1968-1973 el cariz de una situación vagamente prerrevolucionaria; la profunda pasividad y desesperación de la clase obrera internacional ante una década de crisis económica

mundial, que ahora amenazaba con convertirse en una depresión en toda regla; el colapso virtual de la Unión Soviética como modelo a emular, para cualquiera, en la construcción del socialismo; la entrada de China en la órbita militar estadounidense; la desaparición completa de la «Nueva Izquierda» o «extrema izquierda»⁵⁵ de Europa Occidental y Norteamérica, que pisa los talones a los partidos comunistas y socialdemócratas hegemónicos; el ascenso a la importancia económica mundial de diferentes bloques de países del tercer mundo. La idea, hace una década, de que el Partido Comunista Español, que a comienzos de 1973 seguía siendo, a pesar de los enfrentamientos faccionales de oponentes maoístas, trotskistas y de otros tipos de extrema izquierda en las condiciones de clandestinidad, la organización política de la clase obrera española, comparable con el PCF en Francia, con la ventaja adicional de no tener ningún rival socialdemócrata, solo recibiría el 3,5% de los votos en unas elecciones democráticas, habría parecido poco menos que asombrosa. Aún más asombrosa habría sido la idea de que el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), que en 197 era un minúsculo grupo de cuadros en formación en la *Friedrich Ebert Stiftung* del SPD en Frankfurt, habría recibido el 45% de los votos en las mismas elecciones. En las primeras (1977) elecciones legislativas en España, los pequeños partidos de la extrema izquierda (cuyos homólogos dos años antes habían hecho serias incursiones en la base del Partido Comunista Portugués en los meses finales de la crisis portuguesa) parecían tener posibilidades de recibir el 3,5% de los votos; hoy, prácticamente han desaparecido, y el PCE parece cada vez más una secta aislada en relación con el PSOE. Todo esto, por sorprendente que parezca, ha ocurrido en una sola década.

En 1973, antes de la Guerra de Oriente Medio y el boicot de la OPEP dieran paso a la crisis económica mundial que había sido la corriente poco perceptible en el trasfondo de las crisis sociales de 1968-1973 en los países de la OCDE, una serie de problemas políticos parecían de importancia decisiva que, hoy, parecen casi irrelevantes. Hace diez años, al escribir sobre la posición del PCE en cualquier democracia burguesa potencial, habría pa-

55. A lo largo de este ensayo, usaré el término «extrema izquierda» para referirme a los grupos *gauchistes* (o izquierdistas, usando el término español), principalmente maoístas y trotskistas, que aparecieron en la mayoría de países de Europa Occidental en el periodo 1968-1973, normalmente de pequeñas sectas que precedían a 1968.

recido de importancia decisiva subrayar el papel del partido en el aplastamiento de la revolución española en mayo de 1937.⁵⁶ Antes de que la crisis económica mundial hubiera hecho mella en las conciencias de los militantes de la «Nueva Izquierda» (entre los que este escritor admite haber estado) parecía de la mayor importancia desvelar el «crimen» en el que se fundaba la hegemonía del partido político socialdemócrata o estalinista dominante en un país concreto, ya fuera el papel del SPD en el aplastamiento del *Spartakusbund* en 1918-1919 o el papel del Partido Comunista Francés en la aplicación de los acuerdos de Yalta en 1944-1947. En la medida en que la mayoría de individuos formados por el periodo 1968-1973 eran ajenos (y no eran los únicos) a la incipiente crisis económica mundial, parecía muy pertinente denunciar la tendencia general hacia la tecnocracia (como en Francia), el «terror del consumidor» (en Alemania y otros países influenciados por la escuela de Frankfurt) y otros males que, cualquiera que sea su realidad entonces o ahora, tienen un timbre vagamente antediluviano. Con la guerra en el Sudeste Asiático aún por decidir, parecía de vital importancia mostrar la reticencia de las grandes potencias estalinistas, la Unión Soviética y China, a apoyar plenamente a Vietnam.

Todo esto, de nuevo, tiene un tinte vagamente surrealista después de una década que vio a los chinos saludar el golpe de Pinochet en Chile, enviar armas a las fuerzas apoyadas por EEUU en Angola, agasajar a una serie de políticos derechistas europeos en Pekín para mantener conversaciones sobre las relaciones China-OTAN y China-CEE, y después de que el Secretario de Defensa estadounidense Schlesinger pasara revista a las tropas en la frontera sino-soviética. Volviendo más directamente a España, la transformación de la estrategia en los campos socialdemócrata y comunista después del fracaso de la «vía chilena al socialismo», que desembocó dos años más tarde en el «eje eurocomunista» Madrid-Roma-París (aunque de corta duración) fue otro acontecimiento opaco para casi todos los observadores en 1973.

Junto a estas realidades sociales, económicas y políticas directas, cabe recordar el estado de ánimo, menos preciso pero igualmente omnipresente, de Europa Occidental en 1973, en la que todavía se estaban asimilando el im-

56. En 1975, un desconocido pero no atípico periódico *gauchiste* francés titulaba así un artículo sobre la situación en España: «Prolétaire espagnol, souviens-toi de mai 37».

pacto de los sucesos de 1968-1969 y la contracultura internacional de finales de los años 60. Del mismo modo que parecía decisivo desenterrar, en todos los países, la traición de los partidos políticos «obreros» dominantes, también parecía crucial, para la crítica tanto de los vestigios de los criterios del «realismo social» en el arte como de la cultura de masas, resucitar las distintas vanguardias del periodo posterior a 1918, sobre todo con el movimiento revolucionario relevante, y las librerías de todos los países se llenaron con libros sobre el expresionismo, el dada, el futurismo italiano, el surrealismo, el constructivismo ruso, la *Bauhaus*, y sus expresiones políticas.⁵⁷

Todo esto era, en retrospectiva, la falsa conciencia de una época a punto de terminar. No digo esto ni con particular rencor ni con autojustificación, pues nunca he sido un protagonista de la socialdemocracia, el estalinismo, la vía chilena al socialismo, el Viet Cong, Pol Pot, y menos aún de la contracultura. No es el hecho de que mis opiniones se hayan visto matizadas por los sucesos de la última década; es el hecho, mucho más desconcertante, de que la mayoría de lo que yo suponía que eran respuestas en 1973 se habían convertido en preguntas en 1983. Incluso tras el estallido de la crisis económica en 1973-1974, un suceso que, como su predecesor en 1929-1933, no supuso ninguna «crisis de paradigma» para alguien dentro de la tradición marxiana (por mucho que desacreditara varias variantes del marxismo de finales de los años 60), otros cuatro años de auge y estancamiento económico sostuvieron a la extrema izquierda que había nacido de la experiencia de 1968-1969. Mucho se escribió en España, y en comentarios extranjeros sobre lo que estaba ocurriendo en España, en el periodo 1975-1977 que postulaba esencialmente la imposibilidad de establecer una democracia burguesa ahí; o habría revolución proletaria y guerra civil o habría una nueva dictadura militar. Esta literatura tiene hoy un interés puramente archivístico. La «crisis de las dictaduras» en Grecia, España y Portugal parecía para muchos (incluyéndome a mí mismo) el comienzo de un nuevo periodo de auge de la clase obrera internacional; de hecho, fueron las extensiones locales especiales del fermento que había terminado en la mayoría de países en 1973, con tareas locales especiales de liquidación que cumplir.

57. Un buen ejemplo de este género es André Thirion, *Révolutionnaires sans révolution* (París, 1972), una memoria sobre el surrealismo francés de los años veinte y posteriores.

En retrospectiva, parece que 1977 fue, para prácticamente todos los países de Europa Occidental, más decisivo en un sentido político y social que 1973. Fue el año en que la extrema izquierda post-1968 murió. Fue el año de la represión masiva del grupo Baader-Meinhof en Alemania, en la que la izquierda radical no terrorista fue calificada de «simpatizante» por el Estado y los medios, y fue incapaz de dar una respuesta eficaz. Fue el año del colapso del flirteo de cinco años de los Partidos Comunista y Socialista franceses en la *Union de la Gauche*, prefacio de la debacle electoral de 1978 y posponiendo por tres años el ya dudoso «triunfo de 1968» en las encuestas. Fue el año de las acciones de marzo de 1977 de los autonomistas en la Universidad de Roma y la reunión masiva de la extrema izquierda en desafío al PCI en Bolonia; un año más tarde, estas corrientes se habían dispersado en su mayoría en el proceso de «germanizzazione» tras el secuestro de Moro. En España, finalmente, los 10.000 militantes que se reunieron en un estadio de Barcelona para discutir una posible estrategia ulterior asistieron en realidad a un velatorio de la era de lucha clandestina que acababa de terminar. Lo que había parecido un acontecimiento notable, aunque totalmente efímero, en la historia europea, la alianza con la extrema izquierda que los acontecimientos habían impuesto al Partido Comunista Portugués en agosto de 1975, duró solo unos pocos días, y no tuvo ninguna importancia. Es posible que el complejo de ideas asociado con estos movimientos resurja en los próximos años, pero parece muy poco probable, por no decir imposible, que resurjan como los contendientes a la izquierda de los partidos socialdemócratas y comunistas que controlaban a las clases obreras de Francia, Italia, España, Portugal, Grecia, Alemania y Gran Bretaña (por no hablar de Chile) en 1973. La razón detrás de esto es simple: la izquierda oficial también ha colapsado, o se ha transformado drásticamente.

Lo que ocurrió en la década posterior a 1973, en todas las partes del mundo, fue una enorme deflación del atractivo y el poder de los partidos políticos obreros burocráticos, en su mayoría prosoviéticos, que surgieron de la III Internacional, y su reemplazo por «partidos socialdemócratas de nuevo tipo» difusos, apenas distinguibles en sus políticas reales del Partido Demócrata de Estados Unidos.⁵⁸

58. De hecho, cuando el socialdemócrata americano Michael Harrington argumentó por primera vez hace una serie de años que el Partido Demócrata era una socialdemocracia «sumergida» en EEUU, no

Como contrapunto a este descrédito del modelo burocrático-estadista de «socialismo», sin embargo, lo que parecía la alternativa evidente en el periodo 1968-1973, a saber, el «control obrero de la producción», o la «autogestión», fue olvidado casi por completo. No nos referimos aquí, evidentemente, a los distintos esquemas corporativistas de «autogestión», «Mitbestimmung», etc., recogidos o desarrollados después de 1968-1969 por los partidos políticos y los sindicatos en respuesta a la creciente demanda de democracia de base, la tradición revolucionaria real de soviets y consejos asociada a las revoluciones rusa, alemana y española de 1917-1921 y 1936-1937. La masa de libros y panfletos producidos sobre estos temas, cada uno afirmando sucesivamente haber encontrado el «núcleo burocrático» de la formulación anterior y haber rescatado a los verdaderos revolucionarios del caso en cuestión del olvido histórico, es otro corpus de «literatura», que hoy parece de algún modo pintoresco.⁵⁹ Contra la burocracia socialdemócrata y estalinista, contraponía la democracia. Los elementos más lúcidos se dieron cuenta entonces de que esta batalla por las formas le daba a todo el debate una fuerte dosis de formalismo, y la ideología del «control obrero» de 1968-1973 ha sido caracterizada más de una vez como una utopía sindicalista. Este es otro aspecto más, y quizás el más importante, del «debate» de 1968-1973 que el inicio de la crisis económica y de la desindustrialización en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia parecía haber cerrado mientras durase.

Lo anterior sirve de prefacio a un estudio de la historia de la clase obrera española porque, como se dijo al principio, una década de acontecimientos pusieron seriamente en duda prácticamente todas las categorías que habría

sabía lo que estaba diciendo: han sido los partidos europeos los que, en los últimos 25 años en lo que respecta a la socialdemocracia, y en los últimos 15 años para los PC, los que se han movido hacia las políticas multclasistas y pluralistas (y de austeridad) de un partido capitalista directo como los demócratas estadounidenses.

59. Consultar Jean Barrot, *Contribution de l'ideologie de l'ultra-gauche en su Communisme et Question Russe* (París, 1972). Barrot muestra que la mayoría de la discusión de finales de los sesenta sobre la «burocracia» en la extrema izquierda y ultraizquierda europeas, al centrar la atención en la cuestión organizativa, presentada generalmente como la «crítica del leninismo», acabaron por permanecer en el terreno de las concepciones dominantes, convirtiendo toda la cuestión de la revolución en una cuestión organizativa e ignorando completamente su contenido social; al convertirlo todo en un asunto de «formas de organización» (burocracia vs. democracia), esta crítica seguía siendo una crítica formalista.

usado en un análisis así en 1973. España es un caso *prima facie* del declive del colapso de un gran partido hegemónico prosoviético ante la embestida de una nueva y hábil «socialdemocracia» que 10 años antes prácticamente no tenía militantes en España, en contraste con los miles de miembros bien organizados y curtidos del PCE. En los últimos días de 1975, inmediatamente después de la muerte de Franco, el gobierno permitió a los cuadros del todavía ilegal PSOE viajar por España para establecer algún tipo de presencia obrera y sindical que compitiera con el PCE y su rama sindical, las Comisiones Obreras (CCOO).⁶⁰ En las grandes fábricas de Barcelona, el PCE tenía que competir principalmente con militantes de extrema izquierda que querían, o que parecían querer, ir mucho más allá de la «convergencia democrática» de la estrategia del PCE. Estos militantes estaban, dentro y fuera de los grupos de extrema izquierda, en ruptura con las proclividades organizativas del PCE y de CCOO, representando corrientes hoy casi invariablemente desaparecidas. En la época en la que el PSOE asumió el control del gobierno en diciembre de 1982, había una tasa oficial del 16% en España, y casos documentados de hambruna en Andalucía. La peseta que en 1979 todavía estaba a 58 por dólar, estaba a 115, y una devaluación redujo esta tasa a 130. Esto es solo el caso español del colapso general de la izquierda y extrema izquierda de 1973 años antes ante unas condiciones que entonces a muchos le parecían la fantasía del «marxismo vulgar». Si esto es hoy una «crisis del marxismo», no puede estar en el lado «analítico-científico» del pronóstico sobre la crisis de descomposición capitalista de Marx, en la que los desarrollos actuales parecen una página sacada del tomo III de *El Capital*. Debe ser, en contraste incluso con los políticamente abominables años treinta, una crisis del propio movimiento obrero, y del sentido de la clase obrera, aun relativamente fuerte en los 30, de que es la clase del futuro. Las cabezas de hidra gemelas de la socialdemocracia y del estalinismo han transformado durante 60 años la «alternativa socialista» al capitalismo en regímenes de austeridad estatista-burocráticos y en regímenes de represión y pereza generalizadas. Y aunque hubo corrientes que, como los trotskistas, los comunistas de consejos alemanes y los bordiguistas (con diferentes grados de lucidez) denunciaron y detallaron los pasos de este proceso hace 75 años, la triste verdad del asunto es que incluso aquellas corrientes que surgieron en gran medida o totalmente confirmadas en sus pronósticos sobre

60. Usaremos en todo momento la abreviatura plural en español CCOO.

la socialdemocracia y el estalinismo han sido víctimas de la moda formalista a la que aludíamos más arriba, a la atrofia de la «imaginación programática» del movimiento obrero. En un periodo de repulsa general contra el Estado burocrático, la asociación secular de socialismo y Estado ha cortado el suelo incluso a aquellos que se desvincularon de tal aberración en el momento más temprano posible, justo antes o después de la Primera Guerra Mundial. Para responder a algunas de las preguntas sobre cómo se llegó a esta situación, y para tratar de superar estos problemas, empecé a estudiar la historia del movimiento obrero español, que por su pasado anarquista parecía más cercano a una tradición inequívocamente antiestatista, por utópica que fuera, y eso también en el sentido peyorativo de la palabra. Lo que sigue son los resultados provisionales.

II. El pasado suprimido: cultura burguesa protorenacentista y la extensión de la dimensión milenaria de la historia de la clase obrera española

Durante la mayor parte de su historia, el capitalismo español ha sido un pariente del capitalismo mundial, un país que, en frase de Marx, sufrió más por la ausencia del capitalismo que por su presencia. No obstante, es indiscutible que el país jugó un papel central en las primeras etapas del desarrollo capitalista: Barcelona, en los siglos 13 y 14, fue un rival comercial de las grandes ciudades-Estado italianas; la monarquía que unificó el país en el siglo XV jugó un papel central en los desarrollos políticos europeos durante más de cien años, y, por supuesto, estuvo profundamente involucrada en la apropiación mercantilista del Nuevo Mundo. Pero tras el apogeo del desarrollo español en el siglo XVI, y la decadencia irreversible que se apoderó del país a comienzos del siglo XVII, España fue quedando gradualmente relegada a una posición secundaria en el desarrollo del sistema capitalista mundial. La gran expansión del siglo XVI, las importaciones masivas de oro —piedras angulares del mercantilismo europeo temprano— tuvieron escaso impacto en desarrollar una base productiva real para una expansión capitalista real, como sucedió en Europa del Norte. En el siglo XVII, cuando Inglaterra y Francia utilizaban métodos estadísticos para implementar toda una infraestructura y una agricultura capitalista, para reducir el poder de la nobleza y promover un aumento del comercio, España languidecía bajo el peso de una enorme población rentista improductiva, cuya situación material era proporcionada por un campesinado sobrecargado de impuesto que trabajaba en una agricultura fuertemente atrasada. Aunque la monarquía tomó modestas medidas en el siglo XVIII para adaptar el país a los métodos del despotismo ilustrado, y se desarrollaron pequeños centros comerciales y protoindustriales en la región vasca y en Cataluña, el país estaba mal preparado para la era revolucionaria que se abrió en 1789 o para el mundo del Atlántico Norte dominado por los británicos que surgió de las Guerras Napoleónicas.

Fue la invasión napoleónica del país, y el levantamiento de 1808 contra esta, lo que introdujo a España en la historia política y social del desarrollo capitalista moderno, pero creó tantos problemas como resolvió al reforzar el dominio de la Iglesia sobre las masas campesinas, y, después de 1815, al

dejar completamente sin resolver la cuestión de la capitalización de las tierras de la Iglesia que, en cada país, de una forma u otra, era una *sine qua non* de la transición integral a una sociedad basada en relaciones mercantiles. Al país simplemente le faltaban las instituciones elementales para organizar una entrada seria en el capitalismo: el pequeño sistema bancario era utilizado esencialmente para financiar la deuda del Estado, y no había absolutamente nada que garantizase que los pequeños ahorros del país serían canalizados al desarrollo industrial. Las revoluciones liberales desde 1820 hasta 1856, culminando en la posterior crisis prolongada de 1868-1873, no resolvieron absolutamente nada, sobre todo después de la década de 1840 cuando la entrada de las masas urbanas en la política y los comienzos de la agitación obrera asustaron a los liberales tímidos e hizo que se reconciliaran con las fuerzas del conservadurismo: la Iglesia, el Estado, el ejército, y la nobleza terrateniente, produciendo finalmente el sistema canovista del caciquismo, que gobernó el país desde 1874 hasta 1898. La larga deflación de 1873-1896 —el trasfondo económico real de los realineamientos políticos en todos los países en el último cuarto del siglo XIX— obligaron a España a proteger a su incipiente industria tras altos muros arancelarios, y ni las importantes cantidades de capital extranjero ni la pequeña acumulación doméstica consiguieron ningún desarrollo industrial serio, aparte de las actividades mineras en Asturias, el pequeño núcleo industrial construido en torno a los Hornos de Vizcaya en el País Vasco, y el capitalismo de taller centrado en el textil de Cataluña.⁶¹

La marginalidad del desarrollo real del capitalismo, incluso en el periodo en que España fue la nación más poderosa de Europa, marcó al surgimiento de la cultura y sociedad burguesas en España con características extremadamente peculiares, características que, a su vez, dieron un sello especial al emergente movimiento obrero español. Era significativo que hasta 1910, cuando los partidos obreros socialistas de masas habían aparecido en la mayor parte de Europa, el republicano radical Lerroux podía seguir siendo la

61. Buenas introducciones a la historia económica española del siglo XIX son R. J. Harrison, *Economic History of Modern Spain* (Manchester, 1978), J. Nadal, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913* (Barcelona, 1975), G. Tartells Casares, *Los orígenes del capitalismo en España* (Madrid, 1975).

figura dominante en la política obrera de Barcelona,⁶² y, al mismo tiempo, en Andalucía, los trabajadores agrarios rurales abrazaban el anarquismo.

Quizá sea un lugar común que el carácter de la revolución burguesa en todos los países europeos importantes definió los parámetros del surgimiento del movimiento obrero en la clase obrera de cada país en el último siglo. Si se traza la línea de desarrollo hacia el Este tanto del capitalismo como de la expresión política de las fuerzas sociales que engendró, comenzando con la Revolución Inglesa del siglo XVII, pasando la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas del periodo 1789-1815, la «Primavera de los Pueblos» europea de 1848-1849 hasta las huelgas masivas y las revoluciones de Europa Central y Oriental de 1905-1921, surge un patrón de desarrollo bastante claro. Cuanto más tarde se produzca la entrada en el pleno desarrollo capitalista, más débil tiende a ser la burguesía nacional en relación con el mercado mundial y su propio *Ancien Régime*, y más agresiva y receptiva a las ideas socialistas es la clase obrera. ¿No es posible trazar una línea de continuidad bastante clara desde la cultura política establecida en las revoluciones inglesas de 1640-1649 y 1688 hasta la mentalidad de moderación y «grupos de intereses» de los sindicatos ingleses tras la derrota del cartismo? ¿Desde el jacobinismo de la Revolución Francesa hasta la obsesión estatista del movimiento socialista francés bajo Guesde y, después de 1920,⁶³ del Partido Comunista? ¿Desde el despotismo ilustrado de la Prusia dieciochesca hasta el mercantilismo de la mayoritariamente lassalleana socialdemocracia alemana?

¿Como se aplica esta lógica de revolución burguesa/movimiento obrero a España? La inusual respuesta a esta cuestión es que las «marcas de nacimiento» de la cultura política española, a la que se deben rastrear importantes aspectos de la historia social de los siglos XIX y XX, no están localizadas en los movimientos de optimismo capitalista emancipatorio de los siglos XVII, XVIII o XIX, sino en la Baja Edad Media y en el papel particularmente

62. Consultar J. Romero Maura, *La rosa de fuego: republicanos y anarquistas y la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la semana trágica, 1808-1909*, Barcelona, 1975.

63. Para una discusión interesante sobre como el jacobinismo de la «clase política» y la *intelligentsia* francesas se engranó perfectamente con los aspectos jacobinos del bolchevismo tras la Revolución rusa, y le infundieron efectivamente una nueva vida al jacobinismo, ver François Furet, *Les mythes de la Révolution Française*, París, 1979.

mortal del Estado Habsburgo en enterrar lo que fue, de hecho, el momento culminante de la historia cultural española: la brillante imbricación de la cultura islámica clásica de Al-Ándalus, la judería española, y, en menor medida, sus emuladores cristianos en los últimos siglos de la llamada «Reconquista», un florecimiento cultural que fue el prelude directo del más conocido Siglo de Oro del siglo XVI.⁶⁴ Cuando uno se enfrenta a un país europeo en el que se hablan cinco lenguas, una de las cuales no es indoeuropea (el vasco) y una, el calé, hablada por algunos gitanos, está estrechamente emparentada con el sánscrito, uno comienza a ver que la creación burocrática del Estado nación español en los siglos XV y, particularmente, XVI, se juxtapuso a una cultura o unas culturas de gran diversidad, y, cuando uno tiene en cuenta el significado de las obras de Ibn Arabi, Averroes, Avicibrón, Maimónides, Isaac Luria, Abulafia y Ramón Llull para la cultura medieval tardía y renacentista en el resto de Europa, una de gran poder.⁶⁵

Además, probablemente no haya ningún país en Europa en el que la cuestión regional esté tan ligada a la historia del movimiento como en España. Aunque sin duda hay mucho de folclore en los renacimientos regionales que se produjeron en España en los años sesenta y setenta, (como se produjeron en toda Europa), es igualmente innegable que el carácter específico del desarrollo capitalista, en diferentes momentos y ritmos, en Cataluña y las provincias vascas, y luego en Castilla, Aragón, Andalucía y Galicia, marcaron el carácter específico del movimiento obrero en cada una de estas regiones, y que la cronología es en última instancia trazable a la manera en que la región fue subsumida por el Estado Habsburgo en el siglo XVI.

64. Para el libro que lanzó el debate moderno sobre la centralidad de las influencias islámicas y judías en la formación de la cultura de la España cristiana, durante y después de la Reconquista, véase A. de Castro *The Spaniards: An Introduction to their History* (Berkeley, 1971). Un tratamiento más problemático e idiosincrásico de la riqueza de la cultura española previa a 1492 y a la Inquisición, que se convirtió significativamente en un *bestseller* inmediatamente después de la liquidación del franquismo, es Sánchez Dragó, *Gárgoris y Habidis: Una historia mágica de España*, 4 vols., Madrid, 1978.

65. Para el papel directo e imponente de la cultura española anterior a 1492 como un protorrenacimiento, consultar Frances Yates, *The Art of Memory* (Chicago, 1966), o *Lull and Bruno* (Londres, 1982), Dominique Aubier, *Don Quichotte, Prophète d'Israël* (Paris, 1966), Gershom Scholem, *Kabbalah* (Albany, 1980), y Eugene A. Myers, *Arabic Thought and the Western World* (Nueva York, 1964).

Todo esto no significa negar la importancia de las corrientes ilustradas más visibles, y más típicas, que se desarrollaron en España a finales del siglo XVIII y en el siglo XIX. Sin embargo, el hecho de que, por poner un ejemplo, el filósofo alemán menor Krause pudo convertirse en una influencia importante para el pensamiento liberal decimonónico en España,⁶⁶ indica hasta qué punto, a partir del declive del siglo XVII, la implicación de España en los desarrollos políticos y sociales europeos se vio debilitada. Cuando se compara con Italia, el país europeo al que más se parece España, se ve inmediatamente la diferencia entre el atraso español y las tradiciones italianas del *illuminismo* de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX que, primero, infundieron el movimiento de unificación nacional y entonces, por transposición, sentaron las bases para una cultura marxista de finales del siglo XIX en Italia, solo superada por la alemana, que precedió por unos 60 años al surgimiento de una cultura comparable en una Francia abrumada por su propia tradición jacobina.⁶⁷ Esta claro que en España no ocurrió nada parecido. No hubo un Labriola español, ni siquiera un Croce; no hubo, más tarde, un Gramsci o un Bordiga españoles. En el periodo comparable, España solo produjo el movimiento regeneracionista de 1898, cuyo programa político, tarde o temprano, podía rastrearse en el llamamiento del jurista del siglo XIX Joaquín Costa a un «cirujano de hierro» para sacar a España del atraso, un programa ampliamente realizado por Maura, Primo de Rivera y Franco. Las dos regiones que más se asemejaban a un desarrollo capitalista de tipo europeo, las provincias vascas y Cataluña, intentaron, dentro del marco restrictivo del Estado castellano, emular la cultura burguesa europea, con un éxito moderado. Pero en las zonas más agrestes del país, como Andalucía, las relaciones sociales seguían estando en manos de una sociedad latifundista que podía rastrearse, en última instancia, a la época romana. En consecuencia, como sostiene Díaz del Moral en su famoso libro, la continuidad con las revueltas milenarias del Califato de Córdoba de los siglos X y XI es directa...⁶⁸

66. Sobre el krausismo, consultar Raymond Carr, *Spain 1808-1939*, pp. 301-304 *et seq.* (Oxford, 1966).

67. Consultar Furet, *op. cit.*; también George Lichtheim, *Marxism in Modern France*, (Nueva York, 1966).

68. Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (1929; Madrid, 1967). Esta continuidad del milenarismo andaluz también es argumentada por Pedro y Carlos Caba, *Andalucía, su comunismo y su cante jondo* (Madrid, 1933).

Lo que tratamos de establecer, para un análisis de la historia de la clase obrera española del siglo XX, es la presencia, en la misma estructura del Estado y del capitalismo españoles (si es que, antes del siglo XIX, se podía llamar capitalismo), de una continuidad con una tradición milenaria⁶⁹ de revueltas sociales que precedió, más que siguió, a la consolidación de las culturas burguesas emancipatorio-liberales más modernas de Inglaterra, Francia, Italia o Alemania y que, a través de Andalucía, fue legada al movimiento obrero durante su aparición a finales del siglo XIX y comienzos del XX. En capítulos posteriores, exploraremos ciertos aspectos subterráneos de estas tradiciones en un contexto más internacional.

III. La relación subterránea entre la historia de las clases obreras española y rusa

En 1847, dos europeos de las periferias del continente, el reaccionario español Donoso Cortés⁷⁰ y el aristócrata populista ruso Aleksandr Herzen, visitaron París en vísperas de la revolución de 1848. En extremos opuestos del espectro político europeo de la época, desconocidos el uno del otro, abandonaron la ciudad con una intuición notablemente similar: que la era europea de la historia se había acabado, y que el impulso de la civilización burguesa europea se había agotado. Los análisis de este tipo no eran totalmente originales; Goethe y Hegel, en una etapa tardía de sus vidas, tuvieron intuiciones similares sobre el fin de Europa, Tocqueville es solo el más conocido de los pensadores que predijeron el auge de los Estados Unidos y de Rusia como potencias mundiales y el posterior eclipse de Europa. Pero Donoso Cortés y Herzen estaban tocando algo más profundo que las meras relaciones políticas de poder entre Estados nación; intuían, viniendo de dos países periféricos con importantes componentes «no europeos» en sus historias, que incluso las fuerzas para la regeneración del mundo moldeadas

69. Para la relación entre la alta cultura islámico-judaica y los movimientos sociales, ver Y. Baer, *History of the Jews in Christian Spain*, sobre todo el cap. VI, «Mysticism and Social Reform»; también S. Sharot, *Messianism, Mysticism and Magic: A Sociological Analysis of Jewish Religious Movements* (Chapel Hill, 1982).

70. Sobre Donoso Cortés, consultar John T. Graham, *Donoso Cortes: Utopian Romanticist and Political Realist* (1974); sobre Herzen, Martin Maila, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism*, (Nueva York, 1961).

por el trascurso de la historia desde el Renacimiento procederían en adelante de las periferias del mundo.

Karl Marx, un tercer observador de los sucesos europeos desde París y Bruselas en el periodo 1845-47, estaba en desacuerdo. Veía en las clases obreras industriales que nacían entonces en Inglaterra, Francia y Alemania a los sepultureros de la sociedad burguesa, incluso sí, en su evaluación del ciclo revolucionario de 1848-1850 en Europa, postulaba una «revolución permanente» liderada por los obreros en el «eslabón débil» del capitalismo de la época, Alemania.

Citamos la curiosa coincidencia en la «conspiración de la razón universal» entre las intuiciones de Donoso Cortés y Herzen porque, tras más de 150 años de fracaso del proletariado europeo en el cumplimiento de su misión histórica, y por ciertos desarrollos menos conocidos en el pensamiento de Marx en la última década de su vida, apuntan a un vínculo subterráneo poco notado en la historia de la clase obrera europea y, para el caso, en la historia europea en general, el vínculo entre España y Rusia. Un historiador lo expresó sucintamente, en un pasaje que merece la pena extraer en extenso.

«... Las peculiaridades de la civilización moscovita, tal y como fue tomando forma bajo Iván IV, invitan a comparaciones no solo con los déspotas orientales y los constructores de Estados occidentales, sino también con dos civilizaciones aparentemente remotas: la España imperial y el antiguo Israel.

Como España, Moscovia absorbió para la cristiandad el choque de invasores extranjeros y encontró su identidad nacional en la lucha por expulsarlos. Como en el caso de España, la causa militar se convirtió en una religiosa para Rusia. La autoridad política y la autoridad religiosa se entrelazaron; y el fanatismo resultante llevó a ambos países a convertirse en portavoces particularmente intensos de sus respectivas divisiones del cristianismo... Las jerarquías rusa y española fueron las más inflexibles con las iglesias occidentales y orientales, respectivamente, en oponerse a la reconciliación de las iglesias en Florencia en 1437-1439... Así comenzó la fascinación rusa con, y la imitación parcial de, la Inquisición Española... Siguió existiendo una extraña relación de amor-odio entre estos dos pueblos orgullosos, apasiona-

dos y supersticiosos – cada uno gobernado por un folclore improbable de heroísmo militar; cada uno animado por fuertes tradiciones de veneración a los santos locales; cada uno conservando hasta los tiempos modernos una rica tradición musical de lamentos folclóricos atonales primitivos; cada uno destinado a ser un caldo de cultivo para el anarquismo revolucionario y el lugar de una guerra civil con profundas implicaciones internacionales en el siglo XX...

Ortega y Gasset, uno de los españoles modernos más perspicaces, vio una extraña afinidad entre “España y Rusia, los dos extremos de la gran diagonal de Europa... semejantes en ser las dos razas ‘pueblo’, razas donde predomina la gente común”. En España no menos que en Rusia la minoría cultivada “tiembla” ante el pueblo... España estaba igualmente frustrada en su búsqueda de la libertad política, y “los dos extremos” de Europa desarrollaron sueños de liberación total, que llevaron a la minoría cultivada a la poesía, la anarquía, y la revolución». ⁷¹

En la esfera de la historia específicamente obrera, observamos notables influencias rusas en coyunturas decisivas en el desarrollo de la clase obrera española. La más conocida es quizás la visita en 1868 de Fanelli, el delegado bakuninista de la Primera Internacional, quien, en reuniones clandestinas en Barcelona y Madrid, ganó a la vanguardia del movimiento obrero español de la época para la facción de Bakunin de la Internacional, y estableció una hegemonía anarquista en capas clave del movimiento obrero español que duró hasta 1939. ⁷² Las impopulares y perdidas guerras extranjeras (la guerra ruso-japonesa de 1904-05, la guerra hispano-estadounidense de 1898 y la intervención marroquí de 1909) provocaron fermentos y revueltas obreras en ambos países: la Revolución rusa de 1905 y la «Semana Trágica» española en Barcelona en 1909. La Revolución rusa de 1917, sobre todo, tocó una fibra sensible en la clase obrera y el campesinado españoles como ningún

71. James H. Billington, *The Icon and the Axe: An Interpretative History of Russian Culture*, (Nueva York, 1966), pp. 69-71.

72. Sobre los orígenes de la influencia bakuninista en España, consultar por ejemplo, Murray Bookchin, *The Spanish Anarchists: The Heroic Years* (Nueva York, 1977) y E. H. Carr, *Bakunin* (Nueva York, 1961), especialmente pp. 444-445 para las batallas entre el bakuninismo y el marxismo en España y en la Primera Internacional.

acontecimiento extranjero antes o después: fue la chispa que desencadenó la incendiaria situación interna del país en los años de la «exaltación bolchevique», expresada en huelgas masivas y levantamientos campesinos que comenzaron con la mera llegada de noticias de los acontecimientos en Rusia.⁷³

Cuando el periodo insurreccional mundial de 1917-1920 había llegado a su fin, aislando a la Revolución rusa y preparando su inminente y masiva degeneración en el estalinismo, España permaneció en las garras del fermento de posguerra durante varios años más, pasando finalmente al pistolero de comienzos de los años veinte hasta el golpe de Primo de Rivera de 1923.⁷⁴ Pero la Revolución rusa había remodelado las líneas del movimiento obrero en todas partes, y la influencia de Rusia en España tomó ahora la forma del joven Partido Comunista de España (PCE), fundado en la ruptura internacional de 1920 a partir del ala izquierda del PSOE y ciertos elementos anarquistas y sindicalistas que se escindieron de la CNT⁷⁵ durante la Guerra civil española, entre ellos Andreu Nin, futuro líder del POUM durante la Guerra Civil Española y probablemente el líder obrero más distinguido del periodo de entreguerras en España. El PCE, como veremos más adelante, siguió siendo una secta marginal en la vida política y obrera española hasta que, bajo unas circunstancias y un liderazgo muy cambiados, se convirtió en un partido de masas, y no principalmente de trabajadores, en 1936-1939.

La siguiente fase de la osmosis hispano-rusa fue, por supuesto, la revolución y la guerra civil españolas de 1936-1939, la única otra revolución europea del siglo XX, aparte de la rusa, que estuvo remotamente cerca de consolidarse. El papel del PCE, del GPU y de la política exterior de Stalin en España es de sobra conocido y está documentado.⁷⁶ El PC español,

73. Para un relato sobre la «exaltación bolchevique» en el campo andaluz, ver Díaz del Moral, *op. cit.*, pp. 275 *et seq.*

74. Un buen retrato sobre el periodo del pistolero es Abel Paz, *Durruti: The People Armed* (Montreal, 1976), pp. 30-64.

75. La mejor historia general del periodo temprano del PCE, y su surgimiento desde diferentes corrientes en el seno del movimiento obrero español, es Gerald H. Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923* (Stanford, 1974).

76. Consultar Burnett Bolleton, *The Spanish Revolution* (Chapel Hill, 1979); también el testimonio clásico de George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, que en el mundo editorial estalinófilo de los años 40 solo pudo

como ha demostrado Burnett Bolleton en particular, pasó de ser una secta a un partido de masas en los últimos meses de 1936 con el prestigio que le otorgaron la ayuda y las armas soviéticas, y sobre todo con su llamamiento implícito, a veces explícito, a hacer retroceder los consejos obreros y las comunas campesinas que habían aparecido en Cataluña y Aragón en julio de 1936, una aparición en la que el PCE, por supuesto, no había desempeñado papel alguno.

Finalmente, fue el PCE el que estuvo en el centro de la vida obrera española en el periodo de clandestinidad de 1939-1975, como se discutirá ampliamente.⁷⁷

Hemos incluido una sección sobre la relación especial hispano-rusa en la historia de la clase obrera y la historia en general por razones específicas. Se podría argumentar, a primera vista, que no hay nada peculiar sobre la centralidad de la «cuestión rusa» en la política obrera española y europea después de 1917; se puede demostrar una centralidad similar en prácticamente todos los países importantes. Nuestra primera respuesta a este argumento es que, como hemos mostrado, la influencia «rusa» en la historia obrera española comenzó, en contraste con todo el norte de Europa, en 1868 y no en 1917. Pero también tenemos otros motivos. Del mismo modo que en el capítulo anterior nos ocupábamos de un «pasado suprimido» que vinculaba la cultura española moderna y la tradición obrera de la misma con el milenarismo de los siglos X y XI en Al-Ándalus, encontramos en el propio marxismo un «pasado suprimido» lleno de implicaciones para una interpretación de la relación hispano-rusa. En la última década de la vida de Marx, la «cuestión rusa» pasó a dominar cada vez más la atención de Marx, ya que, de hecho, el epicentro de la revolución europea se desplazaba cada vez más al corredor germano-polaco-ruso. La atención de Marx se enfocaba en dos aspectos interrelacionados de la vida rusa, la cuestión del modo asiático de producción, y la comuna campesina, el mir, que, dada la supervivencia de las tradiciones comunales rurales en España y la relación de la España islámica con el des-

ser publicado en una edición limitada de 200 copias.

77. Guy Hermet, *Los Comunistas en España* (Ruedo Ibérico, 1972), es la obra estándar sobre el periodo clandestino.

potismo oriental,⁷⁸ no carecían de importancia también para España. Lo que queremos establecer aquí, sin embargo, es que las influencias marxistas que llegaron a España a través del PSOE y luego a través del PCE eran un «marxismo» que a su vez descansaba sobre un pasado suprimido: las opiniones de Marx sobre la comuna campesina rusa, expresadas en sus relaciones de 1878-1881 con los populistas rusos, y las opiniones sobre el desarrollo capitalista explícitas en este indiscutible «Marx tardío».

Para gran consternación de Marx, la primera traducción del tomo I de *El Capital* apareció, no en un idioma de Europa Occidental como él había previsto, sino en ruso. Casi inmediatamente, los lectores y partidarios más atentos de Marx, aparte de los socialdemócratas alemanes, se encontraban en la *intelligentsia* revolucionaria rusa, en aquel momento todavía profundamente involucrada con la perspectiva populista de la revolución agraria. Los populistas contactaron a Marx a finales de la década de 1870, y se produjo una fascinante correspondencia en torno a la pregunta de los populistas: ¿puede Rusia tener una revolución sin haber atravesado el infierno de la industrialización capitalista? La respuesta de Marx a los populistas, expuesta con la mayor extensión en tres cartas a Vera Zasúlich escritas (y nunca enviadas) en 1879, constituyeron la primera declaración marxista sobre el aspecto social de la «cuestión rusa». (Marx había escrito mucho sobre el «gendarme de Europa» en sus análisis geopolíticos periodísticos). La respuesta de Marx habría asombrado a sus epígonos de la socialdemocracia alemana y posteriormente de la Segunda Internacional. Uno de los pasajes más famosos aparece en una carta anterior (1877) a un periódico ruso que había comentado favorablemente la obra de Marx y había aplicado su análisis de la acumulación originaria a las condiciones rusas.

Comentando la dirección de la sociedad rusa desde la emancipación de los siervos, un preludio a la producción mercantil plena en la esfera agrícola, Marx escribe:

«Si Rusia sigue por el camino que ha seguido desde 1861, perderá la mejor oportunidad que le haya ofrecido jamás la historia a una nación, y sufrirá todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista».⁷⁹

78. Consultar Karl Wittfogel, *Oriental Despotism: A Comparative Study in Total Power*, pp. 214-219.

79. Esta carta aparece en M. Rubel, ed. *Marx-Engels, die russische Kommune*, (Munich, 1972), p. 51. La

Mientras que, en los círculos socialdemócratas, un Bebel a principios de la década de 1890 ya podía decir que estaba a favor de cualquier cosa que avanzara el desarrollo del capitalismo (acelerando así el advenimiento del socialismo), Marx, en sus cartas a Zasúlich y a otros populistas, argumenta que Rusia, sobre la base de las comunas agrarias precapitalistas podía, si la revolución sucedía antes de la plena penetración en la agricultura de las relaciones mercantiles, saltarse completamente la fase capitalista de desarrollo y pasar directamente al comunismo. Marx incluso contempló la posibilidad de una revolución rusa sin una revolución simultánea en Occidente.

La importancia de esto para España es que, como indicamos antes, la visión polifacética de las virtudes de la civilización capitalista claramente presente en el enfoque de Marx sobre Rusia se perdió por completo en la década de 1890, cuando los primeros marxistas rusos, en su polémica contra la fase final y degenerada del populismo, importaron a Rusia la visión unilateral, lineal, progresista de la historia ya desarrollada por la socialdemocracia alemana. En manos de Bebel, Kautsky, Plejánov y Lenin, la teoría de Marx se transformó en una glorificación unilateral del desarrollo capitalista y en un verdadero elogio de las fuerzas productivas. Además, a través de la tradición lassalleana de la socialdemocracia alemana y más tarde a través de la práctica del Estado ruso, este productivismo se fusionó con una doctrina mercantilista-estatista de industrialización de los países subdesarrollados. En la persona de Largo Caballero y su relación con el Estado español, este discurso se fusionó extrañamente con el llamamiento de Joaquín Costa de finales del siglo XIX a un «cirujano de hierro» para modernizar España. Así, la variante española de lo que se llamó marxismo, desde el periodo 1898-1909 hasta los años 60, era una variante generada en el seno del movimiento obrero del llamamiento a transformar España en un país capitalista moderno. Como se verá, a través del PSOE y luego del PCE, sucesivamente bajo Maura, Primo de Rivera y Franco,⁸⁰ cumplió admirablemente esa tarea. En España, y obviamente no solo en España, el marxismo de la variedad alemana y más

correspondencia integral con Zasúlich aparece en las *Marx-Engels Werke*, vol. 19, pp. 384-406. La mejor discusión sobre el lugar del populismo ruso en la teoría marxiana es Jacques Camatte, «Bordiga et la Révolution Russe: Russie et Nécessité du Communisme», en *Invariance*, vol. 7, serie 2, n° 4 (1974). Consultar también R. Dunayevskaya, *Rosa Luxemburg* (1987), p. 180 *et seq.*

80. Sobre Costa y el impulso político de la Generación de 1898, consultar Carr, *op. cit.*, pp. 525-532.

tarde rusa fue una ideología para la transición a lo que analizaremos en el capítulo siguiente como la «subsunción real del capital». Lo que es diferente en España, en relación con el resto de Europa Occidental, es que la inusualmente larga hegemonía de la anterior tradición antiestatista y milenarista, hasta la Guerra Civil, y luego la imposibilidad total de su reconstitución con la disolución del franquismo, presenta una doble lección: por un lado, que el anarquismo y el sindicalismo, revolucionario o no, en varios países, fueron ideologías obreras posibles solo en la fase de la subsunción formal del capital, pero también que sostienen el espejo, de forma distorsionada, de las ideologías estatista-mercantilistas y productivistas de la socialdemocracia temprana y luego del comunismo que aparentemente las derrotó, cuando la disolución de este último al final de este proceso nos muestra claramente su verdadero papel histórico. La batalla del anarquismo contra el marxismo, tanto en 1890-1914 como, en el plano folclórico, más recientemente, es una batalla sin salida, pero, como hemos tratado de mostrar, la verdad «marxista» apenas estaba en un solo lado del debate en ese periodo anterior. Cuando el estatismo y el productivismo se han agotado, como hoy, es la perspectiva de Marx de la constitución de la comunidad humana material, como la negación y la superación del Estado, la perspectiva que informa su diálogo con el populismo ruso, la que vuelve como la verdad de un movimiento completamente derrotado.

Marx, en la última década de su vida, se obsesionó con la cuestión rusa. Esto se debió no solo a su inesperada audiencia en los populistas rusos, sino también, si Wittfogel está en lo cierto, a que había empezado a intuir la posibilidad de una «restauración asiática» a través de una revolución en Rusia, una restauración inquietantemente premonitoria del espectro que Lenin, en sus últimos discursos, intentaba exorcizar.⁸¹ En un nivel, el interés en la cuestión rusa era una trasposición de la anterior teoría de la revolución permanente, desarrollada en 1848-50 para describir el papel de la clase obrera alemana en relación con el «eslabón débil» del capitalismo ruso, al nuevo «eslabón débil» que estaba surgiendo en la zona de desarrollo germano-rusa. Pero había algo más en juego: era la sensación de Marx de que la marcha

81. Para la interpretación de Wittfogel de la última década de Marx y el espectro del despotismo asiático, consultar su *op. cit.*, 1981, *Introduction*; para las últimas advertencias de Lenin sobre lo mismo, consultar Wittfogel, pp. 398-401.

triunfal hacia el Este del capitalismo desde la Inglaterra del siglo XVII y a través del continente en las revoluciones de los siglos XVIII y XIX podría o bien toparse con barreras al desarrollo que no había anticipado en su trabajo anterior, o bien conducir a la situación anticipada en una carta a Engels, no sin relevancia hoy en día:

«Para nosotros, ésta es la difícil cuestión: en el continente la revolución es inminente y asumirá inmediatamente un carácter socialista; pero, ¿no se apagará necesariamente en este pequeño rincón del mundo, porque, en un terreno más amplio, el momento de la sociedad burguesa sigue en ascenso?»⁸²

Marx había llegado a la intuición de Donoso Cortés y Herzen: que el futuro de la civilización capitalista no se decidiría, como él mismo afirmaba a menudo en sus textos más conocidos, en el corazón del desarrollo capitalista, en la Inglaterra «que sostiene el espejo del futuro ante los demás países capitalistas», en Francia, o en Alemania, sino precisamente donde las relaciones capitalistas solo habían comenzado a penetrar o donde ni siquiera se habían constituido.

Los textos desconocidos de Marx sobre la comuna rusa y cuestiones afines no influyeron, obviamente, en la discusión socialista de estos asuntos en el siglo siguiente. De los socialistas europeos anteriores a 1914, solo Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek consideraron digna de interés la cuestión del desarrollo económico de las colonias y los movimientos sociales que surgieron en ellas. Sin embargo, en retrospectiva, tras la experiencia del estalinismo, y el carácter extremadamente frágil del desarrollo capitalista en casi todas partes fuera de las zonas en las que era dominante hace 120 años, la correspondencia Marx-Zasúlich y la tardía preocupación de Marx con Rusia y el mundo no occidental parecen casi proféticas. Además, arroja luz sobre la historia de la clase obrera española, y nos permite evaluar más de cerca el carácter peculiar del capitalismo español analizado en el cap. II.

En 1933 apareció en Madrid una obra de Carlos y Pedro Caba titulada *Andalucía, su comunismo y su cante jondo*. Aunque este libro está dedicado principalmente a un estudio de la historia y el contenido del flamenco, se hace eco

82. Carta del 8 de octubre de 1858, citada en Camatte, *op. cit.*, p. 16 (traducción propia).

de forma notable de muchas de las ideas de Billington sobre los paralelismos entre España y Rusia.⁸³ Señala la larga tradición milenaria en Andalucía, comenzando con las insurrecciones campesinas lideradas por los sufíes en los siglos X y XI contra el Califato de Córdoba;⁸⁴ rastrea las repercusiones de estos movimientos en las diversas corrientes marginales de pensamiento, cultura y fermento social de España en los siglos XV y XVI, corrientes forzadas a la clandestinidad por la monarquía Habsburgo, como ya hemos mencionado.

Los Cabas citan un elemento que Billington omitió: que el lamento folclórico atonal común a ambos países tenía una fuente común: los gitanos, que llegaron a España a finales del siglo XV tras su migración secular desde la India, que los había llevado al sur de Rusia en los siglos XI y XII.

Lo curioso de los gitanos, como han señalado varios comentaristas sobre la historia del flamenco, es que ellos mismos no tienen música; en la mayoría de países europeos donde se asentaron en el periodo renacentista, los gitanos son amusicales. En dos países, y solo en dos, su llegada sirvió de fermento a una música popular indígena, una música que, al menos en el caso de España, estaba vinculada a la rebelión campesina milenaria. Estos dos países son, por supuesto, España y la zona del sur de Rusia, que se extiende hasta los Balcanes.

Por supuesto, no podemos tratar aquí en profundidad el flamenco, por no hablar de la historia de los gitanos. Pero, ¿puede considerarse una simple coincidencia el hecho de que las dos provincias más occidentales de Andalucía, la zona de Jerez, desde donde el cante jondo estableció posteriormente su influencia en toda Andalucía (siendo el flamenco una música andaluza y no española, como se suele creer fuera de España), son las mismas provincias desde donde el flamenco en la década de 1890 extendió su influencia hasta convertirse en la corriente dominante en el movimiento obrero español en la década de 1930?⁸⁵ Nuestro punto, a efectos de este ensayo, es

83. Carlos y Pedro Caba, *Andalucía, su comunismo y su cante jondo*, Madrid, 1933. Pp. 40 *et. seq.*

84. *Ibid.* pp. 54-64.

85. Sobre los orígenes del flamenco en la zona en torno a Jerez, consultar Félix Grande, *Memorias del flamenco*, Madrid, 1979, vol. I, p. 283; sobre los orígenes del anarquismo en la misma zona, consultar T. Kaplan, *Los orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*, Barcelona, 1977; para una crítica de Kaplan, con-

precisamente lo que intentamos desarrollar en la sección II sobre el legado del desarrollo burgués español para el movimiento obrero posterior: la clase obrera y los movimientos campesinos españoles, particularmente en Andalucía y en la Barcelona influenciada por Andalucía, eran los herederos de una tradición revolucionaria milenaria que se remontaba a los siglos X y XI. España, como Rusia, tenía un componente «no occidental» decisivo en su historia, y era, como Rusia, un país que permaneció en cierto modo impermeable a los círculos concéntricos en expansión del desarrollo capitalista centrado, inicialmente, en la Inglaterra del siglo XVII. Finalmente, España, como Rusia, experimentó una dosis superior a la media de barbarie a mediados del siglo XX.

Si este análisis es correcto, entonces las tradiciones milenarias de revueltas precapitalistas, como las que se encuentran en la historia española y rusa, son más importantes para la formación de la clase obrera y de los movimientos socialistas que lo que se ha reconocido anteriormente, y en vista del hecho de que España y Rusia, solo en el siglo XX, tuvieron algo parecido a una revolución socialista, aún más. El mir campesino ruso, el milenio andaluz de un «comunismo primitivo» de la tierra, y los vestigios de una tradición comunal en Aragón (que resurgió con fuerza durante la Guerra Civil) sobrevivieron en España y Rusia hasta el siglo XX, y desempeñaron papeles importantes en las revoluciones española y rusa.

Los movimientos socialistas que surgieron de la Segunda y la III Internacional, por otro lado, rechazaron la importancia de estas tradiciones y abrazaron, como hemos argumentado, una afirmación unilateral de la industrialización capitalista más cercana a Smith y a Ricardo que a Marx. El movimiento socialista español asociado con el marxismo, primero en el PSOE y luego en el ascenso a la hegemonía del PCE después de 1936, quedó totalmente subsumido por esta última visión, un marxismo que era de hecho más la ideología de una revolución burguesa sustitutiva que una perspectiva para el comunismo. En el cap. V, rastreamos la absorción de este discurso estatista-mercantilista por el PSOE y luego por el PCE. Pero para entender por qué ocurrió esto, debemos comprender la naturaleza específica de la

sultar José Álvarez Junco, «Sobre el anarquismo y el movimiento obrero andaluz» en *Estudios de Historia Social*, números 10-11, 1979, pp. 275-297.

mutación del capitalismo a la que asistieron estos partidos, a cuyo análisis pasamos ahora.

IV. Subsunción formal y real del capital en el desarrollo económico español

«Siendo el mismo dinero la comunidad, no puede tolerar que nadie se coloque por encima de él». Marx, *Grundrisse* (1857)

El argumento desarrollado hasta ahora sigue las siguientes líneas. Primero intentamos mostrar cómo, después de 1973, el desmoronamiento de la economía mundial ha reformulado sustancialmente las mismas categorías con las que abordamos la militancia obrera, en España y en todas partes, para el periodo de finales de los 60 y comienzos de los 70. En particular, el movimiento obrero internacional, y por tanto por supuesto el movimiento español, quedó encerrado, por la hegemonía de los partidos comunistas de Europa Occidental, en el «universo de discurso» establecido en el estallido de 1917-1921 asociado con la Revolución rusa, y mucho más aún, en el fracaso de esa revolución. A continuación, intentamos demostrar que una peculiaridad de la historia española, en contraste con los países europeos más dominantes, es que una parte decisiva de su cultura política se asentó, no en el periodo emancipador de las revoluciones burguesas, sino en la Alta Edad Media, y en una consolidación burocrática del Estado que debilitó efectivamente la participación española en esas revoluciones, marcando decisivamente a los posteriores movimientos primero liberales y luego obreros. Este legado «milenario» tanto de alta cultura prerrenacentista como de tradiciones de revueltas campesinas en Andalucía le dio a España una afinidad especial con otro país «semieuropeo» en el otro extremo del continente, Rusia, un país que, después de 1890, y sobre todo de 1917, era el punto de referencia para el movimiento obrero mundial, para bien y, más tarde, para mal. Esta afinidad le dio a la historia obrera española tintes «rusos» que se remontaban al siglo XIX, en contraste con los movimientos obreros del norte de Europa, donde la Revolución rusa y la formación de la III Internacional entrecruzaron a las clases obreras surgidas de las tradiciones políticas ilustradas y posilustradas, y se fusionaron efectivamente con las alas izquierdistas

de las socialdemocracias indígenas, precisamente la corriente que brillaba por su ausencia en España.

El propósito de esta exposición, como se señala en el cap. III, es mostrar el papel del propio movimiento obrero en la propulsión al capitalismo español hacia una fase superior de desarrollo. Sin embargo, para demostrar como una ideología y una práctica engranan con algo, es necesario mostrar con qué engranan. Para ello es necesario echar un vistazo al desarrollo del propio capitalismo español.

El capitalismo, o al menos la participación directa en la industrialización europea del siglo XIX, llegó a España con el *boom* de la construcción ferroviaria de las décadas de 1850 y 1860, financiado por bancos británicos y aún más por bancos franceses.⁸⁶ Como se ha indicado en secciones anteriores, Cataluña y el País Vasco, por sus vínculos más estrechos con Europa del Norte, atravesaron formas de desarrollo aproximadamente análogas a las del norte de Italia, aunque constantemente frenadas por las partes más estancadas y atrasadas del país, sus exigencias arancelarias, y la burocracia estatal en Madrid. Cataluña desarrolló una vigorosa industria textil ya en la década de 1820, y el País Vasco producía acero, barcos y carbón para el mercado mundial en la década de 1880. No obstante, se trataba de focos locales dentro de una sociedad más amplia que seguía siendo mayoritariamente agraria, sumida además en una crisis por la depresión mundial de 1873 y las largas décadas de deflación, sobre todo de los precios agrícolas, que afectaron a la política de todos los países y que puso fin a la era del liberalismo mediante variaciones de la coalición «hierro y centeno» que impulsó el arancel alemán sobre el grano en 1879.⁸⁷ El liberalismo, como se ha indicado, nunca fue especialmente agresivo en España para empezar. Sus fuerzas habían tenido sus momentos a partir de 1808 pero, hacia la década de 1840, los liberales, como sus homólogos de otros países europeos, se estaban asustando por la creciente independencia de las clases trabajadoras urbanas y del campesinado

86. Joseph Harrison, *An Economic History of Modern Spain* (Manchester, 1978), cap. 3.

87. Para las configuraciones mundiales históricas, sociales y políticas engendradas por esta «gran deflación», consultar Hans Rosenberg, *Große Depression und Bismarckzeit* (Berlín, 1967); para los realineamientos específicos en España, consultar, I. Fernández de Castro, *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo, 1808-1966*, Ruedo Ibérico, 1968, pp. 88-116.

y tendían cada vez más a buscar un acuerdo con los poderosos estratos del Antiguo Régimen, los intereses terratenientes, la Iglesia, la aristocracia, y la burocracia estatal.⁸⁸ La hora final de este tipo de liberalismo decimonónico fue la revolución de 1868 y la posterior crisis, hasta que las luchas sociales de 1873-1874 establecieron las líneas maestras de la restauración que gobernó el país a través de un sistema de caciques locales hasta su descrédito en la crisis regeneracionista de 1898. Curiosamente, como resultado de las depresiones mundiales y la deflación del periodo 1873-1896, que empujaron a los capitalistas españoles a llegar a un acuerdo con los intereses terratenientes sobre política arancelaria, la estructura real de la población activa en España permaneció casi inalterada durante un periodo de 35 años, cambiando solo del 11 al 16% de empleados en la industria y del 70 al 66% de empleados en la agricultura entre 1877 y 1910.⁸⁹

Se trataba de un proceso social y económico de alcance mundial. El efecto de la entrada en el mercado mundial de los nuevos sectores agrícolas altamente productivos de Australia, Argentina, los Estados Unidos y Rusia, junto con la gran reducción de los costes de transporte,⁹⁰ no fue simplemente un acontecimiento agrícola o incluso económico. Su efecto social fue el de poner en crisis a los sectores agrarios de todos los productores más débiles, desplazando a millones de campesinos en toda Europa, un desplazamiento que aceleró la emigración de estos campesinos a América del Norte y del Sur. Tal emigración fue, para España en este periodo, una válvula de escape social de primer orden. A escala mundial, este drástico abaratamiento del coste de los alimentos tuvo el efecto adicional de abaratar el coste de reproducción de la fuerza de trabajo. En muchos países, el nivel de vida de la clase obrera aumentó incluso cuando los salarios nominales disminuyeron.

Este abaratamiento general de los componentes reproductivos básicos del coste salarial de la clase obrera anunció un nuevo periodo de acumulación que entonces solo estaba en su infancia en países avanzados como EEUU o Alemania, donde la intensificación técnica de la producción, en contraposi-

88. *Ibid*, caps. 1-4.

89. Harrison, *op. cit.*, p. 69.

90. En 1880, era más barato importar trigo a Barcelona desde Canadá o Argentina que traerlo desde 100 millas al interior del país.

ción con el alargamiento de la jornada laboral, hizo posible aumentar significativamente el contenido material del consumo de la clase obrera incluso cuando la participación de la clase obrera en el producto social total se mantuvo constante o disminuyó. Este fue el umbral de transición entre dos fases de acumulación capitalista, sus formas «intensiva» y «extensiva», o lo que Marx llamaba la subsunción «formal» y «real» del capital sobre el trabajo.⁹¹

La transición entre estas dos épocas fue un proceso largo y doloroso, que abarcó desde la «gran deflación» de 1873-1896 hasta la consolidación de la hegemonía mundial estadounidense en 1945. Alemania y EEUU, en el periodo 1933-1945, fueron los dos primeros países que renovaron sus instituciones domésticas para cumplir plenamente esta fase.⁹² Y aunque la subsunción real no llegó a España hasta la liberalización de 1958-1973 bajo Franco, esta, como todos los demás países capitalistas débilmente desarrollados después de 1873, también tuvo que adoptar sus instituciones al nuevo régimen internacional.

91. Claramente no podemos entrar en una exposición detallada de estas distinciones económicas aquí. Para la distinción entre acumulación extensiva e intensiva y la coyuntura posterior a 1873 como el punto de inflexión a escala mundial, consultar A. Predöhl, *Aussenwirtschaft: Weltwirtschaft, Handelspolitik und Währungspolitik* (1849), pp. 101-136. Para la distinción entre subsunción formal y real del capital sobre el trabajo, consultar K. Marx, «Resultados del Proceso Inmediato de Producción», el 6º capítulo no publicado de *El Capital*. Para Marx, la subsunción real del capital sobre el trabajo es esa fase del desarrollo que reduce el trabajo humano a la forma abstracta de la intercambiabilidad; de ahí, en el periodo posterior a 1873, la centralidad del taylorismo y la racionalización. Estamos ampliando la definición de Marx, más allá de esta expurgación de elementos artesanales vestigiales en diferentes formas de producción masiva, con la idea de la recomposición del trabajador total a través del abaratamiento del coste material del consumo y el consiguiente desplazamiento, visible en EEUU y Alemania desde la década de 1880 en adelante, a lo que Marx llamaba «Departamento II» o los bienes de consumo como fuente de acumulación, con los bienes de consumo duradero convirtiéndose en una parte cada vez mayor del consumo de la clase obrera. El automóvil, tanto en sus técnicas de producción masiva como por su carácter de bien de consumo duradero, es el paradigma de esta nueva fase de acumulación. Para un análisis de la transformación de la economía estadounidense en esta fase, consultar M. Aglieta, *Theory of Capitalist Regulation*, NLB, 1979. Para una aplicación del concepto de subsunción real al desarrollo español posterior a 1958, consultar C. Brendel/H. Simon, *De l'antifranquisme a l'apres-franquisme*, París, 1979, pp. 29 *et seq.*

92. La superioridad de la variante estadounidense de este nuevo régimen sobre la alemana se extendió, por supuesto, a Alemania, y al resto de Europa Occidental, después de 1945.

Si, por un momento, nos apartáramos de la historia y elaboráramos caracterizaciones abstractas de la subsunción formal y real, serían las siguientes:

Subsunción Formal (Acumulación extensiva)	Subsunción Real (Acumulación intensiva)
1. Sindicatos combatidos	1. Sindicatos tolerados, promovidos
2. Parlamentarismo	2. Burocracia estatal
3. No militarista	3. Militarismo
4. Colonialismo	4. Imperialismo
5. Profesiones liberales	5. Profesiones técnicas
6. Campesinos convertidos en obreros	6. Expansión del sector terciario
7. Estado como consumidor mínimo (en % del PNB)	7. Estado como consumidor importante
8. Capitalismo <i>laissez-faire</i>	8. Concentración, regulación
9. Papel secundario del capital financiero	9. Hegemonía del capital financiero
10. Ratio de Interrelación Financiera ⁹³ (RIF) bajo	10. RIF alto
11. Patrón oro (Ricardo)	11. Dinero fiat (Keynes, Schacht)
12. Clase obrera como clase paria	12. «Comunidad del trabajo» ⁹⁴

93. El «ratio de interrelación financiera» mide los activos fijos en la industria manufacturera en relación con el total de activos en finanza y bienes inmuebles. En la fase temprana de la industrialización, evidentemente predominaba la manufactura. En Gran Bretaña, los activos financieros e inmobiliarios la superaron en torno a 1900; en EEUU, en los años 30. A partir de este momento, una parte cada vez mayor del nuevo excedente generado por la intensificación técnica es reclamada por los beneficios de los activos financieros y de alquiler. España entró en esta fase solo a finales de los años 60.

94. La glorificación del trabajo, común a las ideologías fascista, estalinista, y frentepopulista/*New Deal* de los años 30, fue el hilo ideológico común que movilizó a la clase obrera para esta nueva fase de acumulación en el periodo de entreguerras. Este fenómeno poco estudiado, expresado en el *dopolavoro* italiano, la campaña de la *Kraft durch Freude* nazi y en el arte realista social de la escuela estalinista, o en aquél generado por el *New Deal* estadounidense, era la forma condensada del consumo de masas que, después de 1945, alcanzó su forma difusa en la ideología del consumo de masas de la «sociedad opulenta».

13. Urbanización	13. Suburbanización
14. Plusvalía absoluta ⁹⁵	14. Plusvalía relativa
15. Acumulación primitiva a partir de los pequeños productores	15. Acumulación primitiva mediante la especulación salarial interna
16. El trabajo conserva aspectos artesanales	16. Racionalización, taylorismo
17. Luchas laborales para reducir la jornada laboral	17. Intensificación técnica del proceso laboral

Precisamente porque la acumulación capitalista es un sistema mundial, sería sorprendente encontrar todas estas características en un solo país, o una única ruptura en la historia de un país que marque la transición entre una y otra. De nuevo, podemos periodizar la transición para los grandes países capitalistas como sigue:

Estados Unidos

Alemania 1890-1914-1929-1933-1945

(Gran Bretaña)⁹⁶

Francia 1944-1958

Italia 1945-1958

España 1939-1958

Lo que llama inmediatamente la atención de esta esquematización es que separa a los tres países, EEUU, Gran Bretaña y Alemania, que eran las grandes potencias industriales en 1900 de aquellos países que todavía tenían grandes poblaciones de campesinos minifundistas en 1945, (o, en el caso de España, campesinos y jornaleros rurales) que todavía podían servir como reserva de mano de obra barata para el desarrollo industrial. Observamos,

95. La plusvalía absoluta, para Marx, se obtiene alargando la jornada laboral por encima del tiempo de reproducción del trabajo empleado; la plusvalía relativa se obtiene mediante la intensificación técnica del proceso productivo, es decir, aumentando la productividad del trabajo.

96. Gran Bretaña, como el primer país industrial, y debido a su especial posición rentista en la economía mundial después de 1900, nunca afectó realmente a la transformación a la intensificación del proceso de producción en la misma escala que Alemania o EEUU, pero su evolución de las formas «estatistas del bienestar» a la fase de la subsunción real nos obliga a incluirla en el primer grupo.

además, que el segundo grupo incluye exclusivamente países que protegían a sus campesinos detrás de grandes barreras arancelarias en 1873-1896, mientras que el primero o bien tenían agriculturas modernas al inicio de la crisis o bien se modernizó efectivamente durante la crisis. Pero, y quizás lo más significativo, observamos que los tres países que atravesaron la transición más larga desde una posición de fortaleza industrial a comienzos del siglo XX fueron precisamente los caracterizados por organizaciones socialdemócratas obreras «no ideológicas» después de 1945-1952, mientras que los tres países de la transición más tardía fueron caracterizados por partidos comunistas de masas, partidos que, en consonancia con el análisis general, entraron en crisis precisamente cuando la subsunción real se completó.

Aquí caben muchas reflexiones de naturaleza económica e histórica; nuestro tratamiento resumido de este problema plantea, en efecto, más preguntas que respuestas. España, como ya se ha indicado, estaba tan atrasada en comparación con los productores industriales y agrícolas avanzados en 1873-1896 que poco consiguió, antes de la Primera Guerra Mundial, más allá de unirse al movimiento mundial en favor de altos muros arancelarios para su industria y agricultura.⁹⁷ El boom experimentado por la España no beligerante en 1914-1919 impulsó al país hacia adelante,⁹⁸ pero también desencadenó una crisis social a partir de 1917 que se resolvió en 1923 con un golpe militar. A partir de entonces, Primo de Rivera, junto con Salazar y Mussolini, emprendió el tipo de desarrollos infraestructurales que fueron el fuerte de los regímenes fascistas y corporativistas del periodo de entreguerras.⁹⁹ De hecho, el desarrollo de infraestructura fascista-corporativista, y la renovación de instituciones económicas estatales que lo acompañó, parecen haber sido el preludeo directo de la integración completa de estos países en la nueva fase de acumulación que comenzó en 1945. El holding estatal español, el Instituto Nacional de Industria (INI), se fundó en 1941 siguiendo el modelo italiano del IRI de Mussolini. En el periodo 1939-1958, España conservó las instituciones estatistas de la autarquía fascista de entreguerras,

97. Sobre este periodo temprano, consultar Juan Muñoz et al. «La vía nacionalista del capitalismo español», una serie de tres partes en Cuadernos Económicos del ICE, números 5-8, 1978.

98. Este periodo está cubierto por S. Roldán et al. *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, 2 vols., Madrid 1973.

99. Consultar Juan Velarde, *La economía política de la dictadura*, Madrid 1968.

que llevaron al país al borde de la quiebra en 1956-58.¹⁰⁰ En la medida en que este último año fue decisivo para la transición que nos ocupa en Francia, Bélgica, Italia y España, puede ser útil precisar su significado.

El propio Franco aparentemente creía que, para erradicar el anarquismo en España, era necesario resolver el problema de la mano de obra rural en Andalucía. Para que el relato del desarrollo económico español concuerde con los capítulos anteriores y posteriores, hay que ver que la migración de la mano de obra andaluza, primero internamente y luego, después de 1958, a Europa del Norte, fue la realidad demográfica decisiva de la vida española tras la Guerra Civil.¹⁰¹ La internacionalización de la economía mundial después de 1945 creó una situación que disolvía cada vez más las distintas vías nacionales de desarrollo económico hasta la crisis de 1929-1945; el campo español se despobló tanto por la demanda de mano de obra en Frankfurt y París como por una demanda similar en los suburbios de Barcelona. Mientras que Gran Bretaña, EEUU y Alemania fueron capaces de desplazar la acumulación hacia el tipo de bienes de consumo duraderos del «Departamento II» para la clase obrera, centrales para la concepción de la subsunción real, junto con una solución interna para sus sectores agrícolas nacionales, las posibilidades abiertas para la exportación de fuerza de trabajo a mercados laborales externos después de 1958 hizo posible que países como España (y también Italia) pasaran a la nueva fase de acumulación mientras dejaban intactas grandes estructuras agrarias arcaicas, al mismo tiempo que el campo se despoblaba gravemente, al menos de varones adultos. En 1970, el 35% del PIB español provenía de la industria, y el 50% del sector servicios; en 1980, estas cifras habían aumentado al 36 y el 56%, respectivamente.¹⁰² En cuanto a la estructura de la población activa, esto se tradujo en una disminución de la población agrícola del 50,5% del total en 1940 al 22,9% en 1975, mientras que la industria aumentó su participación del 22,1 al 36,8%, y los servicios del 27,4 al 40,3%.¹⁰³

100. Sobre esta casi quiebra, consultar Charles Anderson, *Political Economy of Modern Spain*, 1970, pp. 92-116.

101. David D. Gregory, *La odisea andaluza. Una emigración hacia Europa*. Madrid, 1978.

102. *Estudios Económicos de la OCDE: España*, 1971, 1981.

103. Harrison, *op. cit.*, p. 150.

En resumen, Maura y los regeneracionistas de 1898-1909, y Primo de Rivera en el desarrollo infraestructural de 1923-31, solo fueron capaces de sentar las bases para la transición integral llevada a cabo por Franco en 1958-1973, y eso en una economía mucho más internacionalizada que la que existía antes de la Segunda Guerra Mundial. Pero para entender el impacto de estos desarrollos en las distintas corrientes del movimiento obrero español, es decir, para entender que el programa del PCE y del PSOE después de 1977 fue el cumplimiento del programa de Primo de Rivera de 1923-31, es necesario ver el papel del trabajo español en la transición a la subsunción real.

V. Anarcosindicalismo y la transición a la subsunción real del capital en la historia obrera española

Con la visita del anarquista italiano Fanelli a Barcelona y Madrid en 1868, una importante vanguardia de organizadores de la clase obrera española fue ganada para la facción bakuninista de la Primera Internacional. En del contexto internacional de la época, este éxito se sitúa en una esfera más amplia de lealtad anarquista que tuvo un duradero impacto no solo en España, sino también en Francia, Italia, Rusia y Latinoamérica.

El anarquismo no fue la única corriente obrera que se abrió paso en España en este periodo. El marxismo también llegó con Paul Lafargue, enviado en 1871 a buscar cofaccionarios para la batalla en el seno de la Internacional contra Bakunin, que tuvo menos éxito que Fanelli pero que estableció una hegemonía socialista en Madrid y el País Vasco, que se convertirían en bastiones marxistas con la misma firmeza con la que Andalucía y Cataluña se ganaron para el anarquismo. No cabe duda de que hay razones históricas para estos alíneamientos regionales, que no exploraremos aquí. El Partido Socialista Obrero Español (PSOE), fundado en 1879; la Unión General de Trabajadores, en 1882. Las corrientes anarquistas no fueron capaces de fundar la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) hasta 1911, y la Federación Anarquista Ibérica (FAI), la expresión «política» o insurreccional del anarquismo, no se fundó hasta 1927 en clandestinidad.

A pesar de la violencia de la lucha de clases tanto en el campo como en Barcelona a finales del siglo XIX y comienzos del XX, ni el PSOE-UGT ni, después, la CNT-FAI, podían describirse como organizaciones poderosas en este primer periodo del mismo modo que el SPD alemán y sus sindicatos, en 1910, eran poderosos. Como se ha indicado anteriormente, hasta la insurrección de la Semana Trágica de 1909 en Barcelona, el republicanismo radical seguía siendo una fuerza potente dentro de la clase obrera española y de los artesanos urbanos, esta última una categoría importante para Cataluña. Dado que los anarquistas evitaban específicamente la política, la violencia de las huelgas y las insurrecciones potenciales de 1909 y 1917-1923 atemorizaron profundamente a la burguesía española y a los intereses terratenientes, pero no amenazaron directamente al poder del Estado de la forma en que lo hicieron, por ejemplo, las revoluciones de 1905 o 1917 en Rusia.

España no fue el único país en el que el anarquismo compitió con un partido socialista afiliado con la Segunda Internacional antes de la Primera Guerra Mundial. El anarquismo, el anarcosindicalismo, y el sindicalismo revolucionario surgieron y jugaron papeles importantes en casi todos los países excepto en el centro de Europa (Alemania, Austro-Hungría) donde la «joya de la corona» de los partidos de la Segunda Internacional, el SPD alemán, ejercía la hegemonía. Basta recordar la Carta de Amiens de 1906 de la CGT francesa, un sindicalismo militante inglés, escocés e irlandés, inspirado por el marxista americano Daniel de León, el anarcosindicalismo italiano, y el anarquismo ruso, que se desarrolló como una importante corriente obrera hasta 1920-21. En un contexto más amplio, hay que incluir el anarcosindicalismo prevalente en las clases obreras de México, Brasil y Argentina. (Lo curioso sobre España en este contexto es la cualidad mayoritaria del movimiento anarquista, que la diferencia de todos los países europeos). A lo largo del mundo capitalista, desde 1905 hasta el desenlace del movimiento obrero clásico en el *annus mirabilis* de 1919, el anarquismo podía parecer a mucha gente, en ambos lados de la línea de clases, una amenaza tan seria al sistema capitalista como el socialismo marxiano.

El punto de inflexión en la historia del anarquismo y del sindicalismo revolucionario fue la Primera Guerra Mundial, que lo puso, como a todas las otras corrientes obreras, a una prueba de fuego de la que nunca se recuperó.

Este no fue obviamente el caso en la España no beligerante, que disfrutó de 1914 a 1919 de un *boom* económico casi frenético basado en la demanda mundial de material de guerra, un *boom* que también creó las condiciones, a través de la inflación y una alta demanda de mano de obra, que en 1917 desencadenó el largo periodo de huelgas y de fermento obrero que solo terminó con el golpe militar de Primo de Rivera en 1923. La CNT disfrutó de sus mejores momentos antes de 1936 en este fermento, hasta que la desorganización y la faccionalización interna en el seno del propio movimiento, ayudadas por un buen número de provocadores, llevó a la oleada de asesinatos tanto de empresarios como de figuras faccionales rivales dentro de la CNT del pistolero barcelonés a principios de los años 20.

Pero el anarquismo y el sindicalismo revolucionario de preguerra en el periodo de 1914-1920, en España e internacionalmente, se vieron afectados por algo más que la cuestión de la Primera Guerra Mundial. La guerra misma se había cobrado un alto precio, quizá el mejor ejemplo de ello la conversión de julio de 1914 del sindicalista revolucionario francés Gustave Hervé, editor del periódico obrero *La Guerre sociale*, a la tricolor. La mayoría de sindicalistas revolucionarios en Francia, que semanas antes habían estado predicando el pacifismo revolucionario ante la guerra y alardeando los méritos de la huelga general para prevenirla, siguieron su ejemplo. El estatus no beligerante de España probablemente salvó a la CNT de al menos una importante escisión en esta cuestión. Lo que empujó al anarcosindicalismo español internacional a su día del juicio histórico, por encima y más allá de este inesperado arrebatado de patriotismo, fue la Revolución rusa, la formación de la nueva Internacional Comunista a partir de esa revolución, y, de forma más sutil pero probablemente a largo plazo más fatídica, las transformaciones del Estado y la economía capitalista que trajo consigo la guerra.¹⁰⁴ La repentina necesidad, en 1914, en todos los países beligerantes, de ganarse la lealtad (o más precisamente, de cimentar, en la medida en que esta lealtad se ofrecía fácilmente) de las corrientes de derecha y de centro de los partidos políticos y sindicatos obreros en la mayoría de los casos llevó a los sindicatos de su anterior estatus intocable a posiciones dentro de los gobiernos. La rápida creación de las administraciones de guerra llevó por primera vez en la historia a los funcionarios sindicales a las juntas laborales del Estado.

104. Sobre la relación CNT-Comintern tras la guerra, consultar Meaker, *op. cit.*, pp. 442-446.

No puede ser casualidad que Franklin D. Roosevelt, John Maynard Keynes, Jean Monnet, Hjalmar Schacht y Walter Rathenau, cinco figuras íntimamente relacionadas con la mutación del Estado capitalista después de la Primera Guerra Mundial, pasaran los años 1914-1918 al servicio de las juntas administrativas de guerra de sus respectivos países. Fue la Primera Guerra Mundial la que llevó a su punto álgido a todas las corrientes corporativistas implícitas en las ideologías socialdemócratas, laboristas y mutualistas de preguerra. Cuando, en 1924, la ola revolucionaria había menguado en Europa, se encontraban en países tan diferentes en sus regímenes como Rusia, Italia y México burocracias estatales en cuya creación antiguos sindicalistas habían desempeñado un papel no pequeño.¹⁰⁵

En España, la situación era diferente. El anarquismo español ni se vio sometido a la prueba de la participación en la guerra, ni el Estado español fue renovado para la participación laboral a gran escala. En el estatus neutral de España, y todo lo que implicaba políticamente para el movimiento obrero —el PSOE, por su parte, era definitivamente pro-aliado y tenía una importante corriente intervencionista— tenemos quizás la primera aproximación a la anomalía de posguerra de que solo en España, en 1924, el anarquismo y el sindicalismo revolucionario no había desaparecido como un fenómeno de masas.

Pero hay un ingrediente más en este proceso, y uno que muestra el mismo carácter anómalo de España. Fue, en 1919-1920, la entrada a gran escala de anarquistas y sindicalistas revolucionarios en todo el mundo en los recién formados Partidos Comunistas de la Tercera Internacional. Lenin y Trotsky alentaron en estos primeros años una política de fusión con lo «mejor de los anarquistas», y la relación entre el bolchevismo y el anarquismo, en los años 1919-1921, permaneció de hecho lo suficientemente fluida como para que algunos anarquistas de Petrogrado pudieran ser movilizados para el asalto en Kronstadt en marzo de 1921. La IWW en EEUU, los sindicalistas revolucionarios en Gran Bretaña, Escocia y Francia, la «ultraizquierda» germano-holandesa en torno a Pannekoek y Gorter que se formó en la re-

105. Para el papel más curioso y profundamente ilustrativo del sindicalismo en la mutación de posguerra del Estado capitalista, consultar David D. Roberts, *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism* (Chapel Hill, 1979):

sistencia clandestina a la Primera Guerra Mundial, y elementos importantes de la CNT acudieron en masa a los inicios de la III Internacional. Si tenían alguna duda sobre trabajar con los bolcheviques, la aparición de *El Estado y la Revolución* de Lenin disipó muchas de ellas. En España, en particular, el joven Andreu Nin, que salió de la CNT, ayudó a formar el nuevo Partido Comunista de España, y, tras la estalinización de la Comintern, lo abandonó para convertirse en un líder del POUM, centroizquierdista, hasta su asesinato por la GPU en 1937.

En el trasfondo de estos acontecimientos en España, hay que tener presente el fenómeno de la «exaltación bolchevique» que golpeó al país con la noticia de las dos revoluciones rusas de 1917, descritas por Díaz del Moral. La noticia de la Revolución rusa, al estallar el sexenio de agitación obrera, fue suficiente para desencadenar levantamientos campesinos en Andalucía. Nos encontramos aquí en medio de la conexión hispano-rusa descrita en el cap. III, porque en ningún momento de la historia las décadas de influencia rusa en la tradición obrera española se acercaron tanto a la expectación milenarista y a la actividad insurreccional como en 1917-1920.

Sin embargo, a pesar de ello, y por el mismo conjunto de razones que evitaron al movimiento obrero español la prueba de la Primera Guerra Mundial, el Partido Comunista de España (PCE), desde 1920 hasta 1936, fue poco más que una secta, con un número de afiliados tan bajo como varios miles en 1931. Un ala izquierda se escindió del PSOE por la postura aliadófila de la mayoría y por el comportamiento de la dirección en la crisis interna que comenzó en 1917, fusionándose con las corrientes que, como Nin, desertaron de la CNT. (De hecho, la propia CNT se afilió brevemente a la Profintern, la organización sindical de la III Internacional).

Para ver la relación entre estos desarrollos y el argumento desarrollado en secciones anteriores sobre la vocación estatista del movimiento obrero dominante, debemos dirigir ahora nuestra atención hacia el rival del anarquismo español, el PSOE. Es necesario mostrar, tanto a efectos del periodo considerado como de los desarrollos posteriores a 1939, que las corrientes socialdemócratas y después comunistas del movimiento obrero español (como el movimiento obrero en cualquier otra parte del mundo capitalista avanzado) fueron el envés, a veces subterráneo, a veces explícito, del desa-

rrollo del Estado capitalista moderno, el Estado que es la expresión política de la mutación que hemos llamado la «subsunción real del capital».

El PSOE, desde su fundación en 1879 hasta la dictadura de Primo de Rivera en 1923, fue, como otras socialdemocracias en el mundo hispanohablante (Chile y Argentina son los mejores ejemplos) poco más que una organización parlamentaria de izquierdas en su concepción política, difícil de distinguir de la masonería (y los masones eran miembros destacados de tales partidos). Este parlamentarismo probablemente tuvo un papel importante a la hora de limitar el atractivo del PSOE para los trabajadores españoles atraídos por el anarquismo, del mismo modo que el parlamentarismo de la SFIO en Francia empujó a muchos trabajadores franceses hacia la «acción directa» de la CGT. Lo curioso del PSOE eran sus apetitos estatistas especialmente pronunciados. En 1908, el joven Largo Caballero, quien más tarde dirigió al partido, tanto bajo Primo de Rivera como en la Segunda República y en la Guerra Civil, dirigió el Instituto de Reformas Sociales, un instituto que tenía una relación semioficial con el Estado y cuyas actividades consistían tanto en el estudio de las condiciones de la clase obrera como a la elaboración de legislación laboral. Era, en la Europa de su tiempo, el instituto más avanzado de su tiempo, en cierto sentido incluso por delante de los Webbs en Inglaterra. Con el golpe de Primo de Rivera de 1923, el IRS fue absorbido directamente por el Ministerio de Trabajo.

Lo que siguió fue uno de los capítulos más curiosos de la historia obrera española, una con muchas implicaciones para comprender el periodo posterior a 1939 y, particularmente, el periodo de 1958-1973. Los intentos de Maura, durante su mandato como Presidente del Consejo de Ministros, de la creación de un Estado capitalista moderno, tuvieron escasos efectos concretos, y del mismo modo la legislación propuesta por el IRS (parte de la cual, relativa a las condiciones y las jornadas laborales, se convirtió en ley) quedó esencialmente en papel mojado. Políticos como Cambó, con más sentido que Maura sobre la necesidad de trabajar con el movimiento obrero, nunca obtuvieron poder efectivo. Pero después de las medidas temporales del periodo de 1914-1918, Primo de Rivera, a partir de 1923, estuvo en condiciones de avanzar con más fuerza en las direcciones únicamente esbozadas por Maura. La política económica de Primo de Rivera se inspiró esencialmente

en la de Mussolini, que había tomado el poder en Italia en 1922. Las actividades del Estado español en el periodo de 1921-1931 son análogas a las del Estado italiano y a las del Estado portugués bajo Salazar después de 1926: el desarrollo de infraestructura. Ninguno de estos regímenes destacó, en este periodo, por su éxito en promover el desarrollo industrial directamente, pero, como el de Mussolini o el de Salazar, el gobierno de Primo de Rivera sí implicó al Estado español en el desarrollo de carreteras, la construcción de embalses, la modernización de las vías ferroviarias y otras precondiciones para el crecimiento industrial moderno.¹⁰⁶ Se nacionalizó la industria del gas natural. Lo que, sin embargo, distinguió a Primo de Rivera de sus homólogos portugués e italiano, fue un serio intento de involucrar al PSOE en una relación semioficial con el régimen.¹⁰⁷ Para ello, el gobierno español, a través del recién incorporado Instituto de Reformas Sociales, promulgó legislación laboral corporativista, de la cual la más significativa fue la creación de consejos de fábrica, anticpos de la *Mitbestimmung* y la autogestión.¹⁰⁸

Esta relación cercana entre Primo de Rivera y Largo Caballero fue, entre las dictaduras europeas que surgieron a principios de los años veinte, probablemente única, tal vez más paralela a la relación entre Pilsudski y los sindicatos polacos. Creó un profundo rencor en la CNT, el PCE, y el ala izquierda del PSOE, muchos de cuyos militantes se vieron obligados a pasar a la clandestinidad o al exilio en este periodo. Tras el colapso de la dictadura y la monarquía en 1931, el PSOE se vio obligado a seguir al fermento social hacia la izquierda, y Largo Caballero disfrutó de un breve periodo en 1936-37 como el candidato al «Lenin español», aunque poco salió de ello. La cuestión es que, tras los tanteos muy elementales hacia una política laboral de este tipo en el periodo de 1898-1909, el corporativismo de tipo explícito llegó a España en 1923-1931. Retomando la narración anterior de la historia de las corrientes revolucionarias en el movimiento obrero español, lo que es significativo para el arco general de la historia obrera del siglo XX, para la

106. Una buena explicación sobre la política económica de este periodo es Juan Velarde Fuertes, *La economía política de la dictadura*, Madrid 1973.

107. Consultar Carr, op. cit., pp. 565-574; también Simone Comes, *L'organisation corporative de l'industrie en Espagne*, París 1937.

108. En la Europa posterior a la Primera Guerra Mundial no faltaban modelos que imitar, sobre todo las *Betriebsräte* alemanas incluidas en la Constitución de Weimar.

confluencia de estas corrientes estatistas, que en 1909 y 1923-1931 eran minoritarias, con las organizaciones obreras españolas dominantes en el periodo de la Segunda República (1931-1939). La agencia para esta convergencia fue el PCE, que tras su estatus ultraizquierdista y sectario durante la mayor parte de 1920-1936, creció casi de la noche a la mañana hasta convertirse en un partido de masas, en condiciones muy cambiadas, en 1936-1937.

Lo que es significativo en este desarrollo es que, tras la ruptura revolucionaria de 1917-1921 que produjo los primeros partidos comunistas a partir de la fusión, en cada país, de socialistas de izquierda y sindicalistas revolucionarios o anarquistas, el reflujo posterior a 1921 relegó a los partidos de la Comintern a un largo periodo de marginalización y, mucho peor, de degeneración. La «bolchevización» o «zinovievización» de cada partido de Europa Occidental después de 1922, en particular, expulsó a los mismos elementos sindicalistas revolucionarios que se habían unido a los PCs en 1919-1920. Nin en España, y Monatte y Rosmer en Francia, son los ejemplos más conocidos de este fenómeno. No por casualidad, ya fuera en 1923-1924 o con la derrota final de la Oposición de Izquierda Internacional en la Comintern en 1928, estos elementos pasaron a convertirse en el núcleo del movimiento trotskista. Para figuras como Monatte, la futilidad de sus esfuerzos para reconstituir el sindicalismo revolucionario anterior a 1914 no hacía sino subrayar el cambio fundamental que había rehecho de arriba a abajo las condiciones de la lucha obrera. La historia no está completa, sin embargo, hasta la época del Frente Popular, de los movimientos de resistencia de la Segunda Guerra Mundial, y de los gobiernos de «reconstrucción nacional» posteriores a 1945, cuando los partidos comunistas marginales del infame «Tercer Periodo» (el Tercer Periodo de los errores de la Comintern, como lo llamó Trotsky) de 1928-1934 crecieron hasta convertirse en partidos de masas en el contexto de una alianza «antifascista» con el «ala progresista de la burguesía». Es aquí, en diferentes fases en diferentes países pero en todas partes, esencialmente de forma idéntica, cuando se cierra el círculo de la implicación de los partidos socialistas y comunistas, y de sus sindicatos, en la transformación del Estado capitalista para la nueva fase de acumulación, comenzando después de 1945, que hemos caracterizado como la subsunción real del capital.¹⁰⁹ Lo que en el periodo 1898-1909 de la política española fue

109. Para un análisis de los partidos socialistas y comunistas franceses en el Frente Popular, que intenta

apenas insinuado, lo que se implementó como corporativismo en la curiosa relación entre Primo de Rivera y Largo Caballero en 1923-1931, se convirtió en 1935-1947 en el carácter de los partidos socialdemócratas y comunistas de masas en Europa Occidental. Si el análisis económico presentado en la sección anterior es correcto, las condiciones avanzadas de la subsunción real que prevalecían en los países más industrializados como Alemania, Gran Bretaña y EEUU prescribían una forma más «socialdemócrata» de implicación corporativista con el Estado;¹¹⁰ en los países, como Italia Francia y España, que no llegaron a la fase de subsunción real hasta los años 50, y en particular después de la renovación de Europa para el Mercado Común y la inversión estadounidense a gran escala después de 1958, esta mutación tomó una forma «comunista». Pero una apreciación honesta, que eche una mirada desengañada sobre la práctica de los partidos de la Internacional Socialista, en el periodo supuestamente heroico anterior a 1914, no puede negar, tanto en el caso de Alemania como en el de España, antecedentes importantes a esta práctica en el apogeo del movimiento obrero.¹¹¹

Puede parecer extraño, en un texto sobre la historia de la clase obrera española del siglo XX, dedicar tan poco espacio a la experiencia de la Guerra Civil.¹¹² Fue obviamente aquí cuando el anarquismo español, en particular, se vio sometido, con dos décadas de retraso, a la prueba de fuego en la que fracasaron, en general, el anarquismo y el sindicalismo internacionales en 1914. La debacle de la participación de la CNT-FAI en el gobierno republicano de 1936-1937 es bien conocida; el papel asesino del PCE contra otras corrientes obreras, cuya mención podría haber suscitado polémica hace 50 años, es hoy reconocida por el propio PCE.¹¹³ El propósito de esta sección

situar sus políticas dentro de la reestructuración del capitalismo tratada, consultar Jean Barrot *et al.* *La legende de la gauche au pouvoir: le Front Populaire* (París, 1973).

110. Ante la carencia de importancia de la socialdemocracia estadounidense, este papel fue desempeñado por la CIO en EEUU.

111. Consultar F. Domela Nieuwenhuis, *Le socialisme en danger* (1897; trad. francesa 1975) para una de las primeras de estas advertencias.

112. Consultar el clásico de Grandizo Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria* (Ciudad de México, 1948; Madrid, 1977) para el análisis trotskista ortodoxo de estos acontecimientos.

113. Bolleton y Orwell, *op. cit.*; para 1975, el propio PCE estaba vendiendo el relato del POUM sobre el asesinato de Nin en el auge de la «autocrítica» eurocomunista.

no es recorrer, una vez más, el trillado terreno de la «traición» y la contrarrevolución estalinistas que fue, con razón, el tema de los mejores trabajos sobre la revolución y la Guerra Civil, sino rastrear las ambiciones estatistas que aparecieron en el PSOE por primera vez antes de la Primera Guerra Mundial, y seguir su trayectoria hasta el periodo del Frente Popular, cuando el propio Partido Comunista de España asumió integralmente esta tradición. La derrota y la destrucción total del movimiento obrero español en 1936-1939 supuso previamente el fin del anarquismo como una fuerza real en la clase obrera española. El escenario estaba preparado, para el periodo posterior a 1939, para la hegemonía completa del PCE en la larga lucha clandestina contra el franquismo. Pero todo el argumento aportado hasta ahora, confirmado por el periodo posterior, es precisamente que el anarquismo desapareció como una fuerza seria en la historia obrera española e internacional no por las razones finalmente contingentes de la reacción estalinista o la derrota militar, por no hablar de la confusión de los propios anarquistas en 1936-1937. El argumento, en 1975-1977, de muchos nostálgicos de la CNT, de que el PCE había sobrevivido y el anarquismo no, después de 1939, debido a la estructura autoritaria del PCE, que le permitió sobrevivir en la clandestinidad, no se sostiene ante la realidad de que el PSOE, sin prácticamente estructura de partido en España en 1975, se convirtió de la noche a la mañana en un partido de masas (aunque con apoyo abierto de la monarquía y de la socialdemocracia del norte de Europa), mientras que el regreso de la CNT a España, aparte de algunos focos aislados de estudiantes e intelectuales, fue después de 1975 en gran medida un fracaso, caracterizado por el rencor y las escisiones por el control de los fondos sindicales.¹¹⁴ La Guerra Civil, con toda la destrucción que causó, se convierte en retrospectiva simplemente en la variante extrema y española de la desaparición de las corrientes obreras de tipo anarquista y sindicalista, que se produjo en otros lugares entre 1914 y 1924. Lo que la historia también muestra, sin embargo, cuando se sale del otro extremo del periodo 1939-1975, es que la hegemonía de los estalinistas fue solo un preludeo a su propia desaparición. Porque una vez completada la transición a la subsunción real en España, una transición en la que, tanto en la Segunda República como, como se verá en breve, bajo Franco después de 1958, el PSOE desempeñó un papel clave, las propias

114. Sobre la incoherencia de la CNT en las nuevas condiciones de España, consultar Carlos Semprún Maura, *Ni Dios ni amo ni CNT* (Madrid, 1978.)

aspiraciones estatistas del partido fueron su perdición. Porque, como las clases obreras de Francia, España y, de manera diferente, Italia, vieron en los años 70, si el «socialismo» se reduce a la participación corporativista en las agencias de planificación capitalistas, ¿por qué no unirse a un hábil grupo de jóvenes tecnócratas brillantes que obtendrán más resultados que los restos apenas desestalinizados de una época anterior? Los partidarios de una versión anterior, más dura del control burocrático del Estado, los Longos, los Leroys, el poco llorado Duclos, o el general Líster, pueden retorcerse las manos por el «euro-oportunismo», pero no pueden negar que, entre 1935 y 1947, (exceptuando el breve paréntesis del pacto Stalin-Hitler) una versión más virulenta de lo mismo era la trama y la urdimbre del «internacionalismo proletario», y todos aquellos que se oponían, los restos trotskistas y ultraizquierdista de la primera Comintern, nada más que los agentes a sueldo de Franco, Hitler y el Mikado.

VI. La deriva al corporativismo clandestino y el camino a La Moncloa, 1939-1977

La derrota militar de la República y la severa represión llevada a cabo contra la clase obrera española en 1939 paralizaron la lucha de clases en España hasta finales de los años 50. Con más de un millón de personas forzadas al exilio, cientos de miles de trabajadores muertos en la Guerra Civil, y miles más ejecutados o encerrados en campos de concentración (en muchos casos hasta finales de los años 40) los grandes y poderosos partidos y sindicatos obreros españoles del periodo anterior a 1936 fueron aniquilados de hecho en la península y condenados a treinta y cinco años de exilio y actividad clandestina. Los anarquistas, en particular, protagonizaron heroicas pero inútiles acciones guerrilleras desde el otro lado de la frontera con Francia hasta aproximadamente 1950, pero en general no quedó nada de las organizaciones de preguerra del movimiento obrero español, con la excepción de las dispersas células clandestinas del PCE, un pequeño remanente de la CNT que operaba clandestinamente en Barcelona, y algunos débiles vínculos socialistas con el antiguo bastión PSOE-UGT entre los mineros de Asturias. A pesar de las enemistades engendradas durante la Guerra Civil dentro de la guerra civil que había aplastado a la oposición de izquierdas al Frente Popular republicano en Barcelona en 1937, los restos del PSOE, el PCE y la CNT

se reagruparon en un frente democrático amplio durante la Segunda Guerra Mundial,¹¹⁵ con la ilusión de que los Estados Unidos y sus aliados barrerían al régimen de Franco una vez que las potencias del Eje hubieran sido derrotadas. Sin embargo, Franco, eminentemente consciente de la misma posibilidad desde el comienzo de la guerra, mantuvo una neutralidad bastante rigurosa desde 1940, para consternación de su antiguo patrocinador Hitler. Aunque oficialmente era un paria internacional (el principal aliado de España hasta 1953 era la Argentina de Perón), Franco aplicó una hábil política exterior dirigida sobre todo al profundo anticomunismo de Gran Bretaña. En 1944, esto había dado sus frutos en los contactos con Churchill; en 1951, a pesar de la exclusión de España del Plan Marshall, el país recibía ayuda militar y económica de los Estados Unidos.¹¹⁶ En 1955, cuando el gobierno republicano en el exilio aún esperaba su momento en Ciudad de México, la España franquista fue admitida oficialmente en el mundo libre y la ONU. Tras la victoria militar, el régimen se apresuró a reclutar a la clase obrera en sindicatos «verticales» controlados por el Estado agrupados en la Central Nacional-Sindicalista (CNS), organizados siguiendo el modelo de los sindicatos de la España de Mussolini o los frentes de trabajo de la Alemania nazi.¹¹⁷ La organización y el control de los sindicatos verticales se le confió a los miembros de la FE-JONS (Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista), que era el componente realmente fascista de la alianza política de 1936 de Franco entre el ejército, la iglesia, los terratenientes y la burguesía. La Falange, que, como el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, había hecho propuestas propagandísticas a la clase obrera antes de 1936, le había dado al régimen de Franco su ideología y su demagogia, pero poco más, y de hecho había sido excluida de los círculos internos del régimen en 1943. Como consuelo, se permitió la Falange «organizar» a la clase obrera durante las tres décadas siguientes. Los «verticalistas» recaudaban cuotas sindicales, imponían la disciplina en los talleres, y organizaban banquetes anuales para los dueños y los trabajadores de las fábricas para demos-

115. La larga y triste historia del gobierno republicano en el exilio y de las políticas del exilio (que continuaron hasta 1975-77) se cuenta en Cesar M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*. (Ruedo Ibérico, 1972), pp. 271 *et seq.*

116. Esta historia se cuenta en el vol. 1 de Max Gallo, *Histoire de l'Espagne franquiste*. (2 vols. París, 1975).

117. El ascenso y la caída de la Falange dentro de la constitución del régimen franquista desde 1936 hasta 1943 se cuenta en Stanley Payne, *Falange*. (Nueva York, 1962), cap. 1.

trar que las clases habían desaparecido en la España franquista. Las condiciones económicas en España eran especialmente duras, no muy diferentes de las de Chile bajo la junta después de 1973.¹¹⁸ Los ingresos de la clase trabajadora se redujeron en más de un 40% de los niveles de 1936. Como España, igual que Portugal, no participó en los acuerdos económicos internacionales establecidos al final de la Segunda Guerra Mundial, el régimen mantuvo los controles e instituciones económicos básicos de los años 30 hasta 1958, dejando a España completamente al margen de la reconstrucción económica de Europa en el periodo 1945-1958. Con la excepción de la huelga general de Vizcaya de 1947 y la dramática huelga de tranvías de Barcelona de 1951, la clase obrera permaneció dispersa y atomizada bajo el control de la patronal, la Guardia Civil y los sindicatos verticales. Sin embargo, en 1956-58, las coyunturas económicas española y mundial llegaron a un umbral en el ciclo económico de posguerra. Las políticas económicas autárquicas que el régimen había aplicado desde 1939 habían llevado a España al borde de la quiebra y el colapso en un mundo que hacía tiempo que se había convertido al keynesianismo. Las reservas de divisas de España estaban casi agotadas, la peseta absurdamente sobrevalorada, la balanza de pagos en un profundo déficit, la inversión extranjera mínima, y una grave inflación estaba erosionando las escasas ganancias en productividad y producción exigidas a la clase trabajadora. La actividad huelguista en el País Vasco y en Asturias hizo surgir el espectro de una insurgencia obrera si la situación escapaba al control del régimen, y España viró hacia un cambio político masivo que inauguró la liberalización económica de 1958.¹¹⁹ Este cambio fue, en una palabra, la culminación de la transición a la subsunción real del capital. Las políticas de liberalización fueron defendidas con más fuerza por un grupo de tecnócratas, banqueros e industriales asociados con la orden católica Opus Dei. El Opus fue ferozmente resistido por los economistas retrógrados de la Falange, cuyas políticas de autarquía habían llevado a la economía al borde del colapso, y también por los verticalistas de la CNS que entendían que la liberalización económica podía conducir rápidamente a la negociación colectiva según el modelo europeo occidental. (El Opus en sí no tenía tales

118. Estas condiciones se describen en J. Clavera *et al.* *Capitalismo español: de la autonomía a la estabilización, 1939-1959*. Madrid, 1978.

119. La batalla se describe adecuadamente en Charles W. Anderson, *The Political Economy of Modern Spain* (Madison, 1970), pp. 98-128.

intenciones, pero otras facciones de la burguesía española se encaminaban hacia tal perspectiva). Sin embargo, en 1957, Franco llevó a cabo una importante remodelación de su gabinete en la que los miembros del Opus Dei obtuvieron siete puestos y carta blanca en política.¹²⁰ En 1958, Madrid recibió en rápida sucesión las visitas del presidente estadounidense Dwight Eisenhower, el presidente del Chase Manhattan David Rockefeller, un equipo del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, y de los principales asesores del recién formado gobierno de Charles de Gaulle. Los ministerios económicos se remodelaron según el modelo de la tecnocracia estatal francesa. En el transcurso de ese año, España devaluó la peseta en un 50%, abrió las puertas de la economía a la inversión y el turismo extranjeros, obtuvo cuantiosos préstamos públicos y privados e inició un prolongado *boom* que solo terminó con la crisis del petróleo de 1973. Una nueva fase de la lucha de clases había comenzado. Estos movimientos equivalían a la remodelación de las economías de Europa Occidental para una nueva fase de acumulación, una que impulsaría a Francia, Italia y España hacia la era de la subsunción real del capital. En 1957-1958, la economía estadounidense había experimentado su mayor recesión desde la Segunda Guerra Mundial; la reconstrucción física de Europa se había completado, y el continente estaba desmantelando los últimos controles económicos de la primera fase de la reconstrucción de posguerra. Desde 1958 hasta 1969, los capitales afluyeron a Europa Occidental en cantidades sin precedentes, buscando salidas de inversión más rentables que las disponibles en EEUU. El establecimiento del Mercado Común alertó al capital español de la necesidad de su eventual integración en Europa si no quería quedarse fuera de la segunda fase del *boom* de posguerra, una integración que requeriría una seria liberalización del país. Al mismo tiempo, el norte de Europa estaba comenzando a experimentar una seria escasez de fuerza de trabajo y buscaba en su periferia meridional una fuente de trabajadores inmigrantes. España, con la continua despoblación de su campo empobrecido y el subempleo permanente en Andalucía, era un potencial exportador de primera de mano de obra.¹²¹ En el periodo de

120. Según varias descripciones de la reunión decisiva del gabinete en la que los autarquistas fueron derrotados por el Opus, Franco aparentemente les dijo a los economistas del Opus con un cansado movimiento de la mano: «Hagan lo que les de la gana...» y zanjó esa discusión. Para la mejor obra general sobre la liberalización, consultar J. Muñoz *et al. La internacionalización del capital en España*, Madrid, 1978.

121. Este paralelismo poco estudiado entre la reorganización de los Estados español y francés en 1958

1958-1962, España, Portugal, Francia, Italia y Bélgica atravesaron una importante reorganización de sus economías para el nuevo periodo, y todas ellas se vieron a su vez sacudidas por las primeras huelgas importantes desde la estabilización inmediata de posguerra. El *boom* que comenzó en España en 1961-1962, tras la aplicación del plan de liberalización (*boom* pagado en parte por una grave depresión de los salarios en 1959-1960) y la emigración a gran escala de trabajadores al norte cambiaron el equilibrio de fuerzas dentro del país a favor de la clase obrera por primera vez desde 1939. En 1962, estalló una huelga salvaje en una ciudad minera asturiana, y cientos de mineros saquearon la comisaría de policía local cantando La Internacional.¹²² El movimiento obrero español moderno alcanzó relevancia nacional. Desde 1956, los trabajadores de los principales centros industriales (Asturias, las provincias vascas, Madrid y Cataluña) se habían organizado clandestinamente en las llamadas Comisiones Obreras (CCOO), que comenzaron a funcionar efectivamente como el verdadero sindicato a nivel de taller, dejando de lado a los odiados burócratas verticalistas. Las Comisiones Obreras estaban fuertemente influenciadas por el Partido Comunista de España. Además, debido a la dura represión, los organizadores comunistas se vieron obligados a recurrir rutinariamente a tácticas de «acción directa» que recordaban a las de los anarquistas de antes de la Guerra Civil. En Barcelona, en particular, los cuadros del Partido Comunista Catalán se vieron superados por los oponentes antiestalinistas de extrema izquierda en CCOO a mediados de los años 60.¹²³ Además, en el mismo periodo, CCOO dominaba los talleres de gran parte de la industria española, reduciendo a los sindicatos verticales oficiales a la más absoluta impotencia a la hora de vigilar a la fuerza de trabajo, o de infiltrarse en ellos y destruirlos desde dentro. En 1958, y cada vez más a

es aludido brevemente en Anderson, *op. cit.* pp. 117-118. Ver la vuelta de De Gaulle al poder en un contexto europeo y viendo desarrollos paralelos en todas las economías europeas más débiles en anticipación de una gran inversión estadounidense y la creación de la CEE arroja una perspectiva diferente, más estructural, sobre los orígenes de la Quinta República, que se suelen asociar a la crisis argelina.

122. Consultar sobre la historia de los mineros asturianos en este periodo Faustino Migueles *La lucha de los mineros asturianos bajo el franquismo* (Barcelona, 1976).

123. Para una introducción a esta tenebrosa y poco estudiada historia, consultar Jose Antonio Díaz, *Luchas Internas en Comisiones Obreras: Barcelona 1964-1970* (Barcelona, 1977). El mismo autor contó esta historia en forma de novela bajo el seudónimo Julio Sanz Oller en *Entre el fraude y la esperanza: las Comisiones Obreras en Barcelona* (Ruedo Ibérico, 1972).

principios de la década de 1960, un importante grupo de industriales y directores de fábrica españoles se habían convencido de la necesidad de implementar un sistema moderno, de tipo europeo occidental, de negociación colectiva, si se quería restaurar la disciplina en los talleres.

La burguesía catalana en particular, con su orientación histórica hacia Europa del Norte, y con todas sus fábricas importantes controladas de facto por CCOO, llegó a esta opinión bastante pronto. Un grupo significativo de sacerdotes catalanes, involucrados en la Juventud Obrera Cristiana (JOC) legal,¹²⁴ tenían la misma opinión. En reuniones secretas celebradas en capillas facilitadas por curas izquierdistas, y en otros lugares poco probables, activistas obreros y estudiantiles de organizaciones de extrema izquierda como el FOC (Front Obrer de Catalunya), se libraron también en España las batallas faccionales de mediados de los 60 del renacido movimiento obrero europeo.

Además, el movimiento había alcanzado un nivel de movilización y poder en las fábricas que requería que la patronal y el Estado los toleraran de forma semioficial. En 1966, cientos de militantes de CCOO se presentaron como candidatos a las próximas elecciones de la CNS, en una maniobra respaldada por el PCE para subvertir a los sindicatos verticales desde dentro (una táctica similar se intentó con éxito en el Portugal salazarista). Cuando un policía sorprendido se encontró con una reunión masiva de CCOO en un suburbio de Barcelona para preparar las elecciones, sus superiores le dijeron que dejara que la reunión continuara. En octubre de 1966, los candidatos de CCOO de toda España ganaron puestos en los sindicatos, y el fraude electoral impidió más victorias. Durante este mismo periodo, un importante director de fábrica catalán, Duran Farell (más tarde candidato a la presidencia de la patronal española), celebró una conferencia de prensa, denunció a los sindicatos verticales, y afirmó que la disciplina en los talleres solo se restauraría en España con el reconocimiento oficial de CCOO y de otros sindicatos.

Esta clarividencia de un ala de la burguesía española —una que dio sus frutos una década más tarde con los Pactos de la Moncloa— y la aceptación a regañadientes que las luchas de las comisiones obtuvieron en las zonas más industriales del país, no deben ocultar en absoluto la tremenda represión

124. Sobre la JOC, consultar J. Castano Colomer, *La JOC en España (1946-1970)*, Salamanca, 1978.

que sufrieron los dirigentes obreros y los miembros de las organizaciones políticas de izquierda que actuaban en la clandestinidad. Los verticalistas, la policía y el aparato del Estado arrestaron, torturaron y encarcelaron a miles de esas personas. En 1963, un destacado miembro del PCE fue arrestado en una calle de Madrid, encarcelado, y murió durante el interrogatorio. La mera posesión de un folleto mimeografiado se castigaba con largas penas de prisión.

Además, el renacimiento de la clase obrera y la reanudación general de una importante lucha de clases en la industria no puede considerarse aislada de toda una dinámica social y política. Entre 1940 y 1970, España atravesó uno de los procesos de urbanización más rápidos de la historia del capitalismo. La clase obrera, recién llegada desde el sur rural y alojada en torres de gran altura construidas apresuradamente, caras y deficientes en los suburbios industriales, libró extensas «luchas de barrio» (luchas en los barrios y en las zonas residenciales), en las que a menudo se libraban enfrentamientos de un mes de duración con la policía por la instalación de la electricidad, un semáforo, o una línea de bus. El movimiento estudiantil también pasó a la acción, y en Madrid y Barcelona colaboró estrechamente con CCOO. En las provincias vascas, el renacimiento de la actividad política trajo consigo un renacimiento del separatismo vasco que tuvo una gran influencia en la clase obrera. En 1969 se decretó el estado de emergencia en España y se desató una oleada represiva que provocó la detención, el encarcelamiento, el reclutamiento militar y el exilio de cientos de izquierdistas y militantes obreros. Esta represión detuvo momentáneamente el creciente fermento — un momento nacional del levantamiento mundial de 1968-1969—, pero en noviembre de 1970, España estaba prácticamente en pie de guerra cuando un tribunal militar de Burgos juzgó a un grupo de militantes nacionalistas vascos que se enfrentaban a la pena de muerte. La posterior reducción de sus condenas constituyó en muchos sentidos el primer retroceso del gobierno ante la reavivada oposición ilegal desde el fin de la Guerra Civil. En 1970, el capitalismo internacional era consciente de que, a pesar de la ausencia de sindicatos legales o incluso del derecho a huelga, la clase obrera española era una de las más combativas de Europa. (Un importante grupo de empresarios españoles, como indicamos anteriormente, pensaba que esta combatividad se debía a la ausencia de sindicatos legales, y los acontecimientos

desde 1977 no han demostrado que estuvieran equivocados). El atractivo de España para la inversión extranjera empezó a desvanecerse, pero el país siguió atrayendo grandes entradas de capital extranjero hasta el estallido de la crisis económica internacional en 1973-1974.¹²⁵

Con esta visión general de la renovación de la actividad obrera en los talleres y en las calles desde el final de la Guerra Civil hasta el auge de las Comisiones Obreras en el periodo 1956-1966, podemos pasar ahora al complejo proceso de la transición «posfranquista», que, de hecho, comenzó años antes de la muerte de Franco. El PCE en particular, que tenía con mucho la implantación obrera más fuerte, buscó a lo largo de este periodo un diálogo con las fuerzas que caracterizaba como la «derecha civilizada» en España, en previsión de un «frente democrático» amplio para liquidar al franquismo. Esta larga y quijotesca búsqueda del milagro de una derecha civilizada que se preocupara de dialogar con el PCE era, en general, una prolongación de la estrategia frentepopulista adoptada por primera vez por los partidos comunistas de Europa Occidental en 1934-35, y de la que, con breves excepciones, se habían desviado poco desde entonces. El PCE siguió esta estrategia desde la clandestinidad con la misma fidelidad que el PCE o el PCI lo hicieron en circunstancias más democráticas. Hasta el periodo 1958-1966, por supuesto, encontraron muy pocos adeptos, algo que hizo más difícil vender esta estrategia a los militantes y la periferia del partido. En la década de 1960, se hizo bastante difícil argumentar que era necesario unirse con el «ala progresista de la burguesía» para ayudarles a erradicar los elementos «precapitalistas» de la estructura social española —un argumento que suena familiar y gastado—, así que el PCE adoptó la variante más elegante del «capitalismo monopolista de Estado» de la misma estrategia básica (en este caso, una coalición popular «antimonopolista» que incluía, naturalmente, capitalistas ilustrados) que se estaba poniendo de moda en el PCF y en otros lugares. Pero a partir de 1966, bajo la presión del movimiento obrero y de los disidentes internos que abandonaron el partido por cuestiones estratégicas y tácticas, el PCE sufrió en CCOO. En Barcelona, donde la presión de la extrema izquierda sobre el Partido Comunista Catalán, vinculado con el PCE (o PSUC, Partit

125. Sobre la evaluación de las relaciones laborales en España hasta la víspera de los últimos años de Franco y de la transición posfranquista, consultar Jon Amsden, *Collective Bargaining and Class Conflict in Spain*, Londres, 1972.

Socialista Unificat de Catalunya), era más fuerte, el FOC y otros grupos, en el periodo 1966-1969, hicieron verdaderos avances en la base del partido. Las escisiones maoístas y el cisma en el PCE entre el futuro eurocomunista Santiago Carrillo y el general de línea dura Enrique Lister socavaron aún más el dominio del PCE-PSUC de las comisiones. En un momento dado, en 1967, las luchas internas entre facciones dejaron fuera de combate al 80% de los organizadores del PSUC en Cataluña, aunque muchos regresaron más tarde. En enero de 1969, el FOC dio un brusco giro a la izquierda con el objetivo de establecer soviets en Cataluña; se disolvió al cabo de un año. El desafío de la extrema izquierda al PCE disminuyó en general bajo los golpes del estado de emergencia y la represión subsiguiente, pero principalmente porque el movimiento real de la clase también disminuyó. En 1970, CCOO, aunque todavía ilegal y clandestino, se lanzaron, a remolque del PCE y del PSUC, por el camino de una orientación «clandestina corporativista» hacia la «reconciliación nacional» con el ala ilustrada del capitalismo español, un camino que llevó directamente a los Pactos de la Moncloa de 1977, por tortuosos que fueran los años intermedios de lucha mientras esto se libraba.

La propia burguesía española estaba muy dividida a finales de los 60, cuando todas las clases sociales se preparaban para la muerte de Franco. La lucha se libró en el gabinete franquista entre el llamado «bunker» de falangistas de línea dura y los liberalizadores del Opus Dei que defendían la política de «transición sin ruptura» hacia una monarquía constitucional. Las fuerzas del bunker tuvieron la sartén por el mango hasta diciembre de 1973, agrupadas en torno al almirante Carrero Blanco. Con el asesinato en ese mes de Carrero Blanco por el grupo separatista vasco ETA (Euskadi Ta Askatasuna), la facción del Opus Dei tomó la ofensiva y se propuso orientar la liberalización. El PCE, por su parte, estaba librando una intensa campaña por el reconocimiento legal, hasta el punto de aceptar la monarquía.

El periodo posterior al estado de excepción de 1969 fue uno de relativo reflujó, pero en octubre de 1971 se produjo un renacimiento del conflicto abierto con la batalla campal librada entre los obreros y la policía montada en la planta SEAT de Barcelona. En 1972, las huelgas generales sacudieron a las ciudades gallegas de Vigo y El Ferrol, donde hasta entonces la actividad obrera había sido escasa. En 1973, se produjo una huelga general en

Pamplona, y, en el año siguiente, en el Baix Llobregat, un importante distrito obrero de Barcelona. El reflujó posterior a 1969 había terminado. Con la muerte de Carrero Blanco, la presión de esta creciente renovación de la actividad obrera inclinó al gobierno en la dirección de la liberalización. Con el golpe militar de abril de 1974 en Portugal, que abrió la crisis de transición de 1974-1975 en ese país, la burguesía española tuvo un asiento de primera fila en el ensayo general de su propia liquidación del franquismo y la oportunidad de aprender de los errores de otros. La toma a principios de 1975 de la federación sindical portuguesa Intersindical por el Partido Comunista Portugués alertó a la burguesía española de los peligros de una consolidación de la CNS vertical siguiendo un modelo similar, dada la hegemonía de CCOO; como resultado, el «pluralismo sindical» se convirtió en el grito de guerra. En la Friedrich-Ebert-Stiftung en Frankfurt (el think tank y el conducto para la financiación de la CIA del SPD alemán) los cuadros del PSOE y la UGT, sin base militante efectiva en España (excepto en la base obrera de la UGT en Asturias), preparó su regreso con la meritoria actuación de Mario Soares como el modelo para flanquear la influencia política y sindical comunista. (De hecho, superaron con creces a sus homólogos portugueses). Mientras que la experiencia portuguesa dejó claro que una socialdemocracia moderada con una retórica adecuadamente radical en la fase inicial de la liberalización podía superar a un partido comunista con el prestigio de décadas de lucha clandestina, en vísperas de la muerte de Franco no estaba nada claro que el PSOE-UGT pudiera vencer al PCE-CCOO en el terreno que contaba de forma más inmediata (sobre todo teniendo en cuenta que no había elecciones a la vista): en la habilidad de activar y apagar la militancia obrera según requirieran los objetivos políticos. Ni siquiera la notable adhesión del PCE a la declaración «eurocomunista» del eje Roma-París-Madrid —un manifiesto en buena medida motivado por un deseo de distanciarse del discurso incómodamente duro que emanaba del líder del PCP Álvaro Cunhal— convenció a nadie. A los oficiales del PSOE y de la UGT, como ya se ha dicho, se les dio carta blanca para viajar por España y establecerse cuando aun eran ilegales, Franco murió cuando el ejército portugués estaba consolidando la derrota del estallido obrero portugués de 1974-75, y la burguesía española, con una clase obrera más grande y más experimentada, no estaba nada segura de su capacidad de evitar un estallido. Solo contaba con el PSOE y el PCE, que

parecían preparados para hacer cualquier concesión a cambio de la legalidad, para contener a la clase obrera, que parecía una incógnita de primer orden.

De enero a marzo de 1976, los peores temores de todas las fuerzas de la «convergencia democrática» parecieron confirmarse: la clase obrera estalló. En pocas ocasiones se ha verificado la máxima de Tocqueville de que el momento más peligroso para un Estado represivo es cuando empieza a reformarse en una interacción tan compacta entre la actividad obrera y los desarrollos en la esfera política. Puede ser cierto que enero-marzo de 1976 en España no alcanzó ni la amplitud del mayo francés de 1968 ni la del otoño caliente italiano. Pero las diferencias con aquellos movimientos eran tales que la tensión generada en torno a lo que podía ocurrir era posiblemente mayor que en cualquiera de los otros casos. En Francia e Italia, 1968-1969 marcó el retorno de la clase obrera como una fuerza claramente «no integrada» de la sociedad; en España, nadie se había hecho ilusiones al respecto, y la clase obrera, como se ha detallado anteriormente, había mostrado su combatividad de 1962 en adelante. En España, cuatro décadas de acampada militar y policial de la clase obrera estaban terminando, no en el apogeo del *boom* de la posguerra, como en Francia e Italia, sino en la depresión de la peor recesión desde 1945, con el susto del ascenso a la prominencia del PCP en Portugal apenas fuera de las portadas. Había poca gente a ambos lados de la línea de clases en España a comienzos de 1976 que no esperara un enfrentamiento importante, y casi nadie previó la facilidad con la que, en 1977-1979, se llevó a cabo la transición a la monarquía constitucional.

En enero de 1976 los obreros del metro de Madrid se declararon en huelga, y tuvieron que ser militarizados. En marzo, en Vitoria y Sabadell, siguieron huelgas generales, y tácticas similares de «ciudad muerta» cerraron ciudades y pueblos en todas las provincias vascas, normalmente vinculadas a reivindicaciones nacionalistas. En Vitoria, el carácter asamblearista del movimiento —que solo terminó con una masacre en la que cuatro personas fueron ametralladas— se afirmó hasta cierto punto independientemente de los partidos y sindicatos; en Sabadell, estas organizaciones tendieron simplemente a seguir el movimiento.¹²⁶

126. Sobre Vitoria, consultar Gasteiz, *Vitoria: de la huelga a la matanza* (Ruedo Ibérico, 1976); también el panfleto colectivo *Wildcat Spain Encounters Democracy, 1976-1978*, Londres, 1979.

Las huelgas de enero-marzo de 1976 significaron la derrota final de la facción fascista del «bunker» del gobierno, que, en la persona del Primer Ministro Arias Navarro, intentaban llevar a cabo la transición. Arias cayó en julio de 1976, y fue reemplazado por el democristiano exfranquista Adolfo Suárez. Suárez, a diferencia de Arias, entendió claramente que el PCE debía ser legalizado sin demoras innecesarias, y en el mes siguiente, el gobierno y el PCE jugaron al gato y el ratón hasta conseguir la legalización a tiempo para participar en las elecciones generales de junio de 1977. El PCE había aceptado la monarquía, había aceptado la bandera franquista, había aceptado al protegido de Franco, Juan Carlos, tras haber apoyado inicialmente a su padre más liberal, Don Juan. Por supuesto, aceptó de buen grado la legalización mientras que los distintos grupos de extrema izquierda trotskistas, maoístas y anarquistas, así como sus pequeñas pero nada desdeñables organizaciones sindicales seguían siendo ilegales. Pero el PCE estaba dedicado a la «ruptura democrática» que contraponía a la «transición sin ruptura» de la democracia cristiana, mientras que la extrema izquierda se movilizaba por la simple y llana «ruptura». Era el PCE el que podía ofrecer a la clase obrera para tal transición, y la ofreció, aprovechando alternativamente su habilidad para convocar huelgas y su habilidad, aún más útil, para ponerles fin u obstaculizarlas para abrirse camino en la arena política. El mero 8% de los votos del PCE en las elecciones generales de 1977, frente al 26% del PSOE, no fue más indicativo de su poder general en la clase obrera que las derrotas electorales del PC Portugués en 1975 ante el PSP.

Sin la cooperación del PCE, del PSUC, y de CCOO hasta la firma de los Pactos de la Moncloa —el «contrato social» español— en octubre de 1977, la transición posfranquista habría sido mucho más problemática. Mientras tanto, la extrema izquierda se preparó para la explosión que nunca llegó.

La plataforma electoral anticipada para las elecciones de 1977 nunca se materializó; a partir de octubre de 1977, cuando el PCE, el PSOE y sus sindicatos perdieron todo interés en usar las huelgas con fines políticos, la actividad huelguista en España se redujo casi a la nada. Hubo muchas razones para ello, y las maniobras políticas fueron solo una. En 1974, con el comienzo de la recesión mundial, la exportación de fuerza de trabajo española a través de la emigración se volvió bruscamente negativa, presionando

a un mercado laboral en el que el desempleo ya estaba en el 8%. Como en Portugal, los altos niveles de combatividad obrera, que en 1974-1977 parecían prometer algo más allá de los resultados reales, estaban de hecho subordinados a ciertas tareas políticas de la transición, una transición a su vez necesitada por el estallido de la crisis económica mundial. Si el capitalismo en España ya no podía, como en 1958-1973, ofrecerle a la clase obrera ingresos más o menos crecientes y niveles altos de empleo, podía ofrecerle democracia política y sindicatos en su lugar. Y, para sorpresa de muchos, dentro y fuera de España, que durante años habían esperado que la estructura política española sería demasiado débil para contener un movimiento obrero particularmente militante, eso fue suficiente. El PCE, el PSOE y los sindicatos desempeñaron su papel inclinando la balanza hacia la moderación y el apaciguamiento, incluso cuando había voluntad de concesiones; pero, en el último análisis, hay que decir con toda claridad que tuvieron éxito en esto porque la clase obrera no quería la ruptura revolucionaria que propugnaba la izquierda radical. Incluso las expresiones más militantes, como la huelga de Vitoria, mostraron que si bien los trabajadores estaban dispuestos, en situaciones concretas, a dejar a los partidos políticos y a los sindicatos atrás, a establecer «asambleas» protosoviéticas organizadas según las líneas democráticas más estrictas, no estaban dispuestos a ir más allá, y en última instancia, en su gran mayoría, se dejaron reclutar, aunque solo fuera pasivamente, por el PCE-CCOO y el PSOE-UGT.

Cuando, en octubre de 1977, los representantes de CCOO y UGT se reunieron con la patronal española para firmar los Pactos de la Moncloa, la era de las relaciones laborales iniciada en 1939 llegó a su fin. A cambio de una tímida normalización de las relaciones laborales, (aunque aún no plenamente traducida en derecho laboral), los dos grandes sindicatos de España aceptaron los tipos habituales de contención salarial y medidas de austeridad que se estaban convirtiendo en la norma de estos «contratos sociales» de tipo europeo. En general, los Pactos de la Moncloa parecieron adquirir su contenido real solo en la contención de los sindicatos, ya que el desempleo creció, entre 1977 y 1982, del 8 al 16%, las huelgas prácticamente desaparecieron fuera del caso especial de las provincias vascas (donde reflejaban la movilización por la autonomía nacional) y los salarios reales se estabilizaron o cayeron. En 1981, la propia patronal abandonó la esencia de los pactos de

la Moncloa, al considerar que incluso sus concesiones mínimas de 1977 eran demasiado costosas.

VII. Conclusión: ¿Hacia un realineamiento no estatista de la clase obrera?

Cuando uno echa la vista atrás a los cruciales años de transición 1975-1977 en España, es difícil no sentirse sorprendido por la transición relativamente indolora a una aproximación a la democracia burguesa que se logró en esos años y después. Al poner las cosas desde este punto de vista, no pretendemos restar importancia a la fragilidad del *statu quo* en ese país. A pesar del hecho de que el PSOE y el PCE controla, desde las elecciones municipales de abril de 1979, la mayoría de las ciudades españolas, y a pesar de la mayoría absoluta de escaños en las Cortes ganada por el PSOE en octubre de 1982, la burocracia estatal, el ejército y la policía en España siguen estando sustancialmente en las manos de cargos y funcionarios franquistas. El PSOE y el PCE pagaron en parte el precio de una transición suave a la legalidad con la promesa de no tocar estas sinecuras. Este análisis, además, no ha dicho nada de la cuestión vasca, que seguía siendo un problema de máxima prioridad para el gobierno González, que debe tratar de desactivar el apoyo a la ETA-militar clandestina y a su brazo político, Herri Batasuna, al mismo tiempo que apacigua al ejército español. Esta última institución, como es bien sabido, estuvo involucrada en un grave intento de golpe en febrero de 1981, provocado en buena medida por la parálisis del gobierno a la hora de librar con las demandas nacionalistas y separatistas vascas, en una época en la que ETA asesinaba casi semanalmente a militares y policías. Pero la cuestión vasca, como se subraya en un libro reciente sobre este tema, ya casi no es una cuestión «española»,¹²⁷ al menos en el sentido de que el fermento social en las provincias y la clase obrera vascas casi no tuvo reverberaciones en la población española más amplia, salvo en una creciente repulsión a lo que se percibía como una provocación innecesaria del ejército en una situación delicada. La solidaridad de la izquierda española más amplia con la causa nacionalista vasca, que era axiomática en el periodo hasta 1975, prácticamente ha desaparecido, pero esto también refleja la desaparición de

127. Fernando Morán, *Los españoles que dejaron de serlo: Euskadi 1937-1981*. Barcelona, 1981.

la extrema izquierda militante en el entusiasmo general por la democracia y por Juan Carlos.¹²⁸

Lo sorprendente, en el periodo posterior a 1977 en España, y en Europa Occidental en general, fue la distancia entre la profundidad de la crisis económica y la llegada sucesiva al poder, en España, Francia y Alemania, de gobiernos «izquierdistas» de socialdemócratas, en una atmósfera de calma y de «aquí no pasa nada». Basta recordar, para tener una perspectiva histórica, la elección de los gobiernos frentepopulistas en España y Francia en 1936. En ambos casos, la victoria de los bloques socialista y comunista, con el apoyo de los radicales de izquierda en Francia (fundamentales para darle al Frente Popular su adecuada apariencia de moderación) desencadenó crisis sociales. En Francia, la clase obrera se apoderó inmediatamente de las fábricas y solo la movilización inmediata, en particular de los cuadros del PCF, consiguió la aceptación de los Acuerdos de Matignon. En España, la victoria del Frente Popular en la primavera de 1936 condujo, tras meses de agitación, polarización y batallas callejeras entre grupos de extrema izquierda y extrema derecha, al golpe militar de Franco y a la revolución social que fue la respuesta de la clase obrera, seguida por tres años de guerra civil.

Si observamos la situación a principios de los 80, el contraste con 1936, de asunción ordenada del poder por los partidos socialistas español y francés, no puede ser más total. Mientras que, en vísperas de las elecciones francesas y españolas, seguía planteándose seriamente la cuestión de la participación comunista en los gobiernos (el PSOE y el PCE habían constituido un gobierno de coalición en Galicia), la desaparición electoral de estos partidos hizo innecesaria cualquier coalición de este tipo. La desaparición del PCE, que había recibido el 8% de los votos en 1977 y el 10% en 1979, a solo el 3,5%, no fue más que la culminación de años de rencores internos y de escisiones a izquierda y derecha. En el otro extremo del espectro político,

128. Tras la intervención –cuyos detalles se desconocen y son objeto de interminables especulaciones en España– de Juan Carlos contra la conspiración de Febrero de 1981, incluso los restos de la CNT emitieron un comunicado afirmando que, «por el momento», la monarquía constitucional no parecía tan mala para España.

el partido de extrema derecha de Blas Piñar, el partido no reconstruido del franquismo, apenas obtuvo el 1% de los votos.¹²⁹

La economía española, a comienzos de los 80 como en 1936, estaba en ruinas. El desempleo, como ya se ha dicho, estaba oficialmente al 16%, y en realidad se acercaba probablemente al 20%. Solo el regreso de un gran número de trabajadores andaluces al sur, donde aun regresan a familias que se ganan la vida en la agricultura, había evitado disturbios por hambre, y se han documentado casos de inanición en Andalucía. La peseta, como se indicó anteriormente, cayó a 130 por dolar, una devaluación del 115% desde la muerte de Franco.

Lo que caracteriza la situación en España es el virtual vacío de ideas en cualquier corriente de la izquierda oficial, para superar la crisis económica. Este vacío no se limita a España. La aceptación de la inalterabilidad de la crisis mundial, incluso en del contexto de «nuevas políticas industriales», como se proponía en Francia, destinadas a mejorar la posición competitiva de un país, es universal. Es cierto que ningún país puede salirse de la economía mundial sin incurrir en la austeridad aún mayor que impondría la autarquía.

Mientras tanto, la extrema izquierda de los periodos 1968-1973 y 1973-1977, que en España como en todos los demás países se convirtió en un problema con el que tenían que lidiar los partidos socialdemócratas o comunistas dominantes, prácticamente desapareció, y con ella la panacea de la democracia soviética o consejista que parecía, en condiciones de pleno empleo y relativa prosperidad, la respuesta obvia a las burocracias hipertrofiadas de los partidos y sindicatos obreros. La contraposición «burocracia-democracia» dejó de tener sentido en condiciones de desempleo masivo, cuando la mayoría de los trabajadores estaban contentos con tener un trabajo, incluso en circunstancias «burocráticas».

Evidentemente, no es tarea de este texto subrayar ni las causas ni la solución a la crisis económica mundial, pero es obvio que tanto el diagnóstico como la cura deben ser globales desde el principio. Por encima de las diferencias de estructura social, y por tanto de alineamientos políticos,

129. Citamos esto no por una ecuación PC = extrema derecha como partidos «extremistas», sino simplemente para indicar la poca influencia que la extrema derecha, en contraste con 1936, ejerce hoy en día.

entre la España, la Francia y la Europa Occidental de hoy y las de hace 65 años, la evaluación más casual de la situación económica actual de hoy debe tomar nota del enorme aumento de la importancia del tercer mundo desde la depresión de 1929-1938. Precisamente porque la mayor parte de África y de Asia seguían siendo, en ese periodo, colonias de Gran Bretaña y Francia, Europa en su conjunto seguía siendo el centro de la historia mundial, aunque lo principal se estuviera disputando, en retrospectivas, eran los términos de su desaparición. Así, la Guerra Civil Española pudo convertirse, en poco tiempo, en un ensayo general para la Segunda Guerra Mundial, igual que la mayoría de las guerras del tercer mundo después de 1945 se convirtieron en, y normalmente comenzaron como, guerras por delegación entre los grandes bloques. El «milagro económico» de España entre 1958 y 1973 estuvo delimitado precisamente por el periodo de grandes flujos de capital estadounidense a Europa Occidental, que terminó no solo por la crisis del petróleo de 1973 sino también por el desplazamiento de las prioridades de inversión a diferentes partes del tercer mundo. Si la industria española de principios de los años 80 era en conjunto demasiado nueva, y estaba demasiado en manos extranjeras, para ser susceptible de «desindustrialización» mediante una exportación de capital español como tal, el *boom* de la inversión extranjera en España terminó mucho antes, y las industrias más antiguas, como la siderurgia y la construcción naval vascas, que más se parecen a la industria del norte de Europa en edad y en competitividad, sucumbieron a una crisis casi total. España bajo el PSOE podía optar por una reestructuración de «alta tecnología», pero tal estrategia, debido a la pobreza de los recursos técnicos españoles, solo podía ser un pariente pobre de su homólogo internacional.

Para concluir. En un periodo de crisis económica total, la izquierda internacional de los países industriales avanzados, y por tanto necesariamente de España, vivió el derrumbe de las viejas burocracias «duras» cuyos representantes más significativos después de 1945 eran los partidos comunistas francés, italiano y español, repitiendo un proceso que se había producido algo antes, y durante un periodo algo más largo, en la transformación de las socialdemocracias de Europa del Norte. Esta disolución fue anunciada por muchos, en ambos lados de la línea de clases, como una «crisis del marxismo». Aunque no podemos sino encontrar extraño hablar de una «crisis del marxismo» en lo que se refiere a la coyuntura económica mundial, parece,

como se ha dicho en la sección I, que la «crisis del marxismo» sí parece captar un estado de falta de rumbo y deriva de la clase obrera internacional frente a la crisis. Décadas de burocracia y estatismo han oscurecido por completo la idea «emancipadora» de lo que es o podría ser una superación del capitalismo. La suerte de la extrema izquierda del periodo 1968-1977, en gran parte trotskista y maoísta, subió y bajó con la suerte de los grandes partidos obreros y, en particular, de los partidos comunistas: la crisis de los PCs, de la que parecían prosperar, a la larga resultó ser también su crisis. Y ello por la sencilla razón de que, en continuidad con las concepciones socialdemócratas y comunistas de la organización y del socialismo formadas en el periodo 1890-1920,¹³⁰ por mucho que quisieran distanciarse del «socialismo realmente existente», este, en el poder o fuera de él, no podía evitar empañarlas también. Ya fueran socialdemócratas, maoístas o trotskistas, la aceptación de la «lógica socialdemócrata» desarrollada por las sucesivas Internacionales a partir de 1890 las dejó, en última instancia, en el mismo campo.

El movimiento socialista, internacionalmente, se desarrolló en tres oleadas históricas mundiales de revolución: el periodo 1789-1815 de la Revolución Francesa, que vio en Babeuf y la Conspiración de los Iguales la primera y cruda visión del comunismo y que dio lugar, hasta 1840, a los diversos socialismos utópicos; el periodo 1848-1850, que vio la primera guerra de clases en Europa en las Jornadas de Junio parisinas de 1848, y la aparición del marxismo; y finalmente, el periodo 1890-1920 del movimiento obrero clásico de partidos y sindicatos de masas, y de revoluciones o casi revoluciones. Este ciclo culminó en los periodos insurreccionales de 1905 y 1917-1920 en el corredor germano-polaco-ruso y en la Revolución rusa propiamente dicha, un ciclo que fijó durante medio siglo los términos de las facciones y el debate socialistas internacionales. Solo en las crisis sociales de 1968-1973 comenzó a desentrañarse esta última multiplicidad histórica, expresada en primer lugar en la discusión a escala europea del «leninismo» en ese periodo y posteriormente.¹³¹

130. No queremos confundir lo que pasó a conocerse como «comunismo» a partir de 1924 con las corrientes más fluidas y más realmente comunistas presentes en la III Internacional antes de esa fecha, ni confundir a Stalin en 1937 con Bebel en 1893, sino tan solo indicar la continuidad de la práctica estatista-mercantilista en la que se sitúan.

131. Una buena obra de época sobre esta discusión, una en la que se utiliza abusivamente el término

En la Sección III se argumentó que, tanto en España como en Rusia, existía una tradición en los movimientos obreros que sobrevivió hasta el periodo 1890-1920, y en el caso de España, más allá de él, que en última instancia derivaba de tradiciones revolucionarias o comunales de revueltas rastreables hasta los orígenes del capitalismo, si no antes. Fue esta afinidad entre la historia de los dos países lo que hizo que la clase obrera española fuera tan receptiva a las influencias «rusas», desde la adhesión en 1868 al ala bakuninista de la Primera Internacional, pasando por la «exaltación bolchevique» de 1919-1920 hasta el surgimiento del PCE como el partido de la clase obrera española, y la fase clandestina de 1939-1975 de la lucha contra Franco. Así pues, parece plausible que el declive de la fase «rusa» de la historia obrera española, expresado en el precipitado declive del PCE desde 1975, en el contexto de la crisis de los partidos comunistas de Europa Occidental, anuncie una nueva fase en la historia del movimiento obrero, y no solo en la del español. El auge del discurso productivista en el periodo 1890-1914, que en Rusia tomó la forma de la polémica de Lenin contra los populistas, supuso la «supresión» de toda una vertiente de las perspectivas anteriores de Marx para ese país, centradas en los potenciales de la comuna campesina agraria.¹³² De la misma manera que la disolución del franquismo depositó las «cuestiones enterradas» de la historia española, y específicamente de la glorificación del absolutismo de los Habsburgo del siglo XVI, abriendo el pasado de la cultura altomedieval, en gran parte judeoislámica, suprimida por los Habsburgo y por la Inquisición, la disolución del estatismo socialdemócrata y de su progenie nos abre el pasado suprimido del propio marxismo.

Lo que caracterizó a los tres estallidos mundiales de la formación de la tradición revolucionaria moderna, la prehistoria de 1879-1840, 1848-1850 y 1917-1921 es una cierta relación entre lo que se ha puesto de moda llamar el «centro» y la periferia.¹³³ Marx, al analizar el papel de los obreros alemanes

«deninismo» al no distinguir seriamente este, y la práctica del Estado soviético y los PCs, en la vida de Lenin del estalinismo, consultar F. Claudin, *The Communist Movement*, 2 vols. 1975.

132. No queremos decir que el socialismo de Marx fuera el de las comunas rurales, sino simplemente que contenía una afirmación de la comunidad humana material anticipada en tales formaciones, que desapareció por completo en el panegírico posterior, de después de 1890, al crecimiento de las fuerzas productivas asociado con Engels, Bebel, Plejánov *et al.*

133. Para un brillante análisis de este «vínculo» incluso en la era de la Revolución Francesa, consultar

en la revolución de 1848-1849, planteó brevemente la posibilidad de una «revolución en permanencia», en la que la clase obrera ocuparía el papel de la débil y vacilante burguesía alemana para impulsar la revolución burguesa e ir más allá de ella. Luxemburg y Trotsky revivieron esta idea en el periodo 1905-1917 para analizar la Revolución Rusa y su potencial, en contra de todas las ideas recibidas de la Segunda Internacional a favor de una evolución lineal. Pero, si nuestra discusión en la Sección III y subsiguientes es correcta, incluso ellos permanecieron dentro del marco de la «supresión» (inconsciencia sería una palabra mejor) de la Segunda y la III Internacional de las opiniones de Marx sobre la comuna rusa. Del mismo modo, en España, el ascenso constante de los partidos políticos estatistas (socialdemócratas y luego comunistas) de la clase obrera, a expensas de los anarquistas —un ascenso que la total incoherencia de los propios anarquistas no hizo sino favorecer— implicó una pérdida total de conexión con esa tradición. Pero el caso español fue bastante más local, en la medida en que fue el «modelo ruso», y no el «modelo español», el que se generalizó al mundo durante dos décadas como «socialismo».

España está hoy, como cualquier otro país capitalista avanzado, atrapada en una nueva división internacional del trabajo en la que, más que las crisis monetarias, el problema del dolar, la OPEP o la deuda del tercer mundo, parece ser la base de la crisis económica mundial. Esa crisis no puede ser superada mientras no se reajusten la inversión, los salarios y los precios internacionales para tener en cuenta una economía internacional mucho más desarrollada y extendida que la que las actuales instituciones internacionales fueron diseñadas para gestionar, y particularmente en lo que se refiere a la diferencia entre los niveles salariales entre los trabajadores de la OCDE y los del tercer mundo, ese problema parece insuperable, bajo el capitalismo, dentro de un mercado mundial abierto, y difícilmente remediable mediante un repliegue, por parte de los países de la OCDE individual o colectivamente, en una autarquía proteccionista. De nuevo, las ramificaciones estructurales, en términos de una teoría de la crisis económica, no pueden ser tratadas aquí.¹³⁴ Esto es solo un trasfondo para una conclusión que sitúa la situación socioeconómica de la década de 1980 en España, y en los otros países

C. L. R. James, *The Black Jacobins*, (Nueva York, 1964), sobre la revuelta de Toussaint L'Ouverture en Haití.

134. De nuevo, hago un intento de ello en mi folleto sobre Bordiga (*op. cit.*).

entonces bajo el dominio del «renacimiento eurosocialista», en el contexto mundial adecuado, y muestra las opciones altamente circunscritas a las que se enfrentaban.

Sin embargo, si el análisis precedente es correcto, la sorprendente brecha entre la profundidad de la crisis y la parálisis de la izquierda internacional oficial a la hora de afrontarla, anunciada como la «crisis del marxismo», no es más que la crisis de la última multiplicidad –rusa– del movimiento socialista, que le dio tanto a la socialdemocracia y al comunismo su sello para las décadas posteriores. La triple disolución de los PCs de Europa Occidental, del modelo soviético de desarrollo económico, y de sus emuladores mercantilistas en el tercer mundo –los Nkrumahs, los Sukarnos, los Nehrus y los Nassers– en una aversión general contra la burocracia estatal en el contexto histórico que hoy permite ver el polo antiestatista del movimiento obrero temprano de una forma nueva, y en primer lugar en países como España o Rusia, donde se produjeron revoluciones reales en el siglo XX. Es también el mismo contexto que hace posible que «leamos» a Marx, o las partes menos conocidas y desconocidas de la obra de Marx, donde trató precisamente estos problemas tal y como podían estudiarse hace 125 años. Finalmente, en un marco más amplio, la crisis del estatismo hace posible una revalorización más amplia del papel de España en la historia capitalista temprana, como parte de una recuperación general de las tradiciones renacentistas reprimidas sobre las que se construyó.

Obras consultadas

Amsden, J. *Collective Bargaining and Class Conflict in Spain*. Londres, 1972.

Antonio Díaz, J. *Luchas internas en Comisiones Obreras: Barcelona 1964-1970*. Barcelona, 1977.

(pseud. Sanz Oller, J.) *Entre el fraude y la esperanza: las Comisiones Obreras de Barcelona*. Ruedo Iberico, 1972.

Anderson, C.W. *The Political Economy of Modern Spain: Policv-Making in an Authoritarian System*. Madison, 1970.

Brenan, G. *The Spanish Labyrinth*. Nueva York, 1974.

Brendel, C. y Simon, H. *De l'anti-franquisme à l'après-franquisme: illusions politiques et lutte de classe*. París, 1979.

Caba, Carlos y Pedro. *Andalucía: su comunismo y su cante jondo*. Madrid, 1933.

Camatte, J. «Bordiga et la révolution russe: Russie et nécessité du communisme» en *Invariance*. Año VII, Serie II n° 4, 1974.

Capital et Gemeinwesen. Le 6ème chapitre inédit du capital et l'oeuvre économique de Marx. París, 1978.

Carr, R. *Spain 1808-1939*. Oxford, 1966.

Comes, S. *L'organisation corporative de l'industrie en Espagne: une expérience interrompue*. París, 1937.

Diaz del Moral, J. *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid, 1967.

Fernandez de Castro, I. *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo. 1808-1966*. Ruedo Ibérico, 1967.

La fuerza de trabajo en España. Madrid, 1973

Gasteiz. *Vitoria: de la huelga a la matanza*. Ruedo Ibérico 1976.

Grande F. *Memoria del flamenco. Vol. I: Raíces e historia del cante*. Madrid, 1979.

Gregory, D.D. *La odisea andaluza: una emigración hacia Europa*. Madrid, 1978.

Harrison, J. *An Economic History of Modern Spain*. Manchester, 1978.

Hermet, G. *Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino*. Ruedo Ibérico, 1972.

Información Comercial Española. «La vía nacionalista del capitalismo español», en ICE, *Cuadernos Económicos del ICE*, Números 5-8, 1978.

Lorenzo, C. *Los anarquistas españoles y el poder. 1868-1969*. Ruedo Ibérico 1972.

Martínez Cuadrado, N. *La burguesía conservadora. 1874-1931*. Madrid, 1974.

Meaker, G. *The Revolutionary Left in Spain. 1914-1923*. Stanford, 1974.

Miguélez, F. *La lucha de los mineros asturianos bajo el franquismo*. Barcelona, 1976.

Muñoz, J. *et al. La internacionalización del capital en España*. Madrid, 1978.

Nadal, J. *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*. Barcelona, 1975.

Romero Maura, J. *La rosa de fuego: Republicanos y anarquistas: La política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la semana trágica. 1899-1909*. Barcelona, 1975.

Ros Hambravella, J. *et al. Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización. 1939-1959*. Madrid, 1978.

Sala, A. y Duran, E. *Critica de la izquierda autoritaria en Cataluña. 1967-1974*. Ruedo Ibérico, 1975.

Semprún Maura, C. *Ni dios ni amo ni CNT*. Barcelona, 1978.

Semprún, J. *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona, 1977.

Tamames, R. *La Republica. La era de Franco*. Madrid, 1977.

Tortella Casares, G. *Los orígenes del capitalismo en España*. Madrid 1975.

Vilarde Fuertes, J. *La política económica de la dictadura*. Madrid, 1973.

